

LOS CUADERNOS DE MEDIOLÓGÍA

Una antología

Revista dirigida por Régis Debray

París: CNRS Ediciones, 2009

Traducido por Luis Alfonso Paláu C. para el grupo de trabajo *Devenires estéticos*
del Instituto Tecnológico Metropolitano, Facultad de artes y humanidades.
Medellín, junio – octubre de 2013.

Obertura

Invitándonos a transmutar un encaminamiento en panorama, las ediciones del CNRS y su director, Jean-François Colosimo, nos hacen un gran y peligroso honor. ¿Cómo, sin injusticia, concentrar en un volumen homogéneo dieciocho números de lo que fue una publicación inventiva (1996-2004), artísticamente ilustrada, a la vez vagabunda y exigente, no temiendo zigzaguear para trazar el surco? La suerte está echada, y alabados sean los autores del desafío. Por el juego de una recopilación inevitablemente arbitraria, y tanto más austera cuanto apretada, nos autorizan a conjurar la suerte fatal de los periódicos: la dispersión luego del enjambrazón, “al capricho del aire que vuela”. *Los Cuadernos de mediología* tuvieron ciertamente un sucesor, trimestral y ya no bianual, *Medium*, revista autoadministrada y autoeditada, pero no por ello dejan de constituir una singular aventura, por su forma como por su contenido.

Nuestra colmena-taller produjo saber sin disputarse acaloradamente y sin repetirse. Ella se mantuvo deliberadamente lejos de las luchas políticas y de las disputas ideológicas, a las que se consagran las revistas generalistas. Vocación que constituye su necesidad y a menudo su éxito, asegurándole clientela y apoyos. Pero igualmente ella se negó a inscribirse en el amurallado ya bien labrado de las revistas universitarias. Ciertamente es más tranquilizador porque ya estaba autorizado, pero incita más a medir tierras que a rozarlas. Y al mismo tiempo que reagrupaba autores, todos con sus papeles en regla, en tal o cual disciplina honorablemente conocida de los servicios de policía científica, los *Cuadernos* hicieron la elección audaz de la hibridación, sin público cautivo ni recorrido preestablecido. Así lo quería su inspiración original; servir de interfaz entre dominios rivales. El examen de los condicionamientos técnicos de la cultura (definición minimalista de nuestro campo de estudios) obliga, con un pie en cada campo, a traslapar la línea amarilla que separa las alturas espirituales de los bajos lados materiales. Yuxtaponiendo el cuadro recapitulativo y la nota de humor, el forraje conceptual y el síntoma a flor de piel, lo metodológico y lo estético, nuestra empresa ha tomado el partido de que el rigor no está empañado con la fantasía, ni lo escrupuloso con lo imaginativo. ¿Es la época de los mestizajes? Esas mezclas han sacado sus consecuencias.

Reconciliar la inteligencia con la intendencia, invirtiendo el orden de los sitios y de los honores. Esto era lo que exponían los *Cuadernos* a la suerte común de las revistas en el dominio intelectual, que es afirmar una disidencia. Una revista es siempre una secesión meditada poco o mucho, por la que una pequeña minoría decide desprenderse de un orden establecido en un momento dado, legítimo y consensual, pero que ella considera (instintiva o luego de madura reflexión) parcial, estéril o que ya no da más. ¿Contra qué nos levantábamos aquí, con una ironía tácita pero tenaz? Contra un logocentrismo de élite, dominador y seguro de sí (el hombre es lenguaje, esto es lo esencial, que es autosuficiente). ¿Qué se quería inquietar? Las idealidades soberanas. ¿Y hacer mover? Primero, los compartimentos estanco, producto de una división del trabajo heredada del siglo XIX: la historia de la industria y de las técnicas por un lado, la historia de las ideas y de las formas, por el otro. Lo que afirmábamos más ampliamente buscaba sacudir la fuerza frágil de los estudios del signo, por lo que un fenomenólogo había llamado “el regreso a las cosas mismas” (nosotros diremos, al contrario, a los *objetos* y a los *procedimientos*), con la que puede emparentarse, luego del giro semiológico de los años 60, el *giro mediológico*. Haciendo esto, teníamos algunos avances sobre el aire del tiempo. “Hablar técnico” a cada instante se ha vuelto bien decente. Era incongruente hacerlo en un período donde se abrazaba la

causa del papel contra la escritura, del ferrocarril contra la metáfora, de la lámpara eléctrica contra el *fiat lux*, de lo logístico contra la lógica, en suma del sustrato contra lo sublime; os exponíais irremediable y mecánicamente al reproche de “determinismo técnico”. Si a veces hemos torcido el bastón en el otro sentido para enderezarlo, lejos de nosotros la idea de oponer una ortodoxia, y menos aún una ciencia, a otra. En materia de científicidad, la experiencia del siglo transcurrido aconseja la modestia. Es el ir-regresar entre el dispositivo (técnico y por tanto fechado) y la disposición (permanente y mutante) lo que le interesa al investigador en mediología. ¿La Kodak contra el ícono bizantino? No era nuestro propósito, que es más bien el de hacerlos jugar juntos, permutando para ello forma y fondo, para iluminar mejor, por contraste, sus efectos singulares, y la mirada que convoca cada tipo, cada generación de imagen. “Cuando se quiere estudiar los hombres –decía Rousseau el fundador de la antropología– es necesario mirar cerca de uno; pero para estudiar al hombre, se requiere aprender a lanzar su mirada lejos; se pide primero observar las diferencias para descubrir las propiedades”. Así actúa el mediólogo, como buen auxiliar volante del historiador.

Y todo esto, al definir lo más cerca posible los términos utilizados, por esquemas y glosarios interpuestos, pero evitando para ello en lo posible las generalidades así como las palabras en –ismo. Verificando y afilando la herramienta en el material mismo. Y sacando de la penumbra pequeñas y grande máquinas, cositas y chismes que para muchos no entran en el campo de la discusión legítima, pero de los que nosotros quisimos hacer temas con todas las de la ley. El automóvil, la bici, el asfalto, el pilón eléctrico; la autoridad intelectual no se rebaja a esas trivialidades. Nosotros sí, sin vacilar, e incluso con el sentimiento de hacer avanzar el conocimiento de lo que es propio del hombre, cada vez que un sabio nos muestra la luna y que nosotros miramos primero su dedo. Y sin olvidar, si se presenta el caso, a punta de paginación y con la ayuda del editor, de dar una brizna de elegancia y de alegría a ese género de idiocia plebeya y despreciada en las altas esferas. *Ad augusta per angusta* < ‘a lo augusto por lo angosto’ >; los mediólogos no dudan en anexarse la divisa impudentemente prestada de la Sociedad de Jesús por Víctor Hugo (uno de nuestros padrinos en el orden literario, con Diderot, Balzac & Valéry).

Tenemos otra, más chata y en francés, que adorna el frontón de *Medium*: “transmitir para innovar”. El porvenir dirá de qué frutos maduros y dorados se reveló portador nuestro cambio de transporte. Agradecemos en lo inmediato a los autores y colaboradores de los *Cuadernos*, las ediciones Gallimard y Fayard, y *last but not least*, a las ediciones del CNRS, al darle sus mejores oportunidades al primer término de la fórmula. La transmisión, tal es claramente la íntima preocupación y el objeto último de nuestra abertura multiforme y colegial.

R. D., 2009

1998

nº 6 – segundo semestre

coordinado por Louise Merzeau

¿Por qué mediólogos?

Historia de las 4 M

Regis Debray

Para quien acá firma, el tema mediológico (que cada miembro de la orquesta de los *Cuadernos*, como buen jazzman, arregla a su manera) ha pasado por cuatro estados sucesivos, las cuatro etapas de una remontada río arriba: el mensaje, el medium, el medio, la mediación. M de mensaje, como militancia, mesianismo, ministerio. M de medium, como memoria, material, maquinaria, monumento. M de medio, como mundo, moda, macro-sistema técnico, medio (banda), *in medio stat virtus*. M de mediación, como mezcla, maldición o milagro. Historia de conceptos, historia de una vida, a cada uno su laberinto de entrada.

Abrid el *medio de mediología*, y vengáis de donde vengáis, descubriréis una muñeca rusa, de afuera hacia adentro, los <mass->media, el medium, el mediano, lo mediato. Cambia una letra, se desplaza el acento, cada muesca se imbrica en la precedente. La mediología como el final de un trabajo de desencajamiento progresivo. El fin ideal, inacabable, de una labor bastante lenta y meticulosa de decantación, des-imbricación, des-atollamiento, ciclo sin fin, de espirales siempre recomenzadas. Cuatro paradas, historia de aclaraciones. Es tanto como hablar de cuatro exilios, cuatro duelos, cuatro motivos de exclusión (por fuera de los muros centrales del saber legítimo), cuatro torsiones-expatriaciones. Lejos de una huida hacia delante, es como un zoom atrás a donde se iría, en cada pausa, de lo condicionado hacia su condición de existencia, para ganar en inteligibilidad. De suerte que el orden de exposición invierte aquí el orden de los factores. Se pasará de una *praxis* (1) a una *techné* (2), luego a una *eco* (3) y finalmente a la *anthropos* (4). Pero esta larga antropología que funda en derecho y de hecho la *ecología cultural*, la que determina una *tecnología simbólica*, de donde deriva una pragmática de los mensajes. En lugar del “¿quién le dice qué a quién y por cuál canal?”, se encontraría en suma un “¿qué hacer, cómo, por dónde y bajo qué obligaciones?”. Cada detención supone un cambio de escalas cronológica y espacial: el mensaje individual es de un momento, *hic et nunc*; el *medium* utilizado es de época; el medio, continental, es una sedimentación secular; y la mediación es multimilenaria, propia de la especie, transhistórica.

Fase I. el Mensaje

Mi comienzo fue político. Estricta y llanamente político. Y quien dice política dice emoción, multitud, grupo, movimiento de opinión, jerarquía, mandamientos; una cosa bien distinta del calmo intercambio de informaciones entre dos locutores, que un “acto de comunicación” mirándose a los ojos, pareja emisor/receptor, pura robinsonada. Odio del hablar para no decir nada. Asco de la parla pueril sabihonda, de las jergas universitarias, del interpretariado de por vida, del comentario de texto. ¿Crear en las ideas, en los debates de ideas? No ¡demonio! De la misma manera que una época se define por lo que ella decide considerar como real, una juventud se define por lo que considera como verdaderamente serio. A la salida de la escuela, el que esto firma no tomaba en serio la historia de las ideas sino la historia a secas; no se interesaba en las primeras sino para actuar sobre y en la segunda. Propaganda, táctica, intendencia, influencia, red, hegemonía, difusión; estos impedimentos, que están río abajo del científico y del poeta (el hombre de los enunciados), están río arriba del militante o del evangelizador (el hombre de los

mensajes y de las buenas nuevas). Lenin, más bien que Marx. Gramsci más bien que Althusser. Periodistas el uno y el otro. No: “¿qué es necesario pensar?” sino, “¿qué hacer para hacer pensar a los otros?”, teniendo en este caso el hacer pensar un solo objetivo: hacer hacer (pienso, por tanto tu me sigues). *¿Revolución en la revolución? La larga marcha del castrismo*, etc. Textos deliberadamente de circunstancias, de publicista, de agitador, donde decir lo verdadero (supongamos) debe significar: meterle fuego a la plana, y será juzgado con esa medida. Definición del “intelectual revolucionario” (especie nacida y muerta con el siglo que termina): aquel 1) cuya vida se ordena a una idea y 2) el que, por el sesgo de una vanguardia organizada, espera ordenar la vida de los otros a la idea que él tiene, siguiendo el postulado que hace suyo, como buen heredero, jacobino y francés, que Voltaire y Rousseau autorizan Sieyès y Saint-Just; La Ilustración, 89; y el acontecimiento de pensamiento, el advenimiento del motín. Signos y masas. Al contrario del pensador, negativo y contemplativo, el intelectual es un organizador positivo, cuyo mandato consiste en producir la conjunción, el puente, la mediación entre la idea y las gentes. A este respecto es un encarnador. Pone en cuerpo, en escena, en acción, un bosquejo abstracto. De esta primacía dada al actuar, resultará, impronta que sobrevive a las ilusiones (o a la valentía, a la juventud, a la ingenuidad) del compromiso partidista; “lo que es necesario ignorar para actuar”, se sorprendía ya Valéry el apacible; un ángulo de ataque, un talante de espíritu inveterado. No “¿qué quiere decir todo esto?” sino: “¿cómo es que esto funciona? ¿para qué sirve? ¿qué es lo que esto mueve en los alrededores?”; la representación visual (*Historia de la mirada en Occidente*), la institución estatal (*el Estado seductor*), la función intelectual (*el Escriba*). El mediólogo será siempre, de corazón y de razón, del partido pragmático (que no se reduce a la escuela de psicología del mismo no, incluso si la mediología, como lo dice Daniel Bounoux, puede útilmente aproximarse a ella).

Ya, en el hueco de este recobro, un paso al lado. El aire del tiempo (Francia, 1960-1970) considera accesorios o despreciables los terrenos vagos de la *doxa* –la *opinión*– por debajo de los caminos escarpados de la ciencia, por donde trepan los primeros de la cordada filosófica. *Hegemonía*, palabra llave-maestra, donde el supuesto resultado eclipsa medios y métodos, concretamente considerados. Los nuevos marxistas hicieron bien en tirar la pesada *ideología* (el juego de las ideas en el silencio de los soportes) hacia el campo práctico, colgársela a *aparatos*, vagas y amenazadoras inmaterialidades, enfabularla con una “eficacia relativa”; la noción siguió estando lastrada por la óptica marxiana de una inanidad quintaesencial como engañifa, imagen invertida de las cosas, fantasmagoría; inconsistente reflejo en la *camera obscura* de las conciencias. El abuelo Marx se adelgazó, vale, pero ¿quién se infla con los años –Lacan, Barthes, Baudrillard– con Saussure volando por encima? La semio, el código, el significante. El mundo-lenguaje. *Nouvelle critique. Tel quel. Communication*. Metáfora y metonimia. Retórica y semántica. Acá está lo serio, el núcleo duro del sentido. Lo blando de la intendencia sigue en la periferia, abandonado en los islotes de la historia de las técnicas, o de las mentalidades; o bien en una vaga psicología de las muchedumbres, entre Le Bon y Jung, que habla de hipnosis, contagio, influencia, sugestibilidad; pero no de acústica, encintado, micro, ondas, cuerdas vocales. Vulgarización, difusión, red, genealogía de los efectos de autoridad; no se habla logística en la Casa del Padre. Los filósofos marxistas no se interesan por nada del mundo de la manera cómo la mano de Marx (entintando en una habitación del papel) ha podido producir, en el otro extremo, en la calle, cabezas marxistas y manos con bandera roja. “La teoría es omnipotente porque es verdadera”. Descubrimiento lento, asustado, inquietante de que los teólogos cristianos están mil

veces más avanzados que los “materialistas científicos” en el señalamiento del fenómeno llamado performativo de los transportes de potencia. Al menos allá, “el Verbo se hizo carne”, está desplegado como un nudo central, infinitamente problemático y neurálgico, un verdadero misterio de fe. ¿Péguy más adelantado que Althusser? Vértigos... Esos años de plomo (1961-1973, desprovistos por mi lado de toda tentativa teórica o categórica) debían imprimir luego la imborrable mácula de lo *trivial*. El mediólogo hablará trivialmente de cosas banales. Frente a lo chic de la semiótica, refinamientos y variedad de colores artistas, París – Roma – New York, su lado parroquial lo reenviaba más bien a Romorantin. Habrá que conformarse. La vocación del *off*. Peor.

Fase II. el Medium

La pragmática parece inhábil. ¿Cómo ignorar el utillaje? Para comprender los asuntos humanos (los *pragmata*) forzoso es exiliarse por fuera del imperio de los signos para abordar el pobre reino del objeto, de las “máquinas inhumanas”, a tal punto la relación semiótica sujeto/sujeto está siempre mediatizada por lo material y por lo físico (no existe palabra, en el sentido más simple del término, sin ondas sonoras, cuerdas vocales y laringe...). El análisis del mensaje no es suficiente por sí mismo. ¿Está la clave de la semiosfera en la tecnosfera? ¿Pero en qué materialidad se requerirá iniciarse? ¿Hacia qué categoría de objetos o de aparatos darse vuelta? En este estadio, una que sirve para todo surge inmediatamente: los “*media*”. La palabra se impone solita. La cosa también, envanece a ojos vistas: la prensa escrita, hablada y audiovisual. Los mass-media. Completamente a punto, o lo toma o lo deja. Se moraliza sobre ello, en pro o en contra. Se sociologiza. Se profetiza. Y de pronto el mediólogo se ha puesto de acuerdo con el inmenso rumor. Con un oráculo célebre y mal afamado (en los muros universitarios): McLuhan, provocador de genio. Con “ciencias” entonces en vías de constitución, por decreto gubernamental (creación de la 71ª sección del C.N.U.): la info<rmación>-com<unicación>. Veinte años después, y aunque ningún número de los *Cuadernos* ha propuesto como tema la radio, la tele o la gran prensa, apenas dice Ud. en una comida su cualidad, “mediólogo”, se escucha en los alrededores: “¡Ah! qué bien. Entonces, Poivre d'Arvor*, ¿está bien o no?”.

Y uno se dice: los *media*, vale, es apasionante, pero en fin había una vida antes de Marconi. Antes de Hertz y antes de Edison. El cristianismo no se transmitió en *broadcast*, ni el marxismo por hilo telegráfico. Hay otra cosa. O más bien: la misma cosa bajo otras formas. El principio de continuidad obliga a retroceder, a saber: *ex nihilo nihil fit* <de la nada no se hace nada>. Lo que hoy es activo debía estarlo ayer. Nuestros ancestros no tenían las mismas panoplias, pero tenían las mismas competencias que nosotros. Las leyes de la historia, del grupo, del intercambio, no han cambiado una buena mañana, con la aparición de la electricidad y del electrón; o incluso, muchísimo antes, con los tipos móviles y el papel de trapos. Por esto la sospecha de que los *media*, palabra-ruina, palabra-mana, no tienen en sí mismos su principio de inteligibilidad. Que a este dominio de estudios y de realidad le falta muchísimo espesor (especialmente temporal). Que nuestros *mass-media* son en el fondo la variación contemporánea, hipertrofiada, ensordecedora, sobre-aparente de una invariante de base más sombría, menos ruidosa, y sin embargo copresente a todos los modos de comunicación, a todos los estadios cronológicos de la circulación de

* < conocido como PPDA, es un periodista y escritor francés. Fue el presentador estrella de los informativos de la noche en TF1 entre 1987 y 2008. Goza de gran popularidad en Francia, Paláu >

signos: el dispositivo vehicular. El órgano de transmisión. El invisible soporte —en griego el *ypokeimenon*, lo que yace debajo, lo que no se muestra. Llamémosle *medium*, neutro singular (y para la lengua francesa y española, chusco regalo del espiritismo para el materialismo o de lo adivinatorio para lo operativo). Si este plenísimo se reduce a la esencia, su diagrama debería poder ser puesto como factor común de la más arcaica antigüedad como de la más vivaracha postmodernidad. Tal sería precisamente su examen de paso epistemológico. (Atención: el *medium* nunca está dado, debe ser elaborado por operaciones circunstanciadas de conocimiento. No es lo que se da por tal bajo el nombre de “media”. El museo, por ejemplo, sirvió y sirve todavía de *medium* a “la obra de arte”. A sirve de *medium* a B cuando B adviene por A, prácticamente no es posible sin A. El posicionamiento “*medium*” de un objeto x, que no lo es por sí mismo ni bajo todos los respectos, es precisamente el resultado de un cierto trabajo de análisis, el producto de un procedimiento “mediológico”. La mediología es una actividad lógica de puesta en correlación de elementos sin relación aparente, que produce esta abstracción razonada, paradójica y desconocida, que se llamará *medium*).

En esta palabra, necesitamos combinar dos tipos de restricciones. El *medium* no es menos corporeidad que materialidad. Existe la herramienta, y existe el gesto personal o colectivo; el tablero MO <del díptico> (materia organizada) y el tablero OM (organización materializada). La escritura alfabética por ejemplo es un proceder (técnico) cuya transmisión social supone a la vez, por una parte, papel, trazadores, libros (transmisores inertes) y, por la otra, la escuela, casas de edición, un cuerpo enseñante (transmisores animados). Los soportes técnicos de la información aparecen de entrada agarrados, atrapados en y por relaciones organizacionales con función estratégica, “privados” o “públicos” (oficina, centros, empresas, cajas, comisiones, institutos, etc.). La escritura, la ortografía y las reformas de la ortografía, por ejemplo, en Francia como en Alemania, han sido y siguen siendo asunto de Estado (que movilizan Corte constitucional, ministerios, academias y tribunales). Permaneciendo en la lección de las cosas, se dirá que para hacer circular a un jinete romano por el Imperio del mismo nombre, se requiere: 1.- una vía; 2.- un caballo; 3.- una red global de expedición (relevos de correo, almacenes, guarniciones, aprovisionamientos); 4.- la lengua latina (para codificar y descodificar la información emitida o recibida por el mensajero); 5.- un Estado central recaudador de impuestos y dador de órdenes (*Senatus populusque romanus*); 6.- un sistema de representaciones colectivas (moral, disciplina, voluntad de potencia). Hipotéticamente, quitad uno cualquiera de estos elementos, y el jinete queda paralizado. Ya sea física (1, 2, 3) o mentalmente (4, 5, 6). Lo que Nietzsche decía de los filósofos, ¿vale igualmente para los especialistas de la “Com”: “Su pecado original es la falta de sentido histórico”? Y añadamos en corolario: estratégico. Existe la hipótesis de que los *media* sean armas, y no tubos y prótesis (ver las reflexiones de F. B. Huyghe). Todo lleva a creer, quizás equivocadamente, que en la galaxia info-com, a veces se considera que el material de guerra (MO) es suficiente para hacer la guerra sin tener en cuenta el personal, es decir sin 1.- un cuerpo de batalla, ejército comandado y jerarquizado; 2.- un gobierno central arriba, que fija los objetivos de guerra y 3.- las escuelas de guerra, que forman el personal en la estrategia, la táctica y el manejo del material (OM).

Los signos no tienen su motor incorporado. Las investigaciones empíricas “a la americana” cumplen con la mitad del programa, el dispositivo semiótico sin el agenciamiento inmóvil y motor (la fuerza de las instituciones, y *a fortiori* de las religiones, teniendo en cuenta su inmovilidad). Ahora bien, los telecoms-del-tiempo —la política es el arte de durar, el tiempo de imponer sus códigos al otro— negocian

sin cesar con los telecoms-del-espacio (muy frecuentemente modelizados a partir del esqueleto telefónico y síncrono “emisor-mensaje-receptor”, cuando se trata de construir estratégicamente esta sincronía, apuesta de una relación de fuerzas entre los que se comunican). Hay que anotar que la amputación de un medium de doble trama, abolidas todas las charnelas, puede igualmente operarse en sentido inverso, en detrimento de la maquinaria y de sus límites internos, en beneficio del agenciamiento político externo. Es la tendencia de las sociologías “a la europea”, emblematicada por la Escuela de Francfort.

Si aplico este recorte a la emisión de tele que miré ayer por la noche en mi pueblo, obtengo lo siguiente. *Soporte*: pantalla + tubo catódico. *Vehículo*: la imagen-sonido electrónica, directa o diferida. *Red*: vía hertziana terrestre (TDF, filial de France-Telecom). *Medio portador*: el mundo francófono. *Cuerpo conductor*: el establecimiento industrial y comercial, público (France 2 o 3) o privado (TF1, Canal+). *Código inductor*: el espíritu casa, materializado por la rejilla de programación, que determina vestimenta, formato y género (talk-show, directo, magacín, plató, etc.). Tres observaciones sobre estos cortes anatómicos:

1.- Las dos columnas designan realidades materiales objetivas, de hecho entremezcladas, pero que no son del mismo orden. La escuela-edificio iría en una columna, la escuela-institución en la otra, pero las dos se implican entre sí. Dicho esto, el segmento MO es del orden del utensilio, del artefacto, conjunto de elementos inertes, manipulables y eventualmente desconectables. El segmento OM se emparentaría más bien con el orden de los organismos, totalidades englobadoras y viviendo una vida relativamente autónoma. Se piensa y comunica *con* la MO, pero *en* la OM (un monje anacoreta del monte Athos, sin medios de comunicación a su disposición, continuará orando en su lengua, a través de su orden y su iglesia, en las formas litúrgicas del relato cristiano). Donde se ve que un dispositivo técnico de universalización espacial de los mensajes, como el Word Wide Web, no prescinde de la hipoteca, río arriba, de las totalidades históricas en las que permanecen anclados –a pesar de ellos– los que intervienen en la red, comenzando por la lengua que utilizan y que, en tanto que “natural”, paradójicamente, remite a un territorio particular, a un Estado determinado, a una comunidad antiguamente instituida. “Una lengua es un dialecto que tiene cánones”. El inglés tiene más que el hindi. Comunicar en estadounidense (en francés o en español), no es solamente tomar un código; es *ipso facto* propagar una memoria y desposar un programa; es reconducir una relación de fuerzas político-económica, colaborando así, por poco que sea y a pesar de lo que sea, en la reproducción de una totalidad necesaria, histórica e institucionalmente dominante, *a fortiori* excluyente de las que debió dominar para imponerse como “natural”.

2.- Distinguidos con fines de análisis, estos segmentos constituyen un solo conjunto, históricamente articulado. La invención de *la escritura* produjo texto (MO1); un nuevo sistema de reproducción de los textos, *la imprenta* (MO 2) producirá en cantidad objetos libros (MO 3), inseparables de un medio técnico y humano de producción y difusión de textos (*el taller + la librería*), medio que suscita a su vez la expansión y la oficialización de las lenguas nacionales (OM 1), las diversas instituciones de la República de las Letras –*academias, bibliotecas reales, periódicos científicos, gabinetes de lectura*, etc. (OM 2)– portadoras a su vez de matrices discursivas y de formas de sociabilidades precisas (la noción y los derechos *de autor, la forma correspondencia, el discurso de recepción, el salón, la comunicación*, etc.). Dentro de cada bloque circulatorio, las causalidades nunca tienen un sentido único ni están definitivamente repartidas. Sin embargo, si en la

efectuación individual de las operaciones simbólicas, la MO opera bajo las y en las condiciones de los OM, no está prohibido suponer que las revoluciones técnicas, del lado MO, determinen a más o menos largo término las evoluciones institucionales y mentales, el lado OM.

3.- Para aclarar simplificando: el estudio de los hechos de *comunicación*, como transporte de informaciones en el espacio puede, en el límite, acantonarse en diferentes escalones de la MO, mientras que el estudio de los hechos de *transmisión*, transporte en el tiempo, debe abrazar las *dos* columnas, reinsertando para ello las conexiones establecidas de punto a punto, o de lugar en lugar, en los sectores colegiales de la larga duración transformadora. Tratad como ejercicio de contar cómo Jesús de Nazareth se volvió “Cristo”, y la figura ideal “Jesucristo”, cristianismo organizado y organizador, con la ayuda de los solos “medios de comunicación”, o de los *media* en su acepción común...

MEDIUM

DISPOSITIVOS TÉCNICOS	DISPOSITIVOS ORGÁNICOS
1. la superficie de inscripción (<i>rollos, tabletas, códex, etc.</i>)	1. el vector lingüístico (<i>arameo, latín, inglés, etc.</i>)
2. el registro simbólico (<i>escrito, imagen, sonido, etc.</i>)	2. la institución-relé (<i>iglesias, Estados, escuelas, partidos, etc.</i>)
3. el aparato de reproducción/difusión (<i>uno-uno, uno-todos, todos-todos, etc.</i>)	3. los rituales, códigos y matrices por ella vehiculados
= MO (materia organizada)	= OM (organización materializada)

Doble articulación que podemos extender a la esfera de circulación de los signos y de los hombres o

MEDIAESFERA

MEDIOS DE CIRCULACIÓN	AGENTES DE CIRCULACIÓN
1. el soporte o medium pasivo (<i>la vía, la pantalla, el papel, etc.</i>)	1. el medio portador (<i>cultura romana, helenística, oeste-europea, norteamericana, etc.</i>)
2. el vehículo propiamente dicho o medium activo (<i>bicicleta o vehículo, alfabeto o ideograma, imagen pintada o foto, etc.</i>)	2. el cuerpo conductor, organismo de sujeción o de pertenencia (<i>el Establecimiento, la Empresa, la Institución: Museo, Editor, Escuela, Cadena, etc.</i>)
3. la red o medium distributivo (<i>de caminos, impresa, hertziana, digital, etc.</i>)	3. el código inductor (<i>los modos de configuración interna del mensaje</i>)
= MO → la herramienta Mediums tecno-típicos, objetivos, cartografiados, con actuaciones medibles (velocidad, superficie, volumen, débito, costo, etc.) = El mundo de los objetos	= OM → el gesto Mediums etno-históricos, que tienen que ver con una ingeniería subjetiva, a menudo refleja, coextensiva a los agentes e invisibles para ellos. = El mundo de la vida

Fase III. el medio

Si el *medium*, que se ha vuelto categoría de pensamiento íntegra, fuerza a romper con la subestimación de la herramienta vista como instrumento, el inesencial medio de las concepciones humanistas, no podría ya ser suficiente por sí mismo. Pues si las relaciones entre los hombres son mediatizadas por la interfaz técnica (resultado de una acción del hombre sobre la materia), la materia misma tiene una historia, la de los medios técnicos que se han sucedido en el planeta desde el primer sílex tallado. El siglo XIX con Lamarck y Darwin, importó el término y la noción de medio de la mecánica a la biología, y con ello el mundo viviente se aclaró de repente. Para la elucidación de los fenómenos culturales —en una escala superior de complejidad— tendremos una fecundidad equivalente. Y numerosas han sido las vías de acceso a la idea de *ecología cultural*. Resumamos telegráficamente lo que puede aportarnos *la función medio*.

1. Impide fetichizar la región “media”, tomando la parte por el todo y el efecto por la causa. De la misma manera que el hombre como viviente no escapa a la ley general de los seres vivos, las dotaciones técnicas bautizadas medias no escapan a las leyes de tendencia que presiden la evolución de la tecnosfera, tales y como Leroi-Gourhan y Simondon han podido trazarlas: creciente integración de las funciones, convergencia de las normas, miniaturización, rendimiento máximo (obtener el mejor resultado con el menor esfuerzo posible), etc. Ellos son una rama entre otras de esa corriente milenaria, de suerte que, de la misma manera que no poseen en sí mismos sus leyes de engendramiento, una filosofía de la comunicación no puede vivir de su propia sustancia. Salvo que confunda el efecto y la estructura.

2. Previendo el espejismo amnésico de una modernidad autosuficiente, que se baña en lo inaudito, en lo sin-precedentes y lo estupefactivo, la noción de medio reinserta prudentemente las técnicas actuales de transmisión/comunicación en la larga historia de las relaciones de la especie con la naturaleza. La dinámica de las transformaciones que opera en nuestro entorno material reconduce de una cosa a otra hasta el paleolítico, y este alargamiento de la historia, y esta puesta en perspectiva, se han vuelto fuente de inteligibilidad. El mediólogo es espontáneamente hipermétrope: ve mejor de lejos que de cerca. También tendrá que entrenarse en echar a su entorno inmediato una mirada paleontológica, observando más bien lo que sus contemporáneos tienen en sus dedos que en sus labios. Prehistoriadores y arqueólogos aparecen, a este respecto, como mediólogos con más suerte que nosotros puesto que, al sólo tenérselas que ver con testigos materiales del pasado, no tienen elección. Tienen que reconstituir los universos simbólicos acabados por el sesgo de los materiales, objetos y equipos. Pueden, por la vía de la “cultura material”, ir al hueso de la evolución social (al sílex, al hierro, al bronce...) sin florituras ni espejismos de complacencia.

3. El medio reemplaza la entidad por la relación. Noción a sabiendas totalitaria, ayuda a desbaratar el individualismo pretencioso del sujeto constituyente. Incita a pensar “población”, “nicho”, “ecosistema”, en lugar y sitio de nuestras queridas ilusiones de autonomía. Nuestras ideas más originales operan aún en banda, en dependencia, por ambiente interpuesto; y el sujeto que comunica (el ritual “emisor”) es con mucha frecuencia un colectivo por delegación o una maquinaria incorporada. El afuera está adentro, pero el medio anónimo, externo interno, se oculta tras la realidad sensible que el hace existir (lo que engloba es siempre menos accesible que lo englobado, y el museo nos parece menos interesante que el objeto que expone, y que en la medida en que lo hace, lo instituye como obra de arte).

El medio explica. En China el estribo no “produjo” la caballería; ni la imprenta en Corea produjo una Reforma. Sin querer transportar a ciegas el modelo darwiniano de la lucha por la vida, la noción de *mediasfera* (megamedio de transmisión y transporte) es uno de los factores que permite comprender la sobrevivencia o la desaparición de tal o cual formación cultural, si uno quiere recordarse de la definición de cultura que ha dado un biólogo: “respuesta adaptativa a un medio”, o también la que da un etnólogo: “la respuesta dada por los hombres a los constreñimientos de los medios en que viven...”. En este sentido, se requeriría tomar en serio, para radicalizarla en esta especie particular de macro-sistema técnico que se llama “mediasfera”, la anotación trivial: “tenemos acá un tipo de intervención, de discurso, de formato, de espíritu, que no pasará nunca por la tele...”. Todos sabemos que una idea precisa, o una invención de las más útiles, puede ser rechazada por un medio que no le ofrezca agarre, que no esté listo para acogerla. ¿No habría en cada época una selección *medial* de las proposiciones de objetos y de ideas, a la vez conformes y filtradas por el medio de transmisión, como hay en la naturaleza una selección por el medio natural de las especies pertinentes y que actúan?

La mediología (y esto también se aleja de la ortodoxia info-comu) querría articular sistemas de comunicación y medios de locomoción. El equipamiento de una sociedad, que constituye por así decir la osamenta de sus carnes simbólicas (de su mentalidad, su imaginario, sus creencias, su relación concreta con el espacio y el tiempo abstracto), determina un espacio-tiempo *práctico*, medido por sus capacidades (técnicamente determinadas) de memorización y de desplazamiento. El espacio se agranda o se encoge en función de las velocidades, y el tiempo se dilata o se contrae en función de las mnemotécnicas de que se disponga. Lo vehicular difícilmente se comparte entre el espacio y el tiempo (mucho tiempo confundidos, a tal punto que la velocidad de circulación de los mensajes se alineaba más o menos sobre la de los hombres). A partir del descuelgue de los años 1840, en Occidente, no podemos dejar de observar que telecomunicaciones y transportes “avanzan” a un mismo paso, en cada generación tecnológica: el telégrafo eléctrico constituye sistema con el ferrocarril, el teléfono con el automóvil, la radiofonía con la aviación, la televisión intercontinental con el lanzamiento espacial.

Por etimología ¿simbólico no es todo lo que reúne y enlaza? ¿Lo que hace que se comparta un mismo tiempo y un mismo espacio? Estar juntos, cualquiera sea el tamaño de la reunión (clan, tribu, nación, federación), es *constituir territorio* y *hacer que devenga*. La manera de hacer territorio depende de los medios de locomoción; la manera de hacer devenir de los medios de consignación. Cualquier objeto, así sea utilitario, puede ser semáforo; pero no cualquier objeto permite vencer la ausencia o recortar las distancias, domesticar la extensión y la duración. El reloj lo hace, y el papel indirectamente (como un formidable agente de conservación y circulación del tiempo a través del espacio); no la bañera o el tenedor. La lavadora, el tajadero, la casa, no entran en esta categoría; la máquina de escribir, el cálamo y el monumento, sí. Aquellos son artefactos explícitamente destinados a registrar y a perpetuar una información. Así mismo nos interesaremos prioritariamente en todo aquello que ha podido acrecentar la movilidad del bípedo. La vida misma es conquista de la movilidad, y la técnica “prolongación de la vida por otros medios” (Leroi-Gourhan). Como la escritura fue una extensión del cerebro, la rueda fue una extensión de la pierna; y las dos ruedas una prolongación de la vida por el juego de pedal. Primer vehículo de locomoción individual, la bicicleta reorganizó lo cercano y lo lejano, desenclavó los aislados ampliándoles el horizonte individual; redujo los territorios. El alfabeto vocálico, máquina colectiva de descomponer los sonidos, redistribuyó lo

actual y lo antiguo, catapultó lejos las significaciones, trastornó los regímenes de autoridad. Una escritura es una cronotécnica, una bicicleta una espaciotécnica. Estos dos suplementos de vida, no programados genéticamente, no sólo funcionan como indicadores sino como embragues de un nuevo mundo cultural, la historicidad, la movilidad para todos. No empujemos el barroco transversal hasta poner en el mismo plano una tecnología intelectual que gira y un accesorio mecánico importante; pero esto podría ser una primera selección entre las cositas triviales que interesan nuestros propósitos, y las otras. ¿Nada de lo material nos es ajeno? No. Muchos utensilios nos son indiferentes, aunque puedan ser importantísimos y apasionantes para un etnólogo o un historiador. El mobiliario, las joyas, los bidés, las lámparas. No caerán en el carriel sino los chécheres y trastos susceptibles de modificar las relaciones sensibles del hombre con el hombre al mismo tiempo que se les modifica su tiempo y su espacio vividos, vaciados, jalonados, representados, cartografiados y convenientes. Es decir: su medio, indisolublemente físico y simbólico, espacial y mental, su mediasfera.

Fase IV y última. La mediación

El *-ión*, el sufijo de la acción, viene de último pero para dinamizar las etapas anteriores. Movilización de lo inerte, y recursión lógica. La mediación regresa atrás para habitar desde adentro el mensaje que no existe independientemente de sus médiums y medios de transmisión. Que no es el punto de partida sino el resultado de su propio proceso de transmisión (Jesús desciende de Cristo, y no a la inversa). Descubrir lo ya hecho como un hacerse, y al transmisor como transformador; no es tan fácil como se lo cree, y tanto más cuanto que el médium es en general, y los medias en particular, una mediación denegada, auto-borrada (una buena transmisión es una transmisión que se borra, y entre más tecnicizada sea, más sabrá hacerse pasar por natural). Lo propio de los medias aprieta-botones, fascinante magia, estupefaciente casa, dopadores indetectables, acaso no es irradiar en los cuerpos la sensación misma de la inmediatez (o la impresión de una equivalencia hechos/informaciones, como si el aparato de información no extrajera, no re-encuadrara, no amplificara y finalmente no fabricara el hecho).

Como modo operatorio, la mediación es más fundamentalmente un estatuto zoológico, el sello propio del animal humano, el resorte de su incesante devenir. El *sapiens sapiens* es un haciéndose, un recurrente afuera/adentro, un sistema constantemente relanzado de socorro mutuo entre la mano y la cara, *El gesto y la palabra*, título del libro recapitulativo (y para el que esto firma, *fundador*) de André Leroi-Gourhan. Continuando a Mauss (que había mostrado que nuestros más naturales comportamientos están mediatizados por un aprendizaje técnico), pero con mayor perspectiva y mucha mayor precisión documental, el prehistoriador estableció que la lengua y la herramienta son “la expresión de la misma propiedad del hombre”¹. Más que prótesis, añadido o complemento, él hace que descubramos en el objeto fabricado un elemento constitutivo del sujeto fabricante, la historia de sus herramientas se vuelve la de su especie (es más: en mi humilde opinión, nuestra única historia verdadera, no-repetitiva y no-programada, como lo es bajo tantos aspectos la historia llamada política y social), el único dominio donde “eso se mueve para bien”. La técnica inventó al hombre, la tecnogénesis es la cara externa de la antropogénesis,

¹ André Leroi-Gourhan (1964). *El gesto y la palabra*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1971. pp. 138-139.

lo humano se construye por medio de lo an-humano. Al filósofo, teólogo vergonzante, que no deja de denunciar la “deshumanización” (la reificación, la alienación, la inautenticidad; técnica como metáfora de la caída y del pecado original), el antropólogo le responde: no, hominización. La mediación por exteriorización no es el mal momento de prescindir de la interioridad, es el momento fuerte de la humanidad. El objeto empuja al sujeto a rebasarse. Lo desmultiplica, lo intensifica, lo alarga. La biblioteca supera las capacidades de nuestra memoria, el libro es más profundo que su autor; “la herramienta vale más que nuestra mano”, “los aparatos son más avanzados que los hombres”, como lo repite, a despecho de nuestros idealismos-reflejos, François Dagognet, nuestro gran desordenador y mozo de mudanzas. Es por esto claramente que los que saben analizar las máquinas del día exploran el mañana de los hombres.

Se podrá adivinar que el enfoque mediológico podría desembocar un día, más allá de un honrar renovado de los instrumentos concretos del pensamiento (las tecnologías intelectuales) y de los vectores de transporte (las ingenierías espaciales) – tarea ya bien avanzada por múltiples investigadores (Goody, Latour, Havelock, etc.)– en una nueva manera de filosofar, de describir el mundo y de contar historias. El tener en cuenta el efecto-retorno tampoco es un asunto de hoy. Etnólogos y sociólogos nos han enseñado *lo que el hombre le hace a sus herramientas* (la impronta social de los artefactos). Tecnólogos y epistemólogos, nos han enseñado *lo que sus herramientas le hacen al hombre* (ante todo el bien). La diagonal mediológica cruza los registros “técnico” y “cultural”, instrumental y societal, que (como lo sabemos bien) no son continentes separados ni entidades en sí mismas (excepto en las gigantomaquias de Apocalipsis “el Hombre contra las Máquinas”). Esta actitud hace que emerja una lógica ternaria y no binaria, lejos de nuestro dualismo hereditario. Fuerza a abandonar dolorosamente el suelo griego y las oposiciones fósiles que todavía nos teleguían: original/copia, potencia/acto, interno/externo, sustrato/fenómeno, espiritual/material. Se preferirán en la actualidad, sin duda, tándemes más “tecno”: real/virtual, soporte/código, vector/mensaje, etc. El legado, el yugo ¿no es, muy discretamente, el de una teología perezosa y espontánea, aquella en la que se encontraba al comienzo un origen, luego un proceso; un Creador, *en seguida* creaturas; una Esencia, *después* sus fenómenos; un Fin ideal, *posteriormente* medios subordinados? *La transformación mediológica* no es pues evidente. No, no es fácil admitir, y mucho menos hacer admitir, que el origen es lo que se plantea al final; que el medio exterior es interior al mensaje, y la periferia está en el centro del núcleo; que el transporte transforma; que el material de inscripción dicta la forma de escritura; y que en general nuestras finalidades se regulan sobre nuestras panoplias. No hay –y que Péguy nos perdone– por un lado la (buena) mística y por el otro la (mala) política. El espíritu viene por el cuerpo, es “de cuerpo”. La mística es la recompensa de un realismo bien llevado, y el pragmatismo se moriría sin mística ninguna. No se trata de entidades cara a cara, sino de correlaciones en funcionamiento.

Lo que se puede traducir en programa de investigaciones por un: “*el objeto de estudio no es un objeto, ni una región de lo real (los medias), sino las relaciones entre objetos, o regiones. Entre una idealidad y una materialidad; un sentimiento y una máquina; una disposición y un dispositivo*”. Tomemos la fórmula hugoliana: esto matará aquello, en la que no es el verbo lo importante (se lo puede discutir) sino *el cuadro de doble entrada*, esto y aquello, Gutenberg y la arquitectura, los tipos móviles en plomo y la autoridad del papa. El estudio de la bici en sí no tiene nada de mediológico, excepto cuando se examina la relación existente entre la invención de la

bicicleta y el feminismo, el cinetismo en el arte, el individualismo democrático, etc. El estudio de la idea de nación tampoco, salvo que se la encare por todo lo que le debe a la red de carreteras, de ferrocarriles, de correos, telegráficas, eléctricas, y lo que ocurre cuando aparece una segunda generación de infraestructuras trasmisivas. Un estudio del deseo de inmortalidad sería bienvenido en sí mismo; no se volvería mediológico sino cuando uno se dedique a mostrar cómo ese sentimiento moral se transformó al contacto, y bajo el efecto, de la pintura, del cine, de la tele, la evolución de las técnicas figurativas en general. De este modo, lo que los fenomenólogos le pedían a “la variación eidética” (modificar idealmente las propiedades de un objeto empírico para descubrir intuitivamente su esencia), el mediólogo se lo solicita a las variaciones tecnológicas de una facultad, de un comportamiento o de una institución.

Elucidación cuya fecundidad irá creciendo con los azares epistemológicos, según el grado de apertura del encuadre. Se limitará los riesgos ateniéndonos a un primer grado de análisis, *la interacción intra-sistema*. Por ejemplo, para el libro, el modo impreso de reproducción (técnico) y la organización interna de los textos (cultura); para la imagen fija, la digitalización y la foto de arte (lo que la computadora hace con las Cartier-Bresson); o también, para el cine, cómo el magnetoscopio ha trastornado la cinefilia. Se aumentará el placer pasando al segundo grado: *la interacción inter-sistemas*. Por ejemplo, lo que la aparición de la fotografía modificó en el arte de pintar, y el arte en general (habiendo dado aquí el ejemplo Walter Benjamin); lo que la electricidad cambió en la arquitectura (ascensores y rascacielos); o el directo televisivo en la Vuelta a Francia, producto directo del diario impreso. También se puede, corriendo el riesgo de lo inverificable (a primera vista), alcanzar el nirvana de la iluminación, el “conocimiento del tercer género”, si se abordan las interacciones tran-sistemas. Por ejemplo, las relaciones de dependencia que unen la tipografía de plomo y la ideología socialista (Régis Debray, *Curso de mediología general*), el cine y la construcción nacionalitaria (Jean Michel Frodon, *la Proyección nacional*), o también los modos de representación visual y las disposiciones personales al heroísmo (Hélène Puiseux, *las Figuras de la guerra*). Es evidente que una misma indagación puede abrir el compás por grados sucesivos, una vez se establezca la documentación, conectando como pertinentes *estos* con *aquellos* cada vez más alejados (en apariencia), pudiéndose revelar así un mismo fenómeno susceptible de estar en los tres niveles de correlaciones que acabamos de designar.

Confesémoslo: la razón mediológica no es el verdadero sentido de la historia. Para el zapatero remendón, es el zapato el que hace caminar a los hombres; para el científico o el epistemólogo la adquisición de conocimientos es algo que está por encima de todo, y del saber bien repartido saldrán la democracia, el amor y la fraternidad humana; para el economista, todo aquí abajo es trabajo y valor; para el psicoanalista, la libido conduce el baile, y el jurista hace girar el universo sobre el código civil. Idiotismos de oficio... Un artesano-mediólogo no olvida que hay más cosas sobre la tierra y en el cielo que en toda la mediología pasada, presente y por venir. No ve mediodía en su médium. Simplemente se dice: quizás tengamos acá, si no una fuente particular de conocimientos por esperar, al menos un modo original de conocimiento por explorar.

Los Cuadernos de mediología, N° 6: “¿Por qué mediólogos?”, pp. 22-27.

Daniel Bournoux
Si yo fuera mediólogo...

¿Qué manía tienen pues todos, sociólogos, semiólogos o psicoanalistas, de querer meter la ciencia en su campo? Basta con leer las publicaciones corrientes, o con asistir a sustentaciones de tesis, para comprender hasta qué punto las ciencias sociales siguen siendo feudales, armadas de citas que son tanto sumisiones al señor feudal como argumentos de autoridad. Cada uno se esfuerza en estas materias por ser la voz tonante más bien que por debatir o por demostrar. A este respecto, el psicoanálisis aumenta hasta la exageración una situación general; ¿propone a sus fieles algo mejor, en la mayor parte de los casos (el caso Dora, el caso Aimée, el caso Freud...), que hábiles operaciones de comunicación?

La disciplina que tomara como objeto estos sortilegios de la fantasmagoría colectiva sería pues bienvenida, o maldita; sería, en el campo de las ciencias sociales, la ciencia por excelencia al mostrarnos cómo marchan las otras, en qué espejos nos atrapan.

Si yo fuera mediólogo, no anunciaría con trompetas el nacimiento de una nueva ciencia. El “corte epistemológico”, las metodologías y las medidas cuantitativas no serían por lo demás mi primera preocupación. Simplemente me esforzaría por comprender un poco mejor la extraña lógica de las medias. *Los medias* (será necesario explicarse con esta palabra de mil patas**) re-ligan a los hombres entre sí a través del espacio y del tiempo. Debray ha propuesto llamar más bien comunicación a la relación que franquea las distancias, y transmisión al viaje del mensaje a través del tiempo. Admitamos, y retomemos palabra a palabra.

Religan: esta relación prima sobre todos nuestros contenidos de conocimiento, gobierna el sentido de los mensajes al mismo tiempo que condiciona la existencia de cada uno; vivir es estar religado, y la inteligencia misma es ante todo una actividad de ligazón, o de conexión.

Los hombres entre sí: desde que se trate de relaciones pragmáticas (de sujeto a sujeto) y no simplemente técnicas (del sujeto a los objetos), ya nada es linealmente programable pues el sujeto es opaco al sujeto, o difícilmente previsible. No se actúa sobre las representaciones de alguien como se pateaba un balón, o se teclea un computador; el otro no se deja estudiar sin estudiarme a su vez, co-pilotamos la relación sin poder dominarla exclusivamente ni el uno ni el otro.

De acá se sigue un primer límite, de importancia, a las improbables “ciencias de la comunicación” (cuyo núcleo duro consistiría en el estudio de las medias): si *comunicación* designa la acción o el comportamiento de un sujeto que actúa sobre las representaciones de otros sujetos por medio del rodeo de los signos, es claro que esta empresa puede siempre fracasar. Se programa una cadena técnica, pero no sus amores, ni sus conversaciones. Un “plan media” depende de la buena voluntad de los receptores para tener éxito, la publicación de un sondeo en período electoral puede traer desgracia al candidato favorito, y las campañas de prevención suscitan extrañas reticencias, por no decir efectos perversos... En resumen, la interacción (mediatizada o no) entre sujetos sigue siendo aleatoria, la relación no es una *cosa* fácilmente manipulable, y la regla general en materia de media sigue siendo, en el mejor de los casos, la de bricolaje. En el estado actual de la reflexión, una mediología participa pues del mismo bricolaje, como la

** <al final, en el abecedario, se nos pide que no confundamos los medias (plural de medium) con los mass-media, Paláu>

sociología de los media desde 1945. A nadie le parece que los media sean *buenos para pensar*.

Estos fenómenos de difusión y de transmisión, que se resumen por “la comunicación”, trenzan juntos relaciones pragmáticas de confianza o de autoridad, mediatizadas por herramientas, pero apoyadas también en partidos, escuelas o asociaciones, a falta de los cuales el espíritu planearía sobre las aguas en lugar de encarnarse duraderamente en cuerpos y tener efectos bien tangibles (pues algunas doctrinas, difundiéndose, han cambiado el curso de la historia). Para que estos tengan éxito, ha sido necesario alinear y hacer cooperar cantidad de factores; entre los múltiples ingredientes de una comunicación eficaz tenemos lo psicológico, lo pragmático, lo institucional y (*last but not least*) lo técnico...

Vecindades (filo., psico., semio., socio...)

Si fuera mediólogo, tendría pues muchos interlocutores o vecinos. ¿Cómo se desenvuelven estos con las espinosas cuestiones de la difusión, de la influencia o de los medias? El filósofo clásico se reclamaba de una razón universal o de una “luz natural”, que sugiere el modelo de una propagación gratuita a través del éter transparente. ¿Consentiría, apartando ese cómodo sol, en reflexionar en las condiciones prácticas y técnicas del encaminamiento de los mensajes? “El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo”, sin duda puesto que la razón se define como nuestro bien común, y la locura por el contrario como lo que separa y encierra. Pero ¿cómo se efectúa histórica, social, técnicamente esta “repartición”? El filósofo creería rebajar el debate y frenar el vuelo de su pensamiento si remite éste a sus bases prácticas, materiales. Dos ejemplos: el *logos*, para desplegarse, ¿tiene necesidad de la escritura, o ésta no es más que la tumba del pensamiento vivo? En el *Fedro*, Platón dramatiza la cuestión poniendo en escena el diálogo egipcio de Thamous y de Thot, pero en el fondo escamotea la respuesta. Así mismo, al final del *Cratilo* no sabremos si podemos ir “a las cosas mismas” sin la ayuda de las palabras, y la filosofía no tomará sino muy tarde este *giro lingüístico*.

Este olvido de los factores o condiciones técnicas corre a través de la historia de la filosofía, que se podría calificar bastante bien por su *suficiencia*, obnubilado por el ideal, o por la autonomía de la razón en su núcleo lógico-matemático, o por la eficacia de lo simbólico, o por los derechos imprescriptibles del espíritu, al filósofo le repugna descender hasta el estudio de la compleja máquina sin la cual sus ideas más queridas no habrían tenido ninguna posibilidad de germinar y de reproducirse. “En Francia, no se tiene petróleo pero se tienen ideas”, proclamaba en los años setenta una campaña de vallas posterior a la crisis petrolera. Lisonjero para el chovinismo nacional, pero típicamente idealista, este eslogan olvidaba que nuestros debates, nuestras universidades, nuestros centros de investigación o nuestras publicaciones difícilmente sobrevivirían a una severa penuria de materias primas. Un diálogo entre filósofo y mediólogo conduce a oponerle al discurso del primero sobre los fines, el menos exaltante de los *medios* (de los medias).

El encuentro del mediólogo con el psicoanalista parecerá aún más improbable: ¿cómo pueden los factores técnicos interesar al inconsciente o la vida imaginaria del individuo? La cura instaura un enfrentamiento entre dos sujetos, o del sujeto consigo mismo, sin la interposición de ningún media. ¿Se imagina hacer su análisis por medio del teléfono, la televisión, o la interposición de la video-conferencia? Sin embargo, la “cuestión de la técnica”, aquí no más, no se deja evacuar si se piensa que nuestros medias conducen hasta nuestra esfera doméstica informaciones, pero también, y ante todo quizás, afectos, sueños, lo imaginario, relaciones e identidades colectivas que no pueden dejar de tener efecto en la intimidad de cada cual. Por todos lados por donde un medio interviene, la repartición entre el individuo y lo colectivo se nubla, pues le imprime sus

razones y sus locuras particulares. Un psicoanálisis menos individualista o más “social” podría pues interesarse en la eficacia mediática, como se él abrió en torno a Lacan a la eficacia lingüística y simbólica. Se daría cuenta de que nuestros objetos técnicos son también espejos que pueden llenarse de imaginario. Es el caso por excelencia de las pantallas (de televisión o de computador), en las cuales el usuario recoge un “second self” (Sherry Turkle), un suplente de sí mismo; pero la mayor parte de estos media que enhebramos literalmente sobre nuestro cuerpo —el automóvil, los dispositivos de conocimiento o los cercos de la prensa escrita o audiovisual— nos sirven también de pantalla, de protección o de proyección, para filtrar y mantener a buena distancia la realidad exterior.

Estos media, y particularmente el computador o la televisión, ¿son algo que tenemos o, de ahora en adelante, algo que somos? Por todas partes por donde se teje el extraño embrollo del cuerpo-espíritu y de sus prótesis, el espacio o el juego de los media interpone entre nuestra conciencia y el mundo exterior una zona tapón, que llamaremos con Winnicott espacio potencial o transicional, que no está ni afuera ni adentro, ni del sujeto ni de los objetos, y que por esta neutralización de las oposiciones nutre las relaciones de confianza y el ejercicio de los juegos y de los aprendizajes. Se ha intelectualizado demasiado a los medias considerándolos prioritariamente como vectores de información, sometidos en esta medida a las alternativas de lo verdadero y de lo falso, mientras que ellos funcionan ampliamente más acá; envolviendo a sus receptores en una zona de indistinción que el psicoanalista calificaría de primaria, nos aportan relación y relajación, comodidad y confianza o, como dice McLuhan, *masaje* que precede todo mensaje. Pero verdaderamente no vemos estas cercas como objetos; los medias no se dejan captar a buena distancia o cara a cara porque exigen una parte enorme de nosotros mismos para funcionar. En nuestros usos cotidianos pasamos con ellos de la mirada del clavado, al nado.

Confrontada con la semiología, nuestra mediología no asistiría, con los brazos cruzados, a las proezas deconstructivas o interpretativas que hicieron las delicias de los años sesenta. Allí donde la semio... describe (admirablemente con Roland Barthes) los cuchicheos del sentido literario, artístico, cultural en el sentido amplio, a la medio... le gustaría mejor comprender el paso de las formas a las fuerzas, o cómo la esfera de los signos y la trascendencia de los códigos *embragan* sobre nuestra vida. No daremos cuenta de “la eficacia (de lo) simbólica (o)” —palabra clave de los años Lévi-Strauss o Lacan— limitándose a describir el juego embriagante de los significantes y sus permutaciones infinitas; será necesario examinar además por medio de cuáles efectos de cuadro, de vectores técnicos o de instituciones, los sujetos (noción antipática a los semiólogos) han hecho efectivamente “cosas con palabras”, y también con imágenes, gestos o sonidos... Se sabe que este programa corresponde al *recodo pragmático*, efectivo con la generalización en los años setenta de una doble problemática: en lingüística, la de los actos de lenguaje lanzada por Austin, y más generalmente de la enunciación; y por otra parte, la del primado de la relación y de los efectos de cuadro en psicología clínica o social, venida de la escuela de Palo Alto. Esta encrucijada interdisciplinaria de la pragmática, y sus principales palabras claves que suenan como tantos programas de investigación (enunciación, relación, subjetividad, interactividad, eficacia simbólica-icónica-indicial, autoridad, pertinencia, creencia...), han terminado por empujar violentamente los objetos y los conceptos de una filosofía, de una semiología o de una psicología anteriores, claramente más estáticos. La nebulosa o el vórtice pragmático podría atraer y satelitizar el trabajo mediológico, que se consagra a las mismas cuestiones a partir de una sensibilidad o de una dependencia a la vez más social, más histórica y más técnica. La pragmática habría hecho mucho por rehabilitar y hacer más compleja la noción de sujeto, pero ella circunscribe generalmente sus estudios a la esfera inter-subjetiva o débilmente

mediatizada de nuestras relaciones. La mediología, por su parte, sin constituir propiamente hablando un nuevo recodo en el giro pragmático, insistiría más en los factores técnicos y organizacionales de la enunciación.

Es este factor técnico, y una cierta lógica de los utensilios, lo que el mediólogo le recordará útilmente al sociólogo cada vez que éste critique la violencia simbólica en términos de proyecto dominador o de lógica de clase. Desenmascarar los manipuladores asegura una amplia audiencia, y cuando la dimensión panfletaria se mezcla subrepticamente con la ciencia, el “capital simbólico” del profesor se vuelve óptimo. Sin embargo se objetará a Bourdieu y a sus discípulos que ellos reproducen, cuando denuncian las manipulaciones mediáticas y el control simbólico en general, una antigua hendidura que distribuyó para los anglosajones la curiosidad técnica y las investigaciones empíricas sobre los efectos de las herramientas, y para nosotros [los franceses] la sospecha ideológica y la indignación moral. Sin duda que los unos y los otros tienen razón, pero detentando cada uno sólo la mitad del programa: a ellos les falta olfato político, a nosotros cultura técnica. O también, resume Debray: “Por el lado de ‘Europa’, alianza de un realismo político y un angelismo técnico; por el lado de ‘América’, alianza de un angelismo político y un realismo técnico” (*Transmitir*. Buenos Aires: Manantial, 1997. p. 44).

Será difícil no explicarse francamente con Pierre Bourdieu, inevitable en este debate², puesto que sus recientes escritos sobre la televisión tropiezan con el mediólogo; en lugar de considerar los constreñimientos del formato y la gramática de la pantalla chica, el sociólogo se encarniza en la denuncia de la censura que viene de los presentadores y la malevolencia del dispositivo... A esta sociología imprecativa, bien hecha para remover el resentimiento que inspiran con toda razón al público los deslizamientos reales y los abusos del “poder mediático”, la mediología podría oponer, más sobriamente, que los efectos de los medias comienzan con el formateo de los espacios y de los tiempos, que de ninguna manera son inmutables. Las reglas de la enunciación no son las mismas cuando se pasa del College de Francia al plató de *La Marche du siècle*.

Si fuera mediólogo, no le dejaría la crítica de los medias, por todas partes rampante en el público y entre los propios periodistas, a Bourdieu, o al talentoso Serge Halimi ni a los discípulos de Debord. Fascinado por la larga transmisión de los “grandes relatos” (cristianismo, marxismo) y por sus efectos organizadores, Régis Debray descuida como subalterno el tiempo corto de los medias, y llega hasta excluirlos de la mediología al comienzo de sus *Manifestes médiologiques* (p. 22). Es manosear la paradoja en demasía, y buscar el malentendido; pero de nuevo, ¿qué es un media?

Lo que quiere decir *media*.

No sabemos muy bien lo que quiere decir *media*. Identificándolos con el objeto técnico en general, McLuhan abría demasiado el compás: los medias son sin duda herramientas, pero ¿todas las herramientas son medias? Se está tentado a limitar la aplicación del término a los que producen efectos simbólicos, cognitivos o de representación. ¿Hemos definido por medio de esta restricción un sub-conjunto claramente circunscrito? El libro, el computador o el reloj, ¿son medias porque encaminan signos hasta nuestra conciencia? Se lo dirá del funcionamiento de muchos otros útiles. ¿Es la televisión un media, y no el refrigerador? Sin embargo, los efectos

² Comenzó con la respuesta de Daniel Schneidermann en *Le Monde diplomatique* de mayo de 1996, que nosotros mismos hemos prolongado en *Esprit* de junio de 1996 (“Pierre Bourdieu, sociólogo mohíno”), en *los Cuadernos de mediología n° 3* (“Pierre Bourdieu, la ciencia y los medias”, aparecido igualmente en *Liberation*), y en *Le Magazine littéraire* de octubre de 1998 (“Gigante entre enanos”); ver también la nota de Régis Debray sobre la arrogancia sociológica, p. 124 de *Transmitir*.

simbólicos de este último no son pocos y fácilmente se podría mostrar cómo, al modificar el espacio familiar y el ritmo de las tareas domésticas, esta máquina produce grandes efectos culturales, particularmente en los países cálidos... Añadamos que toda máquina, por su *diseño* o su forma, comunica más allá de su función utilitaria, así sólo fuera porque ella es ante todo, y sin discusión posible, signo de sí misma: una nevera puede funcionar como plano de montaje o de reparación de otra nevera y entrar así en la categoría, imposible de limitar, de las “máquinas cognitivas”. De la forma más resumida y para terminar con esta escolástica, plantearemos que un media es el vehículo de un mensaje, a la manera como el significante es la cara material (a la vez evidente y oculta) del significado. Se conoce significantes por excelencia, como las letras del alfabeto o las palabras de la lengua, pero existen otros más difusos o marginales, vectores de connotaciones o de distinciones simbólicas; así mismo, nuestra “función media” se escalona desde ciertos dispositivos o vectores indiscutibles de mensajes, hasta una franja donde se podrían encontrar según los casos todas las herramientas.

Como mediólogo, consideraría relevante de mi “disciplina” (y temas posibles de estos *Cahiers*) simples materiales como el papel o el vidrio, que tienen incidencias muy fuertes sobre la cognición; máquinas de transporte como el auto, la bicicleta, la ruta y las redes (pues el enrutamiento de las mercancías acompaña el de las informaciones y todo mensaje, por “ideal” que él sea, debe tomar un vector material); máquinas lógicas de ordenamiento y de manipulación de los símbolos (el alfabeto, las artes de la memoria, y hoy en día, el análisis numérico y el informático); dispositivos escénicos en general que regulan las energías y refuerzan las identidades (los diferentes tipos de espectáculos, las ceremonias religiosas, los acontecimientos deportivos y políticos, las conmemoraciones y los monumentos); y por supuesto los grandes medias propiamente dichos, “todos soportes de difusión masiva de la información” según la definición (restrictiva puesto que demasiado intelectualista) del *Petit Robert*.

El inventario de semejante *campo* (término muy querido por Bourdieu) sería prematuro y destinado al fracaso, pues la aproximación mediológica no se soporta sobre una colección innumerable de objetos, ni siquiera de categorías; sigue siendo transversal y manifiesta un cierto tipo de curiosidad, o como se dice también, de sensibilidad. Roland Barthes ejercía su sensibilidad semiológica persiguiendo sin tregua bajo los fantasmas naturalistas los estereotipos de la cultura y la maquinación de los códigos; quizás se vuelva uno mediólogo sospechando así mismo de *la inmediatez* en todos los dominios. Por todas partes donde la conciencia espontánea cree en la presencia en sí del espíritu, de la memoria, del poder, por todas partes donde la autoridad de los signos o de los valores (lo Bello, el Bien, lo Verdadero) se explica o se impone tautológicamente, nuestra crítica vendría a poner en evidencia como *funciona esto*, por medio de cuáles relés técnicos, de cuáles organizaciones del trabajo o de cuáles mediaciones ocultas.

Los medias tienen el mismo funcionamiento de auto-borradura que los signos: el teléfono o la televisión, cuando rinden bien, me aportan la ilusión de la presencia viva; así mismo, en el colmo de la emoción participativa, olvido el volumen impreso de la novela o la sala de cine. Si sólo existe conocimiento de lo oculto, el programa de una mediología no es un espejismo; nuestros medias convocan una crítica o un análisis sistemático, en la medida en que sólo funcionan eficazmente haciéndose olvidar. El psicoanálisis ha develado el inconsciente psíquico; la mediología podría revelar qué inconsciente técnico asecha nuestra vida simbólica y social. Sin nostalgia desplazada por una inmediatez que tiene que ver con la magia, ni entusiasmo excesivo por las “nuevas tecnologías”, el estudio de las articulaciones y de las astucias de la pareja media/mensaje se anuncia tan prometedora para nuestras ciencias sociales como lo fue, en su momento, la pareja significante/significado aislada por Saussure en el fundamento de la lingüística.

Entre los filósofos contemporáneos, el proyecto de una mediología ha sido claramente trazado por Jacques Derrida desde *La Gramatología* (1967), con la problemática de la diferencia (con una a) y de la economía de las huellas en el corazón de toda “presencia viva”; por François Dagognet y sus escrupulosas investigaciones sobre los gestos y las fenomenotécnicas (cuyo programa había indicado Bachelard) que construyen pacientemente lo que se llama lo real; por Michel Serres que, en la serie de sus *Hermes* no ha dejado de insistir sobre las casualidades de la transmisión y sus astucias “uliseanas”... La pragmática de la enunciación científica desarrollada por Bruno Latour participa de este movimiento “constructivista”, y no es un azar que los nombres de Dagognet, Derrida, Latour o Serres se encuentren en el sumario de nuestros primeros *Cahiers*.

Los resultados recogidos en el curso de la caminata mediológica parecerán necesariamente disparatados, por no decir incongruentes o dudosos: es malsano revelar las pequeñas causas sin las cuales no hubieran visto el día grandiosas realizaciones civilizadoras. La explicación mediológica parece “revelar el secreto”, y entraña una especie renovada de herida narcisista; alegrará tanto con los irónicos como con los destajeros, y se topará en sus convicciones con los celotas de la vida inmediata y del pensamiento puro.

¿Será necesario explicarnos de paso sobre esta *explicación mediológica*? Esta deberá cuidarse permanentemente del dragón repertoriado “determinismo técnico”, y siempre privilegiar causalidades de tipo sistémico, ecológico o pragmático. Medias, medios: la proximidad de estos dos términos nos recuerda que los medias (otra definición posible) son el ecosistema de nuestras ideas, aunque de los unos a las otras la relación parece de autorización más bien que de condicionamiento estricto. Cuando el pensamiento propone, los medias disponen; pero inversamente, no vayamos a creer que los sujetos receptores que somos estén directamente sometidos a la tiranía de los medias. Cincuenta años de *media studies* nos han mostrado, y Grégory Derville lo recuerda aquí mismo, que cuando los medias proponen, son los sujetos pragmáticos, atrincherados tras su clausura informacional, los que merodean y se escurren.

Remitiendo la sensibilidad mediológica a la esfera o a la nebulosa pragmática, y describiendo aquí solamente mis propias curiosidades, no he afirmado pues ninguna pretensión a la ruptura; el proyecto de una mediología me parece urgente, intelectualmente nuevo y excitante, pero se mantiene ante o entre nosotros y desborda con mucho las competencias individuales de cada uno.

Si la denuncia de algunos efectos de los medias parecen al alcance de todos, una crítica razonada de sus lógicas en general —una crítica antropológica del hombre en tanto que *sujeto a la comunicación*, o sujeto expuesto a los medias— se anuncia como una tarea compleja de otra forma, por no decir desmesurada. La investigación mediológica deberá hilvanar sus cuestiones a través de la semio., la socio., la psico., la pragmática o la ecología, y componer con esas disciplinas importantes; pero ella sólo interesará examinando *casos*, en lo posible menos machacados que la imprenta o la fotografía. No son los temas los que faltan, ¡y tenemos pan o algunos sumarios en la plancha! Pero será necesario calzar los pies de plomo, y rebajar cada vez el debate. No entusiasmaremos a nadie, y nunca tendremos el favor de los medias. Los periodistas no pueden encerrarse en la auto-referencia, y a ellos les gusta festejar los mensajes exaltantes; ahora bien, nuestro medio no aporta ningún mensaje sino el estudio de las condiciones generales de la mensajería. No hay nada embriagador en ayudar a las ciencias de la info-com, a las filosofías de la sospecha, a las sociologías materialistas de la cultura.

Después de todo... Hasta Newton la caída de las manzanas no sorprendía a nadie y no exigía explicación; si por extraordinaria surgía la cuestión, se respondía por la tautología de la pesantez. Recuerdo otra tautología, que se escribía muy alto en los

muros, por los alrededores de mayo del 1968 y en el movimiento de una Unión de las Juventudes Comunistas-Marxista Leninista que aún no era la GP:

“LA TEORÍA DE MARX ES TODOPODEROSA PORQUE ES VERDADERA”.

¿Una mediología para “deconstruir” mi propia bobería de mayo?

Una mediología para comprender lo que hace que un mensaje circule, qué máquinas nos arrastran y cómo marchan nuestros ideales..., con el riesgo de enviarlos *por el fondo*.

Los Cuadernos de mediología, N° 6: “¿Por qué mediólogos?”, pp. 28-32.

Pierre Lévy
El lugar de la mediología en el trivium

¿Cuál es el lugar de la mediología? Puesto que el sitio de una disciplina se define esencialmente por su objeto, esto se reduce finalmente a preguntarse: ¿de qué trata la mediología? Si sólo se tratase de labrar una definición o de hacer una clasificación, es decir: limitar un territorio, el proyecto de responder a tal interrogación no me habría interesado para nada. Propondría pues ante todo aquí una especie de maquinaria taxonómica cuyo efecto debería ser el desplazar, estirar, encoger, abrir y redistribuir campos conceptuales.

Me parece que esto es lo propio del pensamiento y, si se lo hace, el pensamiento explora la unidad de la tierra existencial o de un cierto *plano de inmanencia*³ bajo los recortes y las separaciones instituidas. Pero además, la clasificación que someto a la reflexión del lector se ha revelado a medida que ha hecho el camino, que posee un cierto *poder explicativo* en lo concerniente a algunas extravagancias de la mediología. Por ejemplo, con frecuencia me he preguntado ¿qué relación mantenía una disciplina que se consagra a las “mediaciones técnicas del hecho social y cultural” (según Louise Merzeau) con un cierto republicanismo gruñón, vagamente hostil a todo mercado y a la mundialización? ¿O será que esto tiene que ver únicamente con la personalidad de Régis Debray? O bien ¿hay razones menos profundas, es decir: intelectuales, para esta extraña conjunción ideológica? Estoy muy contento de poder someter aquí, con la ayuda de mi maquinilla clasificatoria, una hipótesis que, mas bien que recurrir a una idiosincracia personal, propone una puesta en perspectiva de la mediología con respecto a los dominios de conocimiento vecinos.

Semiótica, pragmática y mediología

Tomaré como punto de partida la sugestión de Daniel Bounoux que declara (para mí, con toda razón), en su *Introducción a las ciencias de la comunicación*⁴, que las así llamadas ciencias contienen como mínimo tres disciplinas distintas: la semiología, la pragmática y la mediología. Daniel Bounoux añade a su lista el psicoanálisis y la cibernética, pero estas dos disciplinas tienen claramente una función auxiliar de inspiración y no parecen jugar un rol *constitutivo* al mismo título que las tres primeras. Con el fin de situar bien la mediología con respecto a la semiótica y a la pragmática, me propongo hacer visible a la vez lo que las une y lo que las opone. Por esto las tres descripciones siguientes se quieren homogéneas las unas a las otras. Se formularán y –vamos a verlo– *dibujarán* en términos comparables. Pero preciso que esta homogeneidad, o esta comparabilidad, no responde únicamente a una exigencia de método. Corresponde también a un monismo ontológico al que los estrechos límites de este artículo no me permiten sino hacer alguna alusión.

³ Sobre la noción de plano de inmanencia se consultará de Gilles Deleuze & Félix Guattari (1991), *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Anagrama, 1993.

⁴ BOUGNOUX, Daniel (1998), *Introducción a las ciencias de la comunicación*, 1ª edición, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.

1) La Semiótica. La semiótica, que trata del signo y de la significación, está por entero encerrada en un triángulo tradicional cuyos tres vértices se llaman usualmente: significante, significado y referente. El significante no es otro que el signo propiamente dicho: el sonido emitido por la voz, el carácter impreso, la materialidad sensible del símbolo en general. El significado designa lo que el significante evoca en el espíritu de un intérprete, dicho de otro modo: el *sentido* del significante. Finalmente el referente es la cosa real a la que se reporta el significante. Esta tríada, como lo recuerda François Rastier en un artículo⁵ tan pleno de erudición como de inteligencia, es extremadamente antigua en la tradición occidental. Remontándose a la antigüedad, se nombra *vox, conceptus y res* en la filosofía medieval; *palabra, idea y cosa* en el siglo XVII; representamen, interpretante y objeto en la filosofía de Peirce, etc. La semiótica pone pues en escena tres entidades, que yo rebautizo a mi manera: signo, ser y cosa. El ser es un espíritu *para quien* hay significación: *el que habla o al que se le habla*. Un concepto o una significación no pueden existir sino *para* un espíritu viviente y el espíritu no es otro que el lugar de los procesos de significación, por no decir, como lo pensaba Peirce, un proceso de significación en sí mismo. El signo es eso *con lo que* se componen los mensajes. Palabras sonoras, palabras escritas, imágenes visibles, gestos significantes, son signos. En suma, el signo es el soporte, el vehículo o el intermediario de la significación. Finalmente la cosa es la “realidad” *de la que* se habla, del contexto al cual uno se refiere. En el enfoque aquí propuesto, ser, signo y cosa no son categorías ontológicas sino *funciones* llenadas por entidades o acontecimientos cualesquiera. Un ángel o un ejército pueden jugar tanto el papel de cosas de las que se habla, como de signos por interpretar o de seres para quienes existe la significación. La semiótica estudia las diferentes dimensiones del proceso de significación, como por ejemplo...

—los tipos de signos según su relación con las cosas, que se puede ilustrar con la famosa distinción entre índice (relación de contigüidad entre signos y cosas), ícono (relación de analogía) y símbolo (relación convencional); —las relaciones de los signos entre sí, sintagmáticas (su disposición en los mensajes) o paradigmáticas (sus relaciones sistemáticas en los lenguajes a los que ellos pertenecen); —la manera cómo los mensajes producen sentido para los seres.

2) La Pragmática. La pragmática, en lugar de estudiar las relaciones entre los tres factores elementales, amplía el cuadro para escenificar *el acto de significar para alguien*, o la comunicación propiamente dicha. Conceptualmente, esto implica al menos dos seres. El esquema semiótico estaba centrado en el signo. El esquema pragmático está dispuesto para evidenciar la interacción entre los seres, dicho de otro modo: la *relación*. En la pragmática, mucho más claramente que a escala semiótica, el signo, o el mensaje, o el índice comportamental, es considerado como un mediador o un intermediario entre los seres, y por tanto como un operador de relación. Además, se observará en el esquema que la “cosa”, o la realidad, o el contexto, puede ser considerado(a) como el centro o el vértice de la configuración pragmática. En efecto, a escala pragmática, la pertinencia gira en torno a la acción, a los actos, a los hechos. La apuesta de la producción de signos es una *situación*, representada por el elemento cosa (o la función referencial). El acto de comunicación, o el evento de

⁵ “La tríada semiótica, el trivium y la semántica lingüística”. *Nuevas actas semióticas* n° 9, 1990, 54 pp.

enunciación contribuye “activamente” a definir, transformar o mantener a la vez la identidad de los interlocutores, su relación y su contexto común.

3) La Mediología. El esquema que ilustra el objeto de la mediología sugiere de entrada la escala colectiva (en extensión) y recursiva (en el tiempo) de los procesos encarados. El símbolo del signo o del mensaje es reproducido dos veces, se lo ve *circular a lo largo de una cadena humana*. Aquí, el acento ya no está puesto en la interacción, la relación o la comunicación, como en la escala pragmática, sino claramente en la *transmisión*⁶. A escala mediológica, las *cosas* no funcionan ya solamente como contexto o referencia objetiva sino igualmente como organización (objetivación parcial de la relación entre los seres), institución (un cierto contexto social enfrentado en la duración) y como medias (sistemas materiales de inscripción y de difusión de los mensajes, o incluso técnicas en general, en la medida en que toda técnica puede ser considerada como memoria⁷). De este modo la mediología estudiará las relaciones de *constitución recíproca* o de inseparabilidad entre organizaciones sociales (colectividades de seres), sistemas técnicos o mundos materiales (colectividades de cosas) y lenguajes, géneros de mensajes o universos culturales (colectividades de signos).

La unidad de las ciencias de la información y de la comunicación

La ventaja de esta presentación trinitaria e icónica es la de mostrar la unidad profunda de las ciencias de la información y de la comunicación; su objeto es el tejido de relaciones entre seres, signos y cosas que constituyen el universo humano. Pero ella permite igualmente distinguir entre diferentes *escalas de análisis* de ese tejido. La *semiótica* se interesa en la malla elemental, en los nudos del tapiz, en lo que hace que el tejido del sentido tenga juntos muchos hilos. A veces uno se refiere al “contenido”, al “código”, al “sistema” (de la lengua), a la “información”, a la “sintaxis”, etc. olvidando con ello el carácter dinámico, acontecimental, procesal y abierto de los fenómenos, incluso en este nivel de análisis. Los actos no comienzan con la pragmática, y la constitución recíproca de los seres, de los signos y de las cosas no empieza con la mediología. La pragmática enfrenta un idéntico tejido pero a escala de los motivos elementales, de las figuritas que resultan de las tensiones e interacciones entre los humanos, los mensajes que ellos intercambian y el contexto que los reúne. Finalmente, la *mediología* presenta algunas ojeadas sobre las dinámicas de formas a gran escala, tanto en la duración como en la extensión. Los motivos que estudia están a la medida de la historia y de la geografía de la cultura. La aparente heterogeneidad entre contenido (semántico), relación (pragmática) y transmisión (histórica) no debe ocultar la unidad profunda del campo considerado.

⁶ Régis Debray intituló *Transmitir* el libro de 1997, publicado en Odile Jacob, y que abre la colección “el campo mediológico”, donde él resume los grandes retos de la disciplina en formación. <En español, la traducción apareció en Buenos Aires: Manantial, 1997, Paláu>

⁷ Sobre la técnica considerada como memoria, ver de Bernard Stiegler, *la Técnica y el tiempo*, 3 tomos, 1.- el pecado de Epimeteo; 2.- la desorientación; 3.- el tiempo del cine y la cuestión del malestar. Hondarribia (Guipuzcoa): Hiru, 2002 <los dos primeros> y 2004.

El antiguo trivium

La tríada “*semiótica, pragmática y mediología*” evoca, sin recubrirla exactamente, una tríada mucho más antigua y venerable compuesta de *la gramática, de la dialéctica y de la retórica*; la del trivium de la antigüedad tardía y de la Edad Media occidental. El trivium ha sido, durante un período muy largo, el equivalente de las “ciencias de la comunicación”. En la Edad Media, se designaba con el término “artes liberales” a las disciplinas intelectuales fundamentales cuyo conocimiento era reputado como indispensable para la adquisición de la alta cultura. El trivium (gramática, dialéctica y retórica) formaba su base, y el cuadrivium (aritmética, geometría, música y astronomía) el vértice. Detallemos un poco el contenido de las artes liberales. Como habilidad, la gramática recubría de hecho el dominio del latín escrito y hablado. En tanto que ciencia, se la podría comparar con la lingüística contemporánea. La dialéctica recubría la competencia argumentativa y la lógica. En cuanto a la retórica, ella se ocupaba del arte de persuadir y de componer los discursos. El trivium recubre pues claramente, en lo esencial, las ciencias de la comunicación. El cuadrivium contenía las principales partes de las “ciencias exactas” de la época, a saber: la aritmética, la geometría, la música y la astronomía. Tomados en conjunto, el trivium y el cuadrivium forman “los siete pilares de la sabiduría”. Pero en realidad, en la universidad medieval, las *facultades de las artes* se consagraban sobre todo al trivium. Las artes *liberales* se oponían a las artes *mecánicas*: agricultura, navegación, textil, etc. De hecho eran las ciencias a las que se entregaban los clérigos en la Edad Media, y las personas “libres” o nobles en la antigüedad. En efecto, no tenían finalidad práctica o profesional inmediata. Las artes liberales se oponían por otra parte a los estudios superiores especializados; en la Edad Media esencialmente la medicina, el derecho y la teología. El famoso “conflicto de las facultades” ha comprometido a la facultad de teología y a la facultad de artes, donde se enseñaba con frecuencia la filosofía desde el siglo XII. El movimiento humanista del Renacimiento desconsideró la escolástica, es decir la dimensión dialéctica o lógica de la cultura intelectual medieval. Los colegios de jesuitas, que darán el tono hasta fines del siglo XVIII, le conservaron sin embargo una gran importancia a la gramática (leer, escribir y comprender el latín) y a la retórica (arte de la persuasión y de la composición de los discursos). En la época clásica, las ciencias de la naturaleza se desarrollan y suben en la jerarquía de los saberes. Por otra parte, el movimiento de la Ilustración, especialmente encarnado por la empresa de la Enciclopedia de Diderot y d’Alembert, valoriza las antiguas “artes mecánicas”. En la época de la Revolución francesa, se critica el sistema de enseñanza jesuita, demasiado dedicado exclusivamente a las humanidades y la retórica. El liceo napoleónico, y sobre todo las grandes escuelas, le conceden pues un lugar importante a las ciencias y a las técnicas positivas, útiles al desarrollo económico. Desde el siglo XIX, el trivium, considerado como formación general de base, ya sólo existe en estado de huellas residuales en la enseñanza secundaria y superior. La reciente aparición de las “ciencias de la comunicación” corresponde al retorno de un trivium reprimido desde hace algunos siglos. Algunos consideran las ciencias de la comunicación como una sub-categoría de las ciencias sociales, especializada en las influencias y los usos de los medios. Pero otros investigadores y docentes implicados en este campo alimentan una ambición más grande, la de constituir esas nuevas y tan antiguas ciencias en modernas humanidades. ¿No deberían

ellas en la actualidad, como en la época del antiguo trivium, proveer incluso una formación de base, una cultura general indispensable a cualquiera que quiera poder orientarse en el conocimiento... y en la vida social y profesional? Los saberes científicos y técnicos evolucionan tan rápido que se vuelve ventajoso formar y ejercer prioritariamente a los individuos en la práctica del pensamiento, de la investigación, de la relación y de la comunicación. Además, las habilidades que tienen que ver con la transacción de las informaciones y con la comunicación en todas sus dimensiones están de acá en adelante en el corazón del ejercicio de la mayor parte de las actividades profesionales. Las artes de la comunicación eran *liberales* porque no estaban sometidas a reducidas finalidades económicas; en la actualidad lo están porque abren las puertas de la navegación entre las especialidades, y porque toda la vida económica y social reposa de forma cada vez más visible en las actividades de comunicación.

Un vínculo profundo conecta las artes y las ciencias de comunicación, no solamente con aquello que podría ser una formación humanista de base, sino igualmente con la filosofía. Y la relación entre cultura general y filosofía probablemente no es contingente. Desde su origen, la filosofía adoptó las ciencias y las artes de la comunicación como lugar de ejercicio privilegiado. En efecto, en la Edad Media, como ya lo dije antes, no existía facultad de filosofía. La filosofía era enseñada bajo la cubierta del trivium y ha podido forjarse así una cierta autonomía, es decir una relativa independencia con respecto a la teología. Remontémonos ahora del trivium a la sofística griega. La sofística, reflexión sobre las potencias del lenguaje y arte de la persuasión, ancestro de la retórica pero también de la dialéctica y de la lógica, fue a la vez la matriz de la filosofía, su otro y su espejo. Incluso si el Sócrates de Platón critica a los sofistas, el Sócrates histórico era identificado por sus conciudadanos como un sofista... y nosotros consideraríamos probablemente en la actualidad a un Protágoras como un filósofo. Ahora bien, podría ser claro que, como en la antigüedad y en la Edad Media, una parte importante de la reflexión filosófica se llevara a cabo hoy en las "ciencias de la comunicación", y no únicamente en la disciplina universitaria que lleva el nombre de filosofía. En suma, las ciencias de la comunicación son las herederas de la gran sofística, de la filosofía, de las artes liberales, y muy particularmente del trivium. Tanto su filiación como el papel contemporáneo de las prácticas y de las técnicas de comunicación les da el derecho de nutrir más ambiciones teóricas y pedagógicas de lo que tienen en la hora actual. Pero para ello se requerirá que se establezcan en un fundamento conceptual sólido y coherente.

François Dagognet.
Incorporar.

La mediología —esta disciplina que Régis Debray ha sabido reconocer y analizar, para la cual ha encontrado fundamentos y a la cual ha “bautizado”— difiere de las técnicas de la comunicación o del estudio de las mentalidades. Se distancia de las concepciones estrictamente comportamentales como de las demasiado mentalistas o de las interioristas (fórmula de choque del *Cours de médiologie générale*: “el pensamiento no existe”). Ella toma en cuenta a la vez lo inmaterial, lo ponderal, lo colectivo. Ya no separa, para nuestro goce de filósofo, el mensaje, su soporte, la simbolicida, los útiles vehiculares, el grupo que atraviesa lo nuevo y del que será impregnado. Ya, en el simple nivel instrumental, contamos con el emisor, el transmisor, el receptor. Entramos difícilmente en esta lectura puesto que continuamos pensando que “solo las ideas gobiernan el mundo”, mientras que ellas suponen una comunidad (un colectivo) e implican un sistema procesal (material).

Finalmente, gracias a la mediología, vamos a evitar lo segmentado, lo abstracto (lo desencarnado), lo lineal (preferiremos lo diagonal). Nos proponemos —con el fin de liberar mejor su eficacia y su importancia— insistir sobre un operador paradójico que parece entabrar la irradiación del mensaje, mientras que favorece su propagación y asegura su completitud. Le es necesario a la doctrina o a la idea o al dogma “el paso obligado por la corporeidad; para algo cuenta el soplo, el acento de la pronunciación, la manducación, la reverberación somática”. El *Cours de médiologie générale*, así como *Transmitir*, por lo demás lo han subrayado claramente; el solo título de algunos capítulos (“El misterio de la Encarnación”; “¿Es verdad que las ideas gobiernan el mundo?”) es suficiente para probarlo.

Vamos a añadir a este horizonte metafísico y teológico algunas consideraciones más prosaicas, sacadas del dominio psicofisiológico, que podrían fortificar la perspectiva de conjunto.

Comenzaremos por evocar una “experiencia personal” modesta pero reveladora: una organización universitaria programó recientemente, en el Futuroscope de Poitiers, una videoconferencia de la que nos encargó. Hicimos una intervención que se dirigía a muchos grupos francófonos dispersos en los cuatro rincones del mundo (Reunión, Guadalupe, etc.). Nos volvimos “una palabra enseñante” que se despliega en una red. Un especialista en administración educativa ve acá un sistema con muy buen desempeño —él lo acerca al “teletrabajo”— puesto que un solo locutor se dirige a una multitud: una fuente única y económica, puntos de llegada en estrella.

¿Por qué se presenta, según nosotros, el fracaso mediológico? Ante todo porque las técnicas de grabación y de difusión repercuten sobre la voz y le sacan algunos armónicos (la palabra se neutraliza un poco a través de ese filtro), pero sobre todo las sonoridades retumban pues un poco por todas partes y se dispersan. El locutor no ve, no encuentra al que le habla; vive la ausencia, la separación. En una clase, el alumno puede detener o cuestionar a quien se dirige a él; y si no se presenta esta interrupción, el maestro no deja de modificar o de modular su enseñanza según la actitud o la escucha de sus auditores.

En la experiencia (futurista) de Poitiers estaba roto el vínculo comunitario —el intercambio “emisor-receptor”— a causa de que la técnica vehicular absorbió, e incluso devoró, el lado pedagógico; nadie se dirige verdaderamente a la inmensidad, a lo innumerable, al mundo mismo; excepto si se entra en la desviación patológica. Importa no romper la proximidad de los cuerpos (por eso la asamblea de fieles, la reunión de

algunos discípulos, por no decir una clase de alumnos). La mediología reconoce la obligación estimulante de la reversibilidad entre los dos extremos de “la cadena” que difunde.

Se me objetará que en la radio el escritor o el conferencista desarrolla sin embargo, y con seguridad, su punto de vista ante anónimos que tampoco lo ven. Llega a ellos a través del sistema ciego que desacreditamos. En realidad, lo más frecuentemente se le pregunta; circula sobre las ondas una entrevista, no una exposición. El jefe de Estado no ignora el lado artificial, teatral, de débil alcance, generalmente breve, de un discurso en sí; se rodeará de periodistas que lo interrogarán y deberán incluso (a partir de un acuerdo secreto, tácito) enredarlo. En resumen, no se puede prescindir de la “mediación corporeizada” incluso dentro de todas las mediaciones; ella condiciona la vitalidad, por no decir la verdad (lo vivido); asegura su completitud. Es necesario primero “hablar a pocos”, antes de pretender hablar a muchos; no se puede saltar por encima de estas primeras barreras aparentemente restrictivas. La mediología no ignora ni este “mediano” ni este “medio”.

Tomatis, un especialista en audiofonología, lo probó de otra manera: nos ha persuadido de la importancia del “lugar” donde se habla, si se quiere ser escuchado, recibido. De esta manera, Bossuet sólo se eleva a lo patético del púlpito en la catedral, gracias a su acústica ideal. Su propia voz le regresa no tanto intensificada o amplificadas, como orquestada y de alguna manera glorificada; ella lo exalta (a causa de la auto-escucha reflexiva). En este caso, el orador se encuentra en una situación paradójica y enojosa: vive intensamente, interiormente, la relación “donador-receptor” y es en la medida en que participa en lo que lanza y de ello se beneficia, que puede emitir con más patetismo y energía (lo que hemos llamado “la reverberación”).

Si no se da este retorno valorizado –que provoca el “transporte”– no se sabe suficientemente que la voz (la laringe) termina por entorpecerse y empobrecerse. El mediólogo llega hasta esos rincones (boca y oreja inseparables) para sorprender allí el juego de los determinantes psicomotores y sobre todo aprender que el hombre sólo tiende a inaugurar en él una interrelación, el cebo de una comunidad (consume lo que produce).

Inversamente, en un recinto demasiado reducido, que “orquesta mal”, el sonido se refleja rápido y de manera brutal; hiere la oreja que lo capta y llega a romper el entendimiento psicofisiológico, el bucle de un cuerpo que se auto-controla y sobre todo se auto-estimula. Esta es la razón por la cual “el cantante profesional” poco a poco se desordena; a tal punto desconoce el enlace auto-humano dentro de su melodía. En general le es necesario intensificar la emisión para ser escuchado allá lejos, con el fin de satisfacer a su público. Entonces regresan sobre él ruidos que lo violentan y lo hacen desequilibrar. Se le recomienda pues o que ponga sus manos sobre sus orejas, o al menos sobre una de ellas (la más activa) con el fin de atenuar esta incomodidad y excesiva “resonancia”. O que utilice un casco que rebaje y suavice lo que graba; sino, su voz se rasga y no podrá seguir ejerciendo su profesión.

Lo que aquí nos interesa no es tanto la receta o el análisis de una patología que se conoce ya bien (por lo demás, la audición de lo demasiado agudo o de lo demasiado ruidoso siempre ha producido sordera) sino la obligación que tiene lo que es “transmitido” de transitar a través del cuerpo, y sobre todo de no excederlo. La mediología no pretende descuidar el zócalo corporal sin el cual el sentido (ya se trate de un sermón, o de un canto o incluso de un curso profesoral) no puede verdaderamente circular y al que le faltaría “lo que le aumenta su voltaje”.

Jean-Jacques Rousseau –mediólogo y también musicólogo– incriminó a otra causa: según él, la escritura y el libro han eclipsado poco a poco la palabra; ellos le han

hecho perder la tonalidad. Ya no podemos escuchar, a tal punto es verdad que la función crea el órgano.

“Nuestros predicadores se atormentan y transpiran en los templos sin que se entienda nada de lo que han dicho. Luego de haberse agotado gritando durante una hora, salen del púlpito semimuertos. Seguramente, no valía la pena tomarse tanto trabajo. Los antiguos se hacían entender fácilmente por el pueblo en la plaza pública; hablaban sin problemas todo un día. Los generales arengaban a sus tropas; se los escuchaba y ellos no se agotaban. (...) Supóngase un hombre arengando en francés al pueblo de París reunido en la Place Vendome. Gritará a voz en cuello, se escuchará que grita pero no se distinguirá ni una palabra. Herodoto leía su historia a los pueblos de Grecia reunidos al aire libre y por todas partes resonaban los aplausos. En la actualidad, el académico que lee una memoria en una asamblea pública apenas es escuchado al fondo de la sala” (*Ensayo sobre el origen de las lenguas*. Buenos Aires: Calden, 1970. p. 132).

Condillac había comentado ya esta situación: “Se trata de saber cómo los oradores romanos que arengaban en la plaza pública podían ser escuchados por todo el pueblo” (*Essai*, II, 1, 3, § 29). El filósofo de la sensación acusa aquí a las lenguas modernas muy poco discriminantes, mientras que el latín por ejemplo diferenciaba mejor el fin de las palabras y exigía también que la voz se subiera o se bajara incesantemente. Dejemos de lado las interpretaciones. Permanecemos aplicados a la idea de la importancia de la sonoridad de retorno, a la del medio físico (que en realidad es psíquico); nuestras ciudades y nuestras arquitecturas no tienen suficientemente en cuenta la “reflexión” (gracias a las configuraciones que la favorecen, como una plaza cerrada). El cerco que rebota “la palabra” nos parece que tiene el mismo papel que “el espejo” que nos da “nuestra imagen” (el sí mismo) cuya importancia se conoce (el estadio del espejo).

Diderot nos relata una “situación psicosenorial” que va en el mismo sentido de las precedentes; frecuentaba el teatro, si le creemos y según la *Carta sobre los sordos y mudos para uso de los que escuchan y hablan*: “Tan pronto como se levantaba el telón, y llegaba el momento en el que todos los otros espectadores se disponían a escuchar, yo metía mis dedos en mis orejas, no sin sorpresa para los que me rodeaban y que, al no comprender, me miraban casi como a un insensato que venía a la Comedia a no escucharla... Prefiero hablaros de la nueva sorpresa en la que no dejaban de caer quienes estaban a mi alrededor cuando me veían derramar lágrimas en los lugares patéticos y siempre con mis orejas tapadas”.

Aquí, la corriente pasa gracias a la gestualidad que se impone a las palabras, de un tirón o declamadas. Una vez más, el cuerpo asegura la electrificación. El mediólogo no ignora que el “sentido” no se difunde necesariamente a través de las letras o signos gráficos, allí donde corre incluso el riesgo de hundirse y de enfriarse. Los momentos más tensos implican la “corporeización” que dramatiza más la escena.

En el pasado, por las mismas razones, hemos tomado en serio los trabajos de un antropólogo, Jousse, que se había interesado más en el recuerdo (la conservación del mensaje) que en su transmisión. Pero, ¿no es necesario mantenerlo para poder luego distribuirlo?

Ahora bien, los textos sagrados eran tanto mejor recitados, salmodiados cuanto más correspondieran a ritmos en resonancia con el propio cuerpo (una especie de manducación permitía la asimilación, luego la restitución). En la medida en que no fuera preservado este método de incorporación, los recuerdos se borrarían, y sería necesario recurrir a medios externos, por no decir dispositivos topográficos o tabulares, como lo ha puesto de presente Yates en su *Arte de la memoria*.

Hemos somatizado al máximo la mediología, pero Régis Debray cauciona sin duda esta manera de ver por la importancia que le ha concedido a la “encarnación”, la que en la cima nos gratifica de un dios visible que ha tomado cuerpo.

La mediología rebosa de estrategias y de principios que han conservado algunos lazos (indirectos) con el cuerpo. Vamos a evocar tres:

Primero, la vida podría servir de modelo a la mediología si se guardan las proporciones. En efecto, ella se caracteriza por su fuga a propagarse; la creemos clausurada sobre sí misma, negentrópica, sustraída al afuera, autónoma. En realidad, el ser sólo pretende perpetuarse, extender y diseminar su propio patrimonio.

A este respecto, el viviente ha logrado una triple operación: ha delegado en una semilla (cuasi puntual) el conjunto de sus predicados; le impide auto-fecundarse incluso aunque los órganos de reproducción broten uno al lado del otro (por ejemplo, el uno madurará sólo cuando el otro habrá acabado su propio ciclo generativo: de acá la discordancia, la distancia buscada); en fin, ha conferido a esta semilla la mayor liviandad para que pueda volar y sólo fecundar lejos, logrando vencer el espacio de la separación. No olvidemos sobre todo que la simiente detenta la totalidad del viviente en el más pequeño volumen; al mismo tiempo se conjugará (la heterogamia) con una que le es diferente y asegurará así la biodiversidad. No se trata para ella de desplazarse solamente, de revolotear o de viajar. Se acopla con una planta parecida a ella; dará nacimiento a un ser que encierra al antiguo pero que exhibe también al nuevo.

¿Cómo lograr esta proeza? Mientras que las células comprenden $2n$ cromosomas —una doble hélice— en su núcleo, la célula reproductiva los reduce a n cromosomas con el fin de poderse ligar a n extranjeros (una fusión que realiza un apareamiento desconocido).

La minimalidad, que no compromete la esencia del viviente, así como la emergencia de un individuo original, nos parece una victoria sin igual. La mediología — más próxima de una filosofía de la naturaleza que de una filosofía de la conciencia— se inspirará en ella; reconocerá la necesidad de la miniaturización (sin pérdida) de lo que es transmitido.

No será esta la razón por la cual la imagen (recogida en su bidimensionalidad, simultánea) se impone sobre un relato y una narrativa sometida a la rectilinalidad, y por tanto al estiramiento, obligada a reglas que frecuentemente la disminuyen, la aplastan o incluso la vuelven trivial.

Segunda enseñanza. El mediólogo no ha cesado de mencionar que la mediación (que por definición excluye la inmediatez y obliga a un pasaje) vincula extremidades; sobre todo insiste en que la una y la otra —visión orgánica y no mecánica— se transforman a causa de esta relación (la retroacción). La mediología no se reduce a privilegiar los traslados; en el curso de las operaciones nota un aumento.

De esta manera, el saber dispensado a espíritus atentos se renueva a lo largo de la trayectoria educativa; por ejemplo en filosofía, llegaremos a pensar que “el spinozismo no existe”. No se concibe por fuera de su interpretación, ella misma ligada a su difusión-transmisión. Su sustancia se vuelve la suma de las perspectivas que se tengan sobre él.

Retomarlo solamente, restituirlo tal cual (pretendidamente) lo degrada y lo pierde. Por ahí, el monitor no logra imponerlo. No concuerda con la dinámica de las ideas.

El escéptico sostendrá que más vale la evocación de un sistema o de una teoría que una presentación personalizada. Es desconocer el beneficio de la pasión; es olvidar que sólo hay verdadero intercambio entre las consciencias y que, por todas partes, la simple reconducción de un sistema no interiorizado no permite su asimilación. Para que pueda ser aceptado, importa que sea repensado.

Antaño, a propósito de este problema de la integración y de la reciprocidad “emisión-recepción”, de su mutua transformación, hemos cometido un error recordando la fórmula: “Se espera a Cristo pero fue la Iglesia la que vino”, fórmula chocante, pero ante la cual el mediólogo no debe detenerse. En efecto, la religión no puede dejar de redefinirse y de inventarse. Cristo resucita con su historia, incluso si corre el riesgo de

morir también en ella. Su iglesia asegura su perpetuación y sobre todo su renovación. Llegamos hasta discernir aquí una posible comparación con la vegetalidad (*mutatis mutandis*) –como en el caso de la cepa de la vid– en la medida en que la planta se reproduce tanto como cambia; prolonga seguramente lo mismo pero lo casa con lo otro.

Finalmente –tercera observación– añadimos una notación que el mediólogo podrá discutir; con ello abrimos un debate en la disciplina.

Nos referimos al cerebro y, más generalmente a la “corporeidad” receptora, que situamos en el corazón del intercambio inter-subjetivo, persuadido de que la mediología no tiene que ver tanto con lo físico como con lo orgánico.

También pensamos que uno se equivoca al excitar el cerebro de muchas maneras al mismo tiempo (el multimedia); se lo electriza pero una sacudida no equivale a una estimulación y mucho menos a lo que facilita la interiorización. Mientras la velocidad cuenta a lo largo de un circuito que religa interlocutores, tanto más conviene respetar el tiempo necesario para la acogida. Las tecnologías modernas nos cubren demasiado de sonidos, de imágenes, de sensaciones; deslumbrar no es instruir. Debemos respetar los equilibrios o las exigencias orgánicas, aprender a recibir “el alimento psíquico” al ritmo de la manducación. La saturación, la proliferación, la poli-sensorialidad hacen perder tono y fatigan; entrañan rápidamente el rechazo. Regresamos así a una tesis que hemos defendido, una concepción de la cultura intussusceptiva (*intus*, adentro, y *susceptio*, la acción de tomar) lo que supone el tiempo para incorporar, y rechaza, en el mismo movimiento, el hiper-consumo. Ayer, J.-J. Rousseau criticaba “el clavecín ocular” de Padre Castel, que solidarizaba la vista y los sonidos: “Yo vi ese famoso clavecín con el cual se pretende hacer música con colores. Significa conocer muy mal las operaciones de la naturaleza el no advertir que el efecto de los colores reside en su permanencia y el de los sonidos en su sucesión” (*Ensayo sobre el origen de las lenguas*. Cap. XVI. *Op. cit.*, p. 113). En efecto, alejemos las sobredosis, las mezclas, las adiciones.

Hemos querido subrayar –corriendo el riesgo de una amplificación excesiva, por no decir caricaturesca– “el peso de lo corporal” en el intercambio verdadero, no solamente para que ese cuerpo se sitúe en el corazón de las mediaciones y las patetice, sino porque él mismo, en su fondo, cuenta, fusiona incluso lo físico y lo psíquico; el uno se expresa a través del otro.

Es pues justo que lo que es mediación básica o fundamental repercuta sobre los vínculos inter-subjetivos más variados que la mediología, disciplina cardinal, tiene en cuenta y aclara. En resumen, el “mediador por excelencia” no puede dejar de participar en las diversas mediaciones que hace posibles e incluso origina.

BERNARD STIEGLER. “LEROI-GOURHAN. LO INORGÁNICO ORGANIZADO”. *Les cahiers de médiologie*. N°6: Pourquoi des médiologues? tr. publicada por 1ª vez in *traducciones historia de la biología n° 17*, Medellín: Universidad Nacional de Colombia, facultad de ciencias humanas y económicas, noviembre de 2001.

Traducción: Jairo Montoya Gómez

La gran pregunta de Leroi-Gourhan es la memoria. El la reencuentra en la técnica. Y como liga la técnica a la historia de la vida, su pensamiento sobre la memoria es también un pensamiento del programa, sea él cósmico, genético, socio-étnico o cibernético: la obra de Leroi Gourhan proporciona conceptos para una historia general de la vida incluyendo la vida post-biológica (si se entiende por ella, la vida vivida y vivible más allá de las estrictas condiciones biológicas: la vida social)

Es esta formidable investigación que ha comenzado en Asia y ha terminado sobre los campos de excavaciones prehistóricas en Francia, pasando por el África del sur y por un conocimiento muy preciso de los medios de masas y de las técnicas industriales más contemporáneas, anticipando desde 1965 el hipertexto y la puesta en red, la que ha inspirado el trabajo decisivo de Jacques Derrida: *De la Gramatología*.

En los años 1930, Leroi Gourhan puso en evidencia que los objetos técnicos siguen un *phylum* de transformación que, al igual que los esqueletos de la paleontología, hacen aparecer leyes de evolución universalizables. “Universalizables” quiere decir aquí que estas “leyes” son transversales a las culturas más diversas y que no son dependientes de factores culturales que ellas trascienden. Leroi Gourhan lo hace evidente, estudiando objetos técnicos comunes a diversos pueblos de las costas asiáticas del pacífico, desde los Esquimales, hasta los habitantes de las islas de la Sonde, pasando por la China.

Leroi Gourhan está impresionado por el hecho de que estas culturas, que no se comunican las unas con las otras, adoptan técnicas completamente idénticas sobre el plano morfogenético. Lo demuestra, analizando el caso del arpón propulsado, utilizado tanto por los esquimales cazadores de focas como por los pescadores de nutrias alejados muchos miles de kilómetros y de los cuales se ha comprobado que nunca realizaron intercambios directos o indirectos con los esquimales. De hecho, Leroi Gourhan establece en “*El hombre y la materia*” que los objetos técnicos evolucionan en función de *tendencias técnicas* que controlan el devenir de los objetos y de los sistemas técnicos. *La técnica forma en efecto un sistema* que está atrapado en una evolución sometida a las leyes de aquello que Leroi Gourhan denomina la *tecnología*, no en el sentido en el cual la empleamos hoy para designar la técnica que moviliza saberes científicos, sino en el sentido de *una teoría general de la evolución de técnica*.

La técnica, habiendo devenido una *mnemotecnología* y habiendo puesto en obra un proceso generalizado y mundial de industrialización de la memoria, hace explotar hoy todos los marcos sociales, económicos, políticos, religiosos, estéticos e incluso vitales, todos los marcos de pensamiento con los cuales consideramos nuestra identidad de hombres, es decir de seres sociales y nuestro marco de vida en su globalidad. Esta situación extrema, que suscita los discursos más reaccionarios (tanto

de derecha –liberal o nacionalista- como de izquierda –republicana o demócrata-), exige de ahora en adelante un pensamiento de la técnica, del que Leroi Gourhan proporciona los conceptos fundamentales, y a partir de los cuales es posible hacer aparecer un *tercer REINO*, al lado de los dos reinos conocidos desde hace tiempo. el de los seres inertes y el de los seres orgánicos. Este nuevo “reino”, que ha sido ignorado tanto por la filosofía como por las ciencias, es el reino de lo que llamo los *seres inorgánicos* (no vivientes) *organizados* (instrumentales).

A partir del siglo V antes de nuestra era y hasta el siglo XIX, desde el punto de vista del pensamiento tanto filosófico como científico, los objetos técnicos son una especie de *no-seres*. Ellos emergen literalmente *de la nada* y no constituyen por tanto objeto de un pensamiento exclusivo alguno. Tanto la **Física** de Aristóteles como la **Filosofía Zoológica** de Lamarck consideran que para todo saber auténtico, es decir científico, no existen más que dos grandes clases de seres (‘ser’ traduce aquí el *ta onta*, la expresión griega que designa en la **Física** y en la **Metafísica** ‘las cosas que son’): los *seres inertes*, de interés para la física, es decir los seres que no están organizados (los minerales); y los *seres orgánicos*, de interés para la biología. Es decir los seres organizados (los vegetales, los animales y los hombres).

Entre estas dos grandes categorías de seres, aquellos que son de interés para la física y aquellos que son de interés para las ciencias de lo viviente, no hay absolutamente *nada*.

Ahora bien: a partir del siglo XIX, muchos pensadores – historiadores, arqueólogos, etnólogos o filósofos, primero Alemanes, tales como Beckmann, Kapp, Marx, y después, a partir del siglo XX, Franceses, especialmente Mauss, Leroi-Gourhan, Gille, Simondon - comprenden que *los objetos técnicos tienen una historia* y que estudiando *series de objetos técnicos* en el tiempo, por ejemplo, series de hachas, o series de instrumentos de trabajo en el campo, se puede poner en evidencia que estos objetos técnicos están sujetos a *procesos evolutivos* que responden a *leyes morfogenéticas*. Ahora bien: estas leyes no tienen que ver simplemente con la física, aunque estén sometidas a la física; para que un objeto técnico *funcione*, debe *respetar* las leyes de la física, pero la física no es suficiente para *explicar la evolución* de los objetos técnicos. Y estas leyes no son tampoco de interés estrictamente de la antropología.

Es estudiando las étnicas del Pacífico como Leroi Gourhan construye el concepto fundamental de tendencia y el método de estudio de la morfogénesis de los objetos técnicos. Pero es pasando a la paleontología humana, y a la prehistoria como su pensamiento toma toda su dimensión. Porque cambiando de escala de tiempo, Leroi-Gourhan termina por señalar que la aparición de la técnica es esencialmente la aparición no sólo de un “tercer reino”, sino de una *tercera memoria*; al lado de las memorias somática y germinal que caracterizan los seres sexuados, aparece una memoria transmisible de generaciones en generaciones y que conservan en buena medida “espontáneamente” los órganos técnicos.

Se produce hace cuatro millones de años aquello que Leroi Gourhan llama el *proceso de exteriorización*. Este término “exteriorización” no es sin embargo plenamente satisfactorio porque supone que lo que es “exteriorizado” estaba antes “en el interior”, lo que no es justamente el caso. El hombre no es hombre más que en la medida en que se pone fuera de sí, en sus prótesis. Antes de esta exteriorización, el hombre no existe. En este sentido, si se dice frecuentemente que el hombre ha inventado la

técnica, sería quizás más exacto o en todo caso más legítimo decir que es la técnica, *nuevo estadio de la historia de la vida*, la que ha inventado al hombre. La “exteriorización”, es la prosecución de la vida por otros medios diferentes a la vida.

Hombre y técnica forman un complejo, son inseparables. El hombre se inventa en la técnica y la técnica es inventada en el hombre. Esta pareja es un *procesos donde la vida negocia con lo no-viviente organizándolo*, pero de tal manera que *esta organización forma sistema y tiene sus propias leyes*. Hombre y técnica constituyen los términos de lo que Simondon llamó una *relación transductiva*: una relación que constituye sus términos, lo que significa que un término de la relación no existe por fuera de la relación, siendo *constituido* por el otro término de la relación. A partir del momento en el cual se inicia el proceso de exteriorización, aparece un nuevo ser que se libera progresivamente de la presión de selección colocando los criterios de su poder por fuera de su propio cuerpo y por tanto por fuera de su envoltura genética, que desarrolla para sobrevivir, objetos técnicos a través de los cuales la vida se prosigue en nuevas condiciones y por otros medios diferentes a la vida. Si se define la vida, después de Lamarck y Darwin, como una evolución donde las formas de organización no cesan de diferenciarse, de enriquecerse y de diversificarse, a partir de la exteriorización, el proceso de diferenciación vital se prosigue no sólo por la diferenciación de los vivientes, sino por la diferenciación funcional de los objetos técnicos y de las organizaciones sociales que permiten constituir.

Hoy, el inventario de piezas sueltas del ejército americano comporta centenas de millones de tipos de objetos técnicos diferentes. Después de la revolución industrial, la proliferación de objetos técnicos ha llegado a ser comparable, en diversidad, a la de las especies animales. Con el hombre, el ser viviente cesa de diferenciarse sobre el plano vital; *relativamente al ritmo de la evolución de los objetos técnicos*, el hombre se ha estabilizado biológicamente hace 200.000 o 30.0000 años. Es por ello por lo que se dice que el hombre post-neandertaliense es ya el hombre moderno (en el sentido de los prehistoriadores, por supuesto). Nuestra estructura genética parece que se estabilizó en ese momento (por contrapartida, ella evoluciona muy sensiblemente entre el primer tallador de útiles y el hombre de Neardental, particularmente en lo que concierne a la organización del cortex cerebral; es lo que se llama la abertura del abanico cortical). Ahora bien: la diferenciación genética parece atenuarse desde el momento mismo en el que la diferenciación tecnológica explota. Neandental, cuyas áreas cerebrales se asemejan mucho a las del hombre actual, sabe ya fabricar centenas de tipos de útiles diferentes y es igualmente a partir de ese momento que los sistemas técnicos a la vez duran sensiblemente menos tiempo y cubren áreas cada vez más vastas.

Es en este sentido que digo que el proceso de exteriorización consiste en proseguir la vida por otros medios diferentes a la vida misma. Ahora bien: si es verdad que el viviente sexuado está definido por dos memorias, la genética, de la especie (el genoma) y la epigenética, del individuo (la memoria nerviosa), *a partir del hombre aparece una tercera memoria, a causa de esta “exteriorización”*.

Todos los animales superiores tienen una experiencia individual, engramada en su memoria nerviosa, que les permite adaptarse individualmente a tal o cual entorno local. Por tanto, si yo adiestro un animal y él muere, nada de lo que le he enseñado es transmisible a su especie porque la experiencia individual de los seres viviente no es heredada por la especie y desaparece con cada muerte individual.

Si no hay acumulatividad de la experiencia individual en los animales, las especies no heredan nada de la experiencia de los individuos que la componen; es por el contrario *la posibilidad de transmitir la experiencia individual la que hace posible el proceso de exteriorización*. Y esto es lo que se llama cultura. A partir del ser llamado “humano”, es decir del ser que se desarrolla por la producción de útiles, se produce algo muy importante: lo esencial de la experiencia individual se concentra precisamente en la relación al útil y en el útil mismo. El útil es el órgano de predación y de defensa, es decir de supervivencia de la especie, y es en el útil en donde toda la experiencia de la supervivencia y de la muerte se reúne, sea como útil guerrero, sea como útil de trabajo. Ahora bien, por el hecho de que este útil es una exteriorización de la vida en un órgano que no es él mismo viviente, cuando el tallador del útil muere, la experiencia individual conservada en su memoria nerviosa fallece con él indudablemente, pero su útil queda, la huella de su experiencia o una parte de su experiencia queda en el útil. Recuperando su útil, su descendencia hereda parte de su experiencia.

Todo esto quiere decir que *la técnica es ante todo una memoria*, una tercera memoria, ni genética, ni simplemente epigenética. La he llamado *epifilogenética*, porque siendo el producto de una experiencia, ella es de origen epigenético, y porque esta experiencia individual que es acumulada, esta memoria técnica que hace posible una transmisión y una herencia, un filum que crea la posibilidad de una cultura, es igualmente filogenética.

Es bien evidente que un sílex tallado no está hecho para guardar la memoria. Por eso sólo es partir del neolítico cuando aparece verdaderamente lo que llamamos *mnemotécnicas*, es decir, técnicas conocidas *para* guardar la memoria. Sin embargo, si podemos hoy reconstruir la historia y sobre todo la protohistoria y la prehistoria del hombre, es porque reencontramos huellas técnicas que nos permiten acceder a la memoria de las civilizaciones más antiguas, mucho antes de la aparición de las mnemotécnicas propiamente dichas. Es a través de estas huellas técnicas como los arqueólogos y los prehistoriadores reconstruyen el saber de los hombres más arcaicos, gracias a los sílex, después gracias a los objetos de barro, gracias a los restos de arquitectura y a toda suerte de objetos usuales en cuyas características organizacionales son guías para reconstruir el uso, y al fin y al cabo, la experiencia de los hombres que los poseían. Estos objetos usuales son los transmisores de la memoria incluso si no fueron fabricados para este fin, y por el solo hecho de que resultan de procesos de exteriorización del viviente en lo orgánico organizado, en órganos técnicos, en instrumentos.

Se podría objetar a todo este razonamiento que hoy parece comprobado que ciertos chimpancés tienen ya prácticas culturales, sobre ciertas costas de Africa. De hecho, esta observación no me extraña. Ello significa para mí simplemente que el proceso de hominización está ya en camino con el chimpancés, y nos está ya prometido con él. Es por ello sin duda que este animal nos es tan estimable. Estaría casi dispuesto a admitir que él pertenece a la historia humana, dispuesto a hacer comenzar el hombre con él, puesto que el Zinjantropo era sin duda a la vez ampliamente diferente y cercano de nosotros, incluso si fabricaba útiles, lo que no hace el chimpancé.

No hay en realidad criterio verdaderamente científico para decir dónde y cuándo comienza el hombre, sino en la constatación de que la vida se exterioriza. Cada vez que decimos: “He ahí donde el hombre comienza”, es porque tenemos a la vista una

idea de dónde debería terminar, dicho de otra manera, porque proyectamos la idea que nos hacemos del *porvenir* del hombre. Que el porvenir del hombre esté en la inocencia entre maligna y astuta del simio, es una idea que me place enormemente. Sería magnífico que supiéramos además heredar esta inocencia. Incluso: preguntémonos por qué dudamos menos de caminar sobre una hormiga o una mosca que sobre un ratón, y por qué nos sentimos menos próximos de un ratón que de un gato, de un gato que de un simio, de un simio que de un niño. Siempre me he dicho que ello viene de que comparto siempre *más memoria* con estos seres. ¿No es también porque al fin y al cabo estoy más atado a alguno de mi familia que a un extranjero?

La cultura no es otra cosa que la capacidad de heredar colectivamente la experiencia de nuestros ancestros y esto ha sido comprendida desde hace largo tiempo. Lo que ha sido menos comprendido es que la técnica en tanto tercera memoria vital, es la condición de una tal transmisión.

Si el útil en general es un soporte de memoria sin estar hecho específicamente *para* conservar la memoria, a partir del neolítico aparecen nuevas técnicas que tienen propiamente por *finalidad*, memorizar la experiencia. La emergencia de estas *mnemotécnicas* que se extiende por muchos milenios, constituye un acontecimiento crucial, puesto que ellas permiten transmitir no sólo experiencias ligadas a comportamiento motores y de supervivencia, sino propiamente, contenidos simbólicos e incluso argumentos, verdaderas visiones de mundo, religiosas o profanas, colectivas o individuales. Esta emergencia comienza con los primeros sistemas de contabilidad y las primeras escrituras ideogramáticas. Justo hasta que aparecen las escrituras alfabéticas que nosotros utilizamos todavía, escrituras que nos dan el Antiguo testamento y que nos permiten acceder a la memoria de los Griegos antiguos, padres del saber racional y de la filosofía y de acceder *como si estuviésemos allí*.

Cuando leemos un diálogo de Platón, tenemos la impresión de estar en una fuerte familiaridad con los griegos. Nos parece extraordinario constatar la modernidad y la actualidad de las preocupaciones de estos griegos, interrogantes que nos hablan y que nos interesan aún y nos conciernen tanto como a los jóvenes atenienses a los que se dirige Sócrates. ¿Qué es lo que hace posible una tal modernidad a través de tantos siglos? Si vamos al santuario de Delfos y conocemos el griego antiguo, porque lo hemos podido aprender *en los libros*, podemos todavía leer las estelas que los atenienses han erigido a la gloria de tal o cual gran personaje o de tal dios, *de la misma manera que un griego podría leerlo hace 2500 años*. Porque compartimos todavía con Grecia el mismo sistema mnemotécnico, a saber, la escritura alfabética. Ahora bien, esta escritura presenta la característica de ser capaz de sustituir a la palabra casi sin pérdida; si no permite conservar la voz, la entonación y la prosodia del locutor, las significaciones, la sintaxis y la semántica son transmitidas intactas.

Esto quiere decir que desde la Grecia arcaica y su alfabeto, compartimos y proseguimos la experiencia de mundos antiguos, lo que ha permitido el nacimiento de la ciencia, que no es otra cosa que la continuación de un diálogo incansable, de un debate sin fin con los primeros griegos que se pusieron a pensar y a discutir entre ellos y cada uno consigo mismo, por la mediación de la escritura. Desde que dominamos la escritura alfabética, somos capaces de continuar dialogando con Tales y Euclides. Cuando Riemann vuelve a poner en cuestión los fundamentos de la geometría euclidiana, no puede hacerlo más que porque accede a los **Elementos** de Euclides,

porque lee los teoremas y los axiomas y los critica como si discutiese con Euclides, por *vía* de un debate que dura más de dos milenios y que se prosigue *en las condiciones iniciales abiertas por el rigor de la axiomática euclidiana*. Nada de esto sería posible sin la escritura alfabética, que permite de una parte una transmisión rigurosamente exacta del razonamiento euclidiano y de las *definiciones* a las que él llega, y de otra parte, y por lo demás en primer lugar, que le permite a Euclides mismo retomar su razonamiento *exactamente allí* donde lo había interrumpido la *vispera*, *sin perder nada de la memoria del camino recorrido*; y de aislar en la lengua términos que forman un *sistema discreto* que le permite construir un vocabulario específico de la geometría y manipularlo en relación con las figuras.

No sólo la escritura alfabética nos permite hoy acceder aún al razonamiento de Euclides, y de alguna manera atravesar el muro del tiempo, sino que ella le permite a Euclides mismo, de una parte remontar los límites de su propia memoria y de otra, construir su razonamiento fijando rigurosamente los términos de su axiomática. Dicho de otra manera; *el soporte técnico de memoria no es aquí un simple medio de transmisión del saber: constituye la posibilidad misma de su elaboración*.

La técnica tiene por tanto dos grandes fundamentos: de una parte, ella abstrae la evolución de los seres vivientes que somos por fuera de las condiciones estrictamente biológicas, de suerte que el porvenir de este viviente no está totalmente dependiendo de las condiciones estrictamente genéticas; de otra parte, y ya he mostrado por qué estos dos aspectos son inseparables, la técnica es un fenómeno de memorización, sea como memoria epifilogenética en general, sea como mnemotécnica propiamente dicha.

Ha sido Jacques Derrida quien ha llevado por primera vez al nivel filosófico la pregunta de la huella y de lo que llamó el “suplemento”, explorando las condiciones de aquello que él denominó en 1967 una *gramatología*. Pero más allá de una reflexión sobre la escritura, se trata de la pregunta mucho más general sobre la técnica. Esto es lo que yo he intentado mostrar en mi propio trabajo, en concordancia en este punto con Régis Debray: el papel del soporte como técnica que estudia la mediología.

Los Cuadernos de mediología, N° 6: “¿Por qué mediólogos?”, pp. 46-50.

Yves Jeanneret
La mediografía en el cruce de los caminos

Hace veinte años, Régis Debray planteaba la existencia de un vínculo entre “hechos de transmisión o de comunicación” y “hechos de gobierno”⁸. Al mismo tiempo que denunciaba el idealismo de la historia de las ideas, el angelismo de las representaciones del intelectual y la racionalización del orden político, invitaba a una trastrueque de perspectivas: promover, propagar y transcribir no eran el apéndice sino la condición de la cultura, y por ello del poder. En la misma época, Roger Fayolle analizaba la invención de la literatura por los críticos; Baudouin Jurdan describía el papel ideológico de la vulgarización y Antoine Compagnon rehabilitaba la escritura de segunda mano. Estamos en el momento intelectual que esas obras anunciaban: chocamos con la falsa facilidad de lo que hace circular las ideas, de lo que determina su trivialidad. Hemos pues ante una perplejidad compartida. ¿En qué condiciones ésta puede volverse conocimiento? ¿Se debe convertir ella en disciplina?

La provocación mediológica

La inquietud particular que suscita el cuestionamiento del *hombremedium*, el hombre que hace compartir entre los hombres, se lo puede llamar claramente *algunacosología*, si se quiere. Vale por la tensión que instituye. La verdad no lleva consigo su fuerza; la propagación y la reescritura cuentan y crean tanto como la investigación de lo nuevo; lo más trivial, lo más desapercibido, ese tejido de los actos y objetos que aseguran la continuidad social de una cultura, es lo menos estudiado, y sin embargo lo más decisivo. Tal es la *provocación mediológica*.

En el *Curso de mediología general*, la hipótesis de definir la mediología por una colección de objetos (digamos: una escena, más una ruta, más una red, más una hoja de papel, más una bicicleta) está descartada. Comprendo que se trata más bien de hacer posible una investigación, poder mantener una postura interrogativa frente a la trivialidad, pudiendo encarar la cuestión de los recursos de *transmisión o de comunicación* de los hechos culturales. Seguro que los Cuadernos ejecutan esta dinamización. Este lío ordenado por una cuestión instantánea, este eclecticismo tenido por una problemática, me parece una buena definición de la verdadera investigación.

La aventura mediológica

Pero ¿qué hay de la *aventura mediológica*, para parodiar a Barthes? Habiéndose vuelto trivial, y ya no solamente programática, fundamentada en la recuperación colectiva de un neologismo firmado, actualizado bajo los rasgos de *Cuadernos* (como los de Péguy), la mediología existe como hecho cultural

⁸ Régis Debray. *El escriba: Génesis de lo político*. París: Grasset, 1980. El momento aquí evocado concierne igualmente (Ramsay, 1979) *Crítica de la razón política o el inconsciente religioso* (Gallimard, 1981).

establecido. Se hace mediografía⁹ colectiva. Pero ¿qué principio hace de la comunidad de los mediógrafos una organización materializada (OM)¹⁰? ¿Por qué los mediógrafos?

¿Se trata de manifestar una lectura original de la sociedad, completa, lo que significaría que la mediología permanece consagrada a una obra singular?¹¹. ¿Es la comunidad mediológica el *angelos* de la palabra autorial? O ¿se trata, por el contrario, de una colección de trabajos diversos que toman la cuestión inicial por todos los cabos? ¿un ramillete de estudios que reúne el interés por lo que los otros no saben mirar? ¿Es un “verdadero” programa de laboratorio, en el sentido en que puede serlo la cartografía del genoma; una enciclopedia de las mediasferas, una gramática de las interfaces, una genealogía de las materias organizadas y un inventario de las organizaciones materializadas? O también ¿han privilegiado los *Cuadernos*, como los de Péguy, su función de intervención en la ciudad, percibido nuevas urgencias, movido una disciplina con fuerza de intervención?

Esta primera pregunta, que se le presenta necesariamente al espíritu de quien, aunque suscribe la provocación mediológica no ve la necesidad de proclamarse *mediólogo*, sólo tendría un interés anecdótico si no se mudara en provocación metodológica. ¿Qué necesidad liga la inquietud evocada más arriba y los partidos tomados que caracterizan la mediología producida? ¿Existe, luego del estructuralismo, un *mediologismo*? Si se elige interrogarse sobre las “vías y medios de la eficacia simbólica”¹², ¿será necesario adoptar el conjunto de las nociones, convicciones y métodos de un *campo mediológico* constituido? ¿Es necesario, para ser mediólogo, creer en la existencia de las mediasferas, o es suficiente con buscar comprender los hechos de socialización de las ideas? O digámoslo de forma más pragmática: ¿dónde se sitúan los espacios de elección que permiten designar la mediología real (sin mala alusión) como una de las teorías posibles? ¿Existirán allí mediologías?

Se puede soñar con “romper la magia de las palabras”¹³... de la mediología. En el discurso mediológico actual ¿qué es lo que está sustancialmente ligado a la provocación inicial? Y a la inversa ¿qué es lo que podría sacar esta perplejidad hacia una vulgata?

¿Respuestas demasiado grandiosas?

Hay un estilo mediológico de explicación. Deliberadamente caricaturizado, ello da más o menos lo siguiente: 1- Lo bajo cuenta más que lo alto. 2- El pensamiento es una logística. 3- Todo es mediato. 4- La cultura es una máquina de transmitir. 5- La mediología es la correlación de la *tekhné*, del *socius*

⁹ “Para ser exactos, es de mediografía que deberíamos hablar” (Régis Debray. *Curso de mediología general*. París: Gallimard, 1991, p. 21). Es claramente mi punto de vista, pero no solamente con referencia a los estudios geográficos. Hablar de mediografía permite observar un tipo de producción editorial en su contexto.

¹⁰ Régis Debray. *Transmitir*. Buenos Aires: Manantial, 1997. pp. 26 ss.

¹¹ “Mas bien que interdisciplinaria, la mediología parece antidisciplinaria, incluso si Régis Debray invoca una nueva disciplina, en la que se ve bien que no podría ser otra que la suya” (Y. Hjeanneret, “la Mediología de Régis Debray”, *Communication & langages*, n° 104, marzo de 1995, p. 7). Los hechos me han desmentido. La cuestión me parece sin embargo que permanece en el instante de la relación entre el texto de un autor y la escritura colectiva.

¹² Régis Debray. *Manifiestos mediológicos*. París: Gallimard, 1994, p. 16.

¹³ Régis Debray. *Curso de mediología general*. p. 22.

y de la *religio*. ¿Habría aquí, en el espacio entre la fecundidad de estas fórmulas y sus límites, algo que pensar?

1- *Lo bajo cuenta más que lo alto*. Los mediólogos conectan los objetos más despreciados con las doctrinas más elaboradas, sin sacrificar ni los unos ni las otras; algo que me parece que realizan los *Cuadernos* admirablemente como no lo hace ninguna otra publicación. Pero siempre llega el momento de afirmar un primado de la materialidad, de la técnica y de la trivialidad, sobre los principios, los lenguajes, los argumentos, por ejemplo. Este motivo retórico reaparece en los incipits y los excipits de artículos de los *Cuadernos*, pues “el mediólogo mira hacia lo bajo sobre todo cuando toca explicar lo que hay de más alto”¹⁴. Hay entregas sobre la bicicleta y el camino, pero no lo hay sobre la academia y el cientismo. Sin duda se precisará, como lo sugiere el *Curso de mediología*, torcer el bastón (del análisis cultural) en el otro sentido.

Pero ¿qué es realmente lo bajo? ¿Es lo más material del proceso cultural? ¿el acento puesto sobre el hecho de que no hay invención sin inscripción? ¿es lo más animal de la actividad humana? ¿El “principio material y corporal” de Bajtín?¹⁵ ¿Es lo más indigno, lo más denigrado, lo menos reconocido? ¿el proyector girado hacia el archivista más bien que hacia el premio Goncourt, hacia Figuiet en vez de hacia Pasteur? ¿Es la afirmación de una cultura del pobre frente a la del rico? ¿la revalorización de las vacaciones pagas con respecto a la *Búsqueda del tiempo perdido*?

Cada una de estas prioridades me conviene desde un punto de vista metodológico y comunicacional; porque no se habla nunca de ello, es menester hablarlo mucho más. Pero el principio al revés tiene sus límites. ¿Se necesitará deslizar de una prioridad retórica hacia una primacía ontológica suponiendo que en lo real lo de abajo prime sobre lo *alto*¹⁶? No es indispensable postular que la difusión de los objetos materiales determina “en última instancia” la creación; que la cultura se organiza entre un alto y un bajo.

2- *El pensamiento es una logística*. Se fabrica, no reside en el “cielo de las ideas”, no nace completamente armada de la cabeza de los genios y del espíritu de los pueblos. Pero una descripción teleológica de las culturas hay que proscribirla, si “simbólica” significa algo en la “eficacia simbólica”. El vocabulario de la logística (transmitir, relés, cadenas) sugiere la emancipación de un organizador en un *process*. ¿Se requerirá escuchar que la propagación de las ideas se fabrica, que ella tiene que ver con dispositivos? ¿Y en qué sentido la materia está “organizada”? Para provocar: ¿existe un gran relojero (o un especialista de la “organización científica del trabajo”, OCT) que ensamble este mecanismo y que opere sus hilos?

3- *Todo es mediato*. La mediología no reduce la mediación a los solos medias; ella expresa una concepción mediata de lo social. Busca describir intermediarios, transformaciones, distancias. Combate la ilusión invasora de una humanidad entregada a una comunicación inmediata, ilusión paradójicamente promovida por los fabricantes de los medias. Este combate epistémico (la

¹⁴ Régis Debray. *Curso de mediología general*. p. 245.

¹⁵ Mijaíl Bajtín. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Barcelona, Barral, 1974; Alianza, Madrid, 1987.

¹⁶ La cuestión del estatuto de lo alto y de lo bajo, desde el punto de vista de una filosofía materialista, está discutido a lo largo de la obra *El mito de Ícaro: Tratado de la desesperanza y de la felicidad*. De André Comte Sponville, Madrid: Machado Libros, 2007.

comunicación transparente no tiene sentido) y político (la distancia es necesaria a la cultura) es sin duda una de las coherencias esenciales y preciosas de los *Cuadernos*.

Pero la polémica contra el *motivo de lo inmediato* no puede ser la última palabra. La aparente simplicidad del principio designa un universo profundamente heterogéneo que merece ser ante todo analizado en su heterogeneidad. No para negar la idea de mediación sino para emplearse en captar toda su riqueza y para evitar que ella no nos imponga demasiado pronto la representación de una cadena, de una interfaz o de un relé; de una línea punteada. El *medio*, el que tiene que ver con mediología, me parece que designa fenómenos de naturaleza diferente, que tienen que ver con enfoques distintos.

¿Qué es lo que mediatiza los actos culturales? Se puede responder que es la mecánica de los dispositivos y cadenas de traducciones, por la que los actores humanos y no-humanos hacen aceptables las representaciones. La dinámica cultural tendría pues algo que ver con una regulación económica de los intereses. Se puede convocar el motivo de la dominación a nombre del avasallamiento del débil por parte del fuerte, y del reino universal de las correas de transmisión. La cadena de los mediadores sería entonces la forma visible de una omnipotencia difusa en el seno de una sociedad definitivamente cerrada. Se puede afirmar una tosquedad, a la vez material y simbólica, de los mensajes. En este caso, la mediatez designaría una materialidad habitada por los lenguajes y hecha significativa por los intérpretes; la mediología exigiría una semiología. Se puede observar que el mundo no nos es accesible en su desnudez, sino por medio de artefactos. La mediología se embarca así en una fenomenología del mundo vivido dotado de sus equipamientos. Creo que los *Cuadernos* movilizan cada una de estas acepciones de la idea de mediación, con una predominancia de la última.

Pero ¿no exige aún más imperativamente la provocación mediológica otro concepto de mediatez, el que tiene que ver con la intervención creativa de los hombres (de los *hombremediums*) en el seno de una actividad social que conduce al reparto de las ideas? ¿No hace signos hacia la observación de sus producciones, menos medianas que triviales, menos ordenadas en una cadena que colocadas en la encrucijada de los envites y de las inversiones?

Designar estos fenómenos desapercibidos por el prefijo *medio-* quizás sólo sea el primer momento necesario de su real caracterización. Una primera formulación que comporta el riesgo de sugerir una metáfora tecnicista, que sería una falsa respuesta a una pregunta que realmente nunca se ha formulado.

4- *La cultura es una máquina de transmitir.* Esta es la metáfora. La incertidumbre de la fórmula del *Escriba* (hechos de transmisión o de comunicación) ha sido vigorosamente zanjada. No era necesario leer *transmissio vel communicatio*, sino *transmissio aut communicatio*. Y es definitivamente transmisión. Como Bartholo, por el contrario, siento mucho que no haya sido más bien y que o.

Bajo ciertos respectos, la mediología es heredera de las “ciencias de la documentación”; contra la antropología lábil de las interacciones, y contra la pretendida desmaterialización de la información, ella subraya que las sociedades producen documentos durables, e incluso que esos documentos son –según la fórmula de Foucault– monumentos. Pero tomar partido por la transmisión contra la comunicación propone claramente otras apuestas teóricas. Representar la trivialidad como una transmisión introduce una asimilación entre

el proceso *material* de desplazamiento de los objetos físicos y la práctica *simbólica* de crear y comprender formaciones significantes; dos procesos (el transporte y la interpretación) ciertamente ligados, pero no reductibles el uno al otro. Por mi parte yo diría que se transmiten objetos mientras que las convicciones y representaciones se elaboran por la comunicación.

5- *La mediología es la correlación de la tekhné, del socius y de la religio*¹⁷. O también, en términos de Régis Debray: “el establecimiento, caso por caso, de correlaciones (...) entre las actividades simbólicas de un grupo humano (religión, ideología, literatura, arte), sus formas de organización y su modo de captar, de archivar y de hacer circular huellas”¹⁸. Todo el asunto planteado por esta fórmula es la relación entre estos dos componentes: “correlación” y “caso por caso”. La audacia de mantener un discurso que asocia estas diversas realidades, estos pretendidos “niveles” de la civilización, es lo que constituye la fuerza y la originalidad del pensamiento mediológico. ¿Pero de qué tipo de asociación se trata?

El término, muy fuerte, de “correlación” –que pertenece al método de las ciencias “duras”– se traduce en esta ocasión por dos formas de escritura que me parecen verdaderamente discutibles. Por un lado, una retórica del resumen de la que algunos autores de los *Cuadernos* me parece que abusan en ocasiones. Por ejemplo, el pensamiento es *soft*, la “navegación informática” es un vagabundeo, la circulación general de los datos crea un universal. Por el otro, la producción de cuadros que ponen en serie los diversos niveles de organización de una sociedad, desde la inscripción de las trazas hasta la ideología del poder. Estos dos discursos me parecen simplemente falsos. El primero esquiva el análisis precisamente de los espesores que distinguen absolutamente un orden de realidad de otro. El segundo impone encerrar en esferas lo que sólo vale por el desorden. Afortunadamente, a mi manera de ver, la mediología efectivamente escrita¹⁹ sólo procede ocasionalmente de un tal principio de correlación. ¿Para qué pues postularlo?

La noción de correlación deja abiertas tres preguntas decisivas.

La primera es la de la naturaleza de las producciones históricas por las que los hombres establecen, en un contexto dado cargado de riesgos particulares, una relación entre hechos de técnica, hechos de poder y hechos de cultura. ¿Es el resultado de esta actividad la coherencia lisa de una esfera, o un nudo de heterogeneidad y de contradicciones? Simétricamente, ¿puede el analista formular un modelo de los niveles de trivialidad (dotado de una invariancia) o debe contentarse con arriesgar una escritura-lectura, siempre coyuntural, de las relaciones que se establecen aquí o allá entre fenómenos que obedecen a diversas lógicas? En otros términos, la medio- ¿no será una escritura (-grafía) más bien que una ciencia (-logía)?

¹⁷ La definición dada en cuarta cubierta por la última entrega de los *Cuadernos* (“examen razonado de las interacciones que unen técnicas de transmisión y transporte, producciones simbólicas y prácticas sociales”) se aleja de la proposición aquí examinada al hablar de interacción y no de correlación. Pero el uso recurrente de la referencia a las mediasferas en los artículos de los *Cuadernos* me parece que indica una adhesión al principio de la correlación.

¹⁸ Régis Debray. *Manifiestos mediológicos*. p. 21.

¹⁹ “Cada demostración de estas leyes se aleja inevitablemente de lo que quería demostrar; Debray, lector infatigable y escritor espiritual, se deja siempre cautivar por la singularidad de su objeto. Es el lado Montaigne más fuerte a fin de cuentas que el lado Comte” (Y. Jeanneret, *art. cit.*, p. 14).

La segunda dificultad tiene que ver con los objetos que privilegiaría una mediografía de la correlación. Sin duda que se puede proponer una relación fuerte entre los grandes regímenes técnicos de inscripción y de transporte de los mensajes, y las formas sociales de los intercambios, arriesgarse en una historia de larga duración de la relación entre tecnología y lógicas socioculturales. También se puede, más finamente, tratar de definir en torno a algunos objetos, micro-media-esferas cuyos efectos caracterizarían el espíritu de una época. Pero, ¿no se abandona por ello mismo la cuestión de la influencia, en una sociedad dada, de las ideas, saberes, ideologías tan presentes esencialmente a la provocación mediológica? Esto me parece que puede ser aclarado o favorecido por tal o cual predominancia mediática, al mismo tiempo que exige un tipo de análisis completamente distinto. El *hombremedium* es más indispensable aquí que el *medium*.

Y entonces una tercera dificultad: este proyecto de correlación, asociado al privilegio de lo “bajo”, me parece que tiene necesariamente que realizarse bajo la forma de un determinismo técnico²⁰; las mediaesferas, si tienen algún sentido, determinan estrictamente una puntuación de la historia. Arriesguémonos a presentar una caricatura: *una interpretación de actores se representa en torno a lo que cuenta verdaderamente en la civilización, la creación de artefactos que modifican radicalmente las condiciones espacio-temporales de nuestro ser-en-el-mundo. Esta es la verdadera escena de la cultura, cuyos protagonistas son los ingenieros y los bricoleros. En la caverna, intelectuales ingenuos creen poder entregar mensajes, pero no hacen sino nutrir de contenidos a esas máquinas de transmisión y de desplazamiento. En torno a ellos, las sociedades alucinadas, se fijan a la actividad ilusoria llamada “cultura”, sin darse cuenta del trabajo real de los taumaturgos.*

²⁰ En un artículo reciente para la revista *Sciences humaines*, Daniel Bounoux advierte sobre el error que constituye un tal determinismo. Ello supone, a mi manera de ver, renunciar al concepto de correlación (*Sciences humaines*, fuera de serie, nº 21, “la Vida de las ideas”, junio de 1998, p. 41). Es sin duda uno de los grandes ejes de oposición en los Cuadernos. Algunos autores defienden contundentemente una reinención social de las técnicas, mientras que otros suponen que la modificación de los artefactos opera basculamientos civilizacionales declinables a todo nivel de la cultura.

Los Cuadernos de mediología, N° 6: “¿Por qué mediólogos?”, pp. 52-59.

Serge Tisseron
Del inconsciente a los objetos

Algunos niños sólo pueden comer si se les sirven los alimentos en su plato familiar, y sus actividades de excreción se les facilita si se pone cuidado en llevarles de viaje su bacinilla... De la misma manera, algunos adultos pueden sentirse como en su casa en cualquier parte, si un walkman les procura su música preferida o si una pantalla les propone su acompañamiento favorito de imágenes. Los objetos le contribuyen a todos a su seguridad afectiva de base. El niño nunca está solo si tiene su peluche, y se podría decir otro tanto de muchos adultos ¡cuando se instalan ante su emisión de televisión favorita! Pero los objetos nos acompañan aún de muchas otras maneras²¹.

Le ofrecen por ejemplo al niño un *terreno de entrenamiento* para potencialidades que luego le serán bien útiles en sus relaciones interpersonales, como la paciencia o la capacidad de probar su resistencia, dos cualidades útiles tanto con las personas como con los objetos. Le permitirán igualmente tomar conciencia de sus propios límites cuando el objeto se les resiste...

Cada uno puede también apaciguar con objetos tensiones nacidas en su vida social. Durante un siglo, los escolares han grabado con sus navajas su amargura en la madera de los pupitres de escuela. Y todos sabemos hasta qué punto las puertas son útiles no solamente para ser “abiertas” o estar “cerradas”, sino también para ser “tiradas”. ¿Cómo hace uno para manifestar su resentimiento en los países en los que no hay puertas sostenidas por sólidos muros, sino solamente frágiles separaciones? ¿Qué relación hay entre el fomento dado por una cultura a la expresión de las emociones individuales y la solidez de las puertas de sus casas? Esta utilización de los objetos no es solamente una forma de “expresión”. Nos permite también a veces descubrir la amplitud de una cólera de la que no nos creíamos capaces.

Finalmente, la observación de las relaciones que nuestros prójimos mantienen con los objetos a veces nos dejan apreciar componentes de su personalidad poco visibles en nuestras relaciones con ellos. La atención que un padre le ponga a un biberón le puede revelar a un niño una capacidad de ternura de la que él mismo se siente privado... Inversamente, un muchacho a quien su padre se le aparecía todo dulzor, lo descubre bajo otra luz cuando lo ve literalmente destripar con su cuchillo ¡un paquete que ha llegado por el correo!

Sin embargo, los psicoanalistas no han integrado todavía los objetos a su reflexión. Es tanto más paradójico en cuanto que, desde los años 50-60, muchos de ellos se han interesado en la introducción, en los servicios de psiquiatría, de actividades artesanales como el tejido, el trabajo de la madera o la cestería. Pero, a falta de una teoría adecuada, tardarán en medir la importancia de las relaciones del hombre con el amplio mundo, como también se demorarán, de otra manera, en apreciar influencias psíquicas entre las generaciones.

²¹ El texto resume algunos de los aspectos de nuestras relaciones con los objetos abordados en *Cómo el espíritu le llega a los objetos*. París: Aubier, 1999.

Una tan larga ausencia...

El objeto es fabricado para ser utilizado. Ahora bien, el psicoanálisis ha sido inventado colocando la relación con el mundo bajo el signo de las catexis eróticas. Es tanto como decir que entre los dos hay de entrada un divorcio total. Las satisfacciones sexuales más o menos sublimadas, masturbatorias o heterosexuales, tampoco están en condiciones de dar cuenta de la variedad de los placeres que experimentamos con los objetos cotidianos. Entonces ¿dónde encontrar un modelo psicoanalítico para pensar nuestras relaciones con los objetos? Se han hecho muchas tentativas, que merecen que les pongamos atención. Ante todo, las construcciones de Freud en torno a las pulsiones incitaron a un físico, Ernst Mach, a ligar el interés por la mecánica a una “pulsión de actividad”. ¡Ay!, Ferenczi, que entonces era un alumno muy pendiente de la ortodoxia freudiana, recusó la noción. La pulsión debería seguir siendo sexual. Mach olvidó esta incursión en el mundo de la psicología y se hizo célebre por trabajos que le valieron a su apellido designar en la actualidad la unidad de velocidad de los aviones supersónicos... Ives Hendrick, algunos años más tarde, notará el placer que experimenta el niño dominando ciertas acciones independientemente de su valor en el plano sensual. Propuso la expresión “instinto de dominación” para designar aquello que se le aparecía como “una pulsión innata de hacer y de aprender a hacer”²². Esta “pulsión” determinaba para él los comportamientos del niño durante los dos primeros años, mucho más que la búsqueda de placeres. El interés que conlleva el enfoque de Hendrick fue el de tener en cuenta el placer que se experimenta con la manipulación de los objetos, independientemente de su valor sensual. Para él, no solamente los objetivos sexuales no están en el origen de esta pulsión sino que pueden incluso quedar comprometidos secundariamente por ella. Manipulamos ante todo para dominar; luego descubrimos que eso nos da también un placer erótico; entonces repetimos los gestos²³... En un segundo tiempo, Hendrick empujará más lejos la teoría y hace que le corresponda a este “instinto” un “principio de trabajo” distinto del “principio del placer” y del “principio de realidad” freudianos. Para él, las diversas actividades humanas se explicarían ante todo por la necesidad no sexual de un uso eficaz de nuestra organización muscular e intelectual. De la misma manera que la “pulsión de actividad” de Mach, “el instinto de dominación” y el “principio de trabajo” no tuvieron futuro. El estado mayor analítico así lo quiso.

La dificultad para el psicoanálisis de abordar el mundo de los objetos fue demostrada una vez más cuando Harold Searles, entonces un joven psiquiatra, hizo aparecer en 1960, en los EE. UU., un libro de psicoanálisis con un título provocador *The non human environment*²⁴. Esta obra le valió a su autor, en la comunidad analítica, una reputación de marginal de la que nunca se deshizo... y de la que por lo demás nunca buscó deshacerse. Como era de esperarse, la obra permaneció huérfana. En cuanto a los trabajos de Gisela Pankow, no provocarán tampoco en la comunidad analítica el interés que hubieran debido suscitar. La

²² Citado por P. Denis, *Empresa y satisfacción*. París: PUF, 1997.

²³ En términos especializados, esto puede decirse así: “las funciones del Yo se desarrollan por el ejercicio del instinto de dominación, y estas luego hacen posible la búsqueda de la satisfacción libidinal”.

²⁴ “The non human environment” in *Normal development and in schizophrenia*. New York: Int. Univ. Press, 1960

mayor parte de los psicoanalistas se atienen, para dar cuenta de nuestras relaciones con los objetos, a dos instrumentos igualmente inadecuados: la teoría del “fantasma” y la de la “relación de objeto anal”. Según la primera, el contacto con los objetos procuraría placeres imaginarios sustitutos de los que son susceptibles de ser procurados por personas. Dicho de otro modo: nuestras relaciones con los objetos serían ersatz <formaciones sustitutivas**>. Conforme a la segunda, un contacto privilegiado con los objetos testimoniaría tendencias marcadas por los placeres de la manipulación anal. Digámoslo con más simplicidad: el placer experimentado en utilizar objetos olería/se sentiría siempre un poco a inmadurez/a mierda...

A partir de tales premisas, los psicoanalistas han permanecido muy discretos sobre nuestras relaciones con los objetos. Incluso contrajeron el hábito de designar por medio de la palabra “objeto” algo que no simplifica sus relaciones con el gran público. Cuando los psicoanalistas hablan de objetos, no designan nuestros vehículos, nuestros televisores, nuestros abrelatas o nuestros paraguas. Designan “el objeto” de la catexis psíquica, que puede ser un pedazo de los objetos de lo cotidiano, como la cabrilla del carro o una pierna de mujer, como igualmente la función que le corresponde. Y cuando hablan de “objetos internos”, no designan los objetos de nuestras casas, sino “objetos psíquicos” constituidos en el encuentro de nuestras expectativas y de nuestros deseos con las figuras humanas de nuestro entorno. Finalmente, cuando desdeñan hablar de un objeto en concreto, es prácticamente siempre de un objeto bien particular puesto que él sólo es concebido para la satisfacción de los fantasmas de aquel que sólo puede mirarlos, a saber: como obras de arte. Con las obras de arte, los psicoanalistas han encontrado el único objeto que le conviene a la teoría de la libido y a la de los “estadios” de la evolución de la personalidad. Nada de sorprendente entonces que un flirteo duradero se haya establecido a partir de los años 80, entre psicoanalistas tradicionales y críticos de arte²⁵. Comparten el deseo de distinguir objetos particulares designados bajo el nombre de obra de arte, del fondo común de los objetos plebeyos. Para los psicoanalistas, era una manera de hablar de los únicos objetos con los cuales ellos se sentían cómodos, los que sólo se pueden mirar sin tocarlos. Para los críticos de arte, se trataba de apuntarse una nueva legitimidad. Sin embargo, es urgente que los psicoanalistas se desprendan de ese punto de vista aristocrático sobre las “obras” para enfrentar el conjunto de nuestras relaciones con los objetos. Sería catastrófico que ellos no exploraran un dominio que cada uno siente como esencial en su vida, y que lo será cada vez más.

** <dice el *Diccionario de Psicoanálisis* de Laplanche y Pontalis: “designa los síntomas o formaciones equivalentes... en tanto que reemplazan los contenidos inconscientes. Ante todo puede entenderse, dentro de la teoría económica de la libido, como sustitución de una satisfacción, ligada a una reducción de las tensiones, por otra. Pero esta sustitución no es puramente cuantitativa... existen conexiones asociativas entre el síntoma y lo que este sustituye: *Ersatz* adquiere entonces el sentido de sustitución simbólica, producto del desplazamiento y de la condensación que determinan la singularidad del síntoma”. Barcelona: Labor, 1981, p. 165. Paláu>

²⁵ del que testimonia la evolución de la *Revue française de psychanalyse*, especialmente el n° 44 intitulado “Destinos de la imagen” (Gallimard, 1991), casi por entero dedicada a la pintura y a... la melancolía.

De lo mental a lo corporal

Se sabe que el ser humano tiene tendencia a prolongar su propio cuerpo en objetos. Con más poca frecuencia se anota que esta tendencia tiene dos momentos sucesivos. En un primer tiempo, la prótesis permanece dependiente del cuerpo y de sus movimientos: el sílex no funciona él solo, pero la carreta tampoco. Luego, en un segundo tiempo, las herramientas adquieren la capacidad de funcionar solas gracias a la autonomía de una fuerza motriz. Se vuelven máquinas. Dicho de otra manera: la función instrumental se prolonga primero en una herramienta que permanece dependiente del cuerpo; luego se desprende de él en una máquina. Ahora bien, es exactamente la misma cosa en lo referente a nuestra relación psíquica con los objetos. Lo que se experimenta en el cuerpo se proyecta primero sobre la superficie de la piel, un poco como el movimiento del cuerpo se prolonga en la herramienta que sigue estando pegada a la mano. Luego se separa completamente de ella en objetos. La tendencia del ser humano a fabricar prótesis se acompaña de otra que tiende a la *periferización de su vida psíquica*. Y en los dos casos, lo esencial consiste en los *procesos de simbolización* que allí operan, a través de los cuales se construyen a la vez la vida psíquica individual y la existencia social.

Esta idea me vino leyendo una obra de Imre Hermann aparecida en 1943 en Hungría²⁶. El autor se interroga por el papel jugado por la piel en la construcción psíquica. Cuestiona especialmente la manera como ciertas personas se infligen, o se hacen infligir, sufrimientos corporales con la impresión de sacar placer de ello. Constata que tales prácticas parecen guiadas por el deseo de rechazar, hacia la periferia del cuerpo, ciertos sufrimientos psíquicos intolerables. A partir de esta constatación, evoca entonces en algunas líneas cuatro situaciones cuyo mecanismo parece común.

1.- La tendencia a morderse las manos o a arañarse la piel en situaciones de angustia extrema corresponde a la tentativa de escapar a un dolor psíquico muy fuerte rechazando a este hacia la periferia del cuerpo.

2.- De la misma manera, un dolor psíquico puede ser externalizado en un órgano interno, como el corazón o el estómago. Luego el sufrimiento de éste es proyectado sobre la superficie cutánea correspondiente según la ley general que nos hace sentir los sufrimientos de los órganos internos en la piel. Unos celos pueden de esta manera transformarse en dolor cardíaco o el resentimiento en dolor gástrico.

3.- El mismo mecanismo puede conducir, no a un dolor de órgano, sino a una construcción psíquica. El fantasma “de tener excrementos en la boca”, extremadamente difundido en los enfermos deprimidos o masoquistas, correspondería así a la tentativa de representarse las partes no deseadas del psiquismo como desechos prestos a ser expulsados.

4.- finalmente, la tendencia a la automutilación correspondería a la tentativa de separar del cuerpo ciertas partes indeseables del psiquismo, desprendiendo del cuerpo el órgano correspondiente.

Imre Hermann limitaba su análisis a la relación del sujeto con su cuerpo. Pero si nosotros consideramos que el cuerpo no es mas que un objeto casi como los otros –o lo que equivale a lo mismo: que todos los objetos son prolongaciones

²⁶ I. Hermann. *El Instinto filial* (1943). París: Denoël, 1972, p. 264.

del cuerpo– entonces podemos extender sus reflexiones al conjunto de nuestras relaciones con los objetos.

De lo corporal al objeto

Retomemos sucesivamente las cuatro situaciones encaradas por Imre Hermann.

1.- La tendencia a arañar, o a morder, su propio cuerpo se reencuentra en la tendencia a dañar algunos objetos que nos son muy próximos, en momentos de gran sufrimiento. Se sabe hasta qué punto el automóvil, en nuestra cultura, ¡es un objeto fuertemente catexizado! La carrocería de los vehículos le permite probablemente a un gran número de nuestros conciudadanos externalizar su sufrimiento psíquico. Muchas de las pequeñas colisiones que hubieran podido ser evitadas están sin duda ligadas al deseo de arremangar el hierro laminado, porque eso permite dominar provisionalmente un dolor psíquico externalizándolo.

2.- El dolor del órgano interno encuentra su equivalente en las preocupaciones que pueden acompañar el funcionamiento de nuestros objetos más cercanos. Aquí todavía, la proximidad mantenida con el automóvil, o una bicicleta, pero también con la lavadora o con la cafetera eléctrica, puede conducir a concederle la mayor importancia a signos triviales de disfuncionamiento. Un ruido o un rechinar de un aparato que, habitualmente pasa desapercibido, puede encontrarse investido del rol de desviar hacia él preocupaciones angustiantes. Unos celos pueden transformarse en preocupación por el funcionamiento de una biela (“¿me irá a dejar tirado?”) o un resentimiento en inquietud sobre la grasa acumulada en la cadena...

3.- el fantasma de tener “excrementos en la boca”, también encuentra una prolongación –y como una periferización– en los objetos que nos rodean. Los chararileros que no conocen ese mecanismo ¡sin embargo conocen sus felices consecuencias! El individuo deprimido, o víctima de un acceso de sufrimiento psíquico, tiene tendencia a ver los objetos que lo rodean ¡como vetustos o incluso francamente podridos! El fantasma de los “excrementos en la boca” se vuelve el de la ¡“podredumbre en el tocador”! El ligero crujido que siempre ha producido el sillón de la abuela se impone de repente como el signo de una podredumbre irremediable. ¡Hay que deshacerse de él!

4.- Finalmente, la tendencia a la automutilación encuentra una deriva esencial en nuestras relaciones con los objetos. Nuestro instinto de conservación nos desvía en efecto de su descarga sobre nuestro propio cuerpo. Por el contrario, expulsamos regularmente de nuestro entorno objetos a los que años antes les teníamos inmenso cariño. No es que forzosamente nos hayamos “desapegado”. Muy por el contrario, a menudo, esos objetos siguen siendo conscientemente portadores del recuerdo de experiencias intensas. Pero es precisamente por ello que los rechazamos lejos de nosotros, en una tentativa de desembarazarnos de sentimientos, de sensaciones o de recuerdos penosos. Luego de una dolorosa ruptura, quemamos las cartas de amor y botamos algunos objetos que nos habían regalado. El objeto no se lo vende porque estaría podrido, como en el caso precedente. Es tirado a la basura, ¡para evitar echarse uno mismo! A veces, una pequeña escenificación viene a aclarar esta equivalencia. Tiramos pequeños objetos desde lo alto de un puente o de un precipicio... Pero la relación que tenemos con los objetos puede tomar a veces

giros más complejos, y más sutiles. Pues según el caso, el objeto no está solamente pegado contra sí mismo o lanzado lejos. También es susceptible de todas las formas de manipulación.

El objeto a la búsqueda de lo humano en sí

Un chico se sentía irresistiblemente atraído por los viejos sillones que reparaba con gran placer. Apareció en el curso de su psicoterapia que esta actividad estaba en continuidad con los esfuerzos que había hecho, cuando niño, para reparar a sus padres que le parecían siempre deteriorados y abatidos. Habiendo fracasado en aquella tarea ¡buscaba ahora tener mejor éxito con los sillones! La elección de ese mueble era al mismo tiempo sintomática de su deseo. El sillón es un regazo donde sentarse y tiene brazos para arroparnos. Está pues completamente indicado para acoger las expectativas que son ante todo las de todo niño con respecto a los adultos que lo rodean. Poco a poco, a medida que se desenvolvía su psicoterapia, este paciente concentró su interés en la renovación de las maderas de enchape empleadas en la ornamentación de las poltronas de la primera mitad del siglo pasado. Aquí también, descubría poco a poco hasta qué punto los gestos de apomazar, pulir, barnizar o limpiar la “piel” de la madera le permitían “trabajar”, sin saberlo, experiencias precoces en las que había sido el objeto de caricias demasiado insistentes de parte de sus padres. Como ocurre a menudo, éstos habían dado al comienzo libre curso, con sus hijos, a sus propias necesidades frustradas de acercamientos y de contactos. Luego, cuando sus hijos crecieron, habían reaccionado a sus propios deseos incestuosos por medio de una actitud de enfriamiento y de distanciamiento tanto más inexplicable para el niño cuanto que sucedía a los acercamientos excesivos. Estos dos traumatismos sucesivos: el contacto invasivo y luego el distanciamiento brutal, son los que este muchacho buscaba curarse a través de las diversas facetas de su actividad de bricoler.

Todos somos como este joven. Por medio de nuestras manipulaciones de lo real, no solamente modificamos la conciencia que tenemos del mundo, de nosotros mismos y de nuestros semejantes. Modificamos también las condiciones de organización de nuestro mundo emocional interno. La herramienta no solamente cambia la mano y la corteza frontal, como lo ha mostrado Leroi-Gourhan. También modifica las condiciones de gestión personal, para cada quien, de sus sentimientos, sus emociones y sus relaciones con ellos.

El “objeto trabajo” y el “objeto armario”

El psicoanálisis freudiano contiene un modelo maravilloso para comprender estos fenómenos. Es el juego del carrito descrito por Freud en su nieto Ernst²⁷. Desafortunadamente, este juego ha sido objeto de gran número de interpretaciones –especialmente lacanianas– que buscan subordinarlo a la adquisición del lenguaje verbal mientras que es la manipulación del carrito por parte del niño lo que es ante todo esencial. Otro descubrimiento del psicoanálisis, también particularmente prometedor, ha sido igualmente reducido en su alcance. Estoy hablando del “objeto transicional” de Winnicott²⁸. El punto

²⁷ S. Freud. “Más allá del principio del placer” (1920) in *Psicología de las masas*. Madrid: Alianza, 1972, pp. 90-93.

²⁸ D. W. Winnicott. 8 “objetos y fenómenos transicionales” (1951). In *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Laia, 1979. pp. 313-330.

común entre el juego del carrito descrito por Freud y el objeto transicional descrito por Winnicott concierne el hecho de que, en los dos casos, el objeto es *manipulado*. El carrito es alternativamente lanzado, luego recogido por el niño gracias a una cuerda que se le ha atado. Y el objeto transicional, pedazo de frazadita o peluche gastado, es frotado, acariciado, metido en el bolsillo o en la boca para chupárselo. Es una característica del objeto transicional que lo opone al objeto fetiche, contemplado sin ser manipulado.

Pero demos un paso más. Lo que Winnicott llama “objeto transicional” no es sino un caso extremo de la relación que establecemos con todo objeto constituido en soporte de nuestros procesos psíquicos, incluso en una muy corta duración. Es un caso límite porque es precisamente un objeto amado con un amor apasionado. Este carácter pasional concedido al objeto transicional se debe al hecho de que concierne a las relaciones exclusivas –y por tanto pasionales– que unen a todo recién nacido con su madre. Como es a menudo el caso en el curso de una investigación, la situación privilegiada a partir de la que Winnicott ha podido instalar su descubrimiento no es sino un caso extremo de una situación mucho más frecuente de lo que él creía. Todos los objetos pueden, un día u otro, ser utilizados al servicio de un trabajo de asimilación psíquico. Los objetos que nos rodean no sólo tienen una función utilitaria, una función narcisística y diversos roles de satisfacción sexual sustitutiva. Están en el corazón de nuestro trabajo psíquico de asimilación de nuestras experiencias del mundo.

Este trabajo, en todos los casos, no existe sino en el momento de su realización. Dicho de otro modo: se identifica totalmente con el acto que lo funda. Ese acto puede ser verbal, el tiempo en que hablamos de algo, pero también gestual o icónico. Podemos en efecto simbolizar una situación creando su imagen –por ejemplo ¡tomándole una fotografía!– o también ejecutando actos a través de los cuales el recuerdo de algunas situaciones se encuentra despierto y trabajado; por ejemplo, ejecutando gestos culinarios, o realizando actividades de bricolage, a través de los cuales reencontramos fragmentos perdidos de nuestro pasado.

Muy frecuentemente, el acto de simbolización puede aparecer para un espectador que a él asiste, como una simple forma de “expresión”. Se dice de la persona que hace una fotografía o que da una bofetada que ella “se expresa”. Sin embargo, se trata de una interiorización estructuradora en tanto que esté apoyada en una comunicación emotiva y afectiva con un tercero. En resumen, la simbolización es a la vez, y al mismo tiempo, un acto psíquico y un acto social. Para comprender el papel jugado para nosotros por los objetos, es esencial cuestionar las manipulaciones que de ellos hacemos. Es en efecto gracias a ellas que el objeto deja de ser una diana de fantasmas, para volverse un operador de transformaciones a la vez psíquicas y sociales.

Sin embargo, ocurre que este trabajo fracase y que un objeto entonces esté destinado a ocultar dicho fracaso. Por ejemplo, un acontecimiento actualiza el objeto de una simbolización en un modo motor, pero el sujeto no puede evocarla: no hay palabra para hablar de él. En tales situaciones, la parte del acontecimiento no simbolizada queda encerrada en una especie de “armario psíquico” del que el sujeto mismo termina por extraviar la llave. Lo importante es que entonces algunos objetos, de los que el sujeto se rodea, pueden constituir el soporte concreto de esos armarios psíquicos constituidos a partir de las

experiencias psíquicas no elaboradas. Por ejemplo, un mueble transmitido en una familia de generación en generación puede servir para conmemorar un secreto indecible²⁹. De manera general, numerosos objetos que nos rodean forman como cavas y graneros en los que entrojamos historias sin palabras. En esas historias, venimos y vamos al capricho de los gestos que precisamos realizar para manipularlas, de los recuerdos que evocan, de las palabras que convocan. Esos objetos contienen recuerdos enquistados. Antes de ser reliquias de lo que le ocultamos a los otros, son tumbas de aquello que nos escondemos a nosotros mismos.

El objeto-imagen

En todos los casos, lo importante es pues la forma de relación que el objeto mediatiza. Se puede decir, para simplificar las cosas, que el objeto constituido como auxiliar de los procesos de simbolización acoge algunas partes de sí y participa en su transformación, mientras que por el contrario el objeto constituido en auxiliar de los obstáculos puestos en el proceso de simbolización acoge ciertas partes de sí sin participar en su transformación. Actualmente, se habla mucho de los efectos de las imágenes, y muy frecuentemente en medio de una gran confusión. Ahora bien, esta distinción nos permite comprender cómo el impacto subjetivo de una imagen no nos dice nada sobre la manera como es utilizada por un sujeto. Hay imágenes que golpean a un espectador, y que son utilizadas por él al servicio de un trabajo de asimilación psíquica de los recuerdos, de las sensaciones y de los fantasmas que ellas movilizan en él. Y hay otras, o las mismas, que acaparan el espíritu de un espectador, tanto más cuanto que él se rehúsa a examinar las partes ocultas de él mismo que ellas despiertan y llaman. Son tales imágenes las que parecen a veces inspirar conductas delictivas o aparentemente locas. De hecho, no son esas imágenes –vistas especialmente en el cine o en la televisión– las que son responsables; son los fragmentos de vida psíquica removidos por ellas, pero mantenidos alejados de la conciencia, que claman de alguna manera su derecho al reconocimiento y que tratan de abrirse una vía a través de los comportamientos³⁰.

Pero estas reflexiones en torno al objeto nos permiten aún comprender otro aspecto esencial de nuestras relaciones con las imágenes.

Hemos pasado en menos de un decenio de lo que se puede llamar el reino de la imagen-objeto al reino del objeto-imagen. En la imagen-objeto, es la cara propuesta a la mirada la única que se tiene en cuenta. Su prototipo es un cuadro en un museo, o una película proyectada en una pantalla. Por el contrario, en el objeto-imagen, lo que importa son las características materiales del objeto que organizan la relación que su espectador mantiene con él. Es por ejemplo el hecho de que una fotografía, o una reproducción de un cuadro, sea puesta en un cartón o en un armario, o que por el contrario se lo cuelgue de un muro. O también el hecho de que esté enmarcada o no, mostrada a los parientes, etc. Este enfoque implica renunciar al paradigma habitualmente utilizado para hablar de las imágenes, el del espejo. La imagen no es un espejo, o más bien: es un espejo que uno transforma con las manos. Ahora bien, un tal espejo tiene un modelo. Son las primeras superficies, de papel, de arena o de excrementos, utilizados por el niño para acoger sus primeros trazos. El modelo de nuestra relación con las

²⁹ Ver *Secretos de familia, Instrucciones*. París: Ramsay, 1996.

³⁰ Ver S. Tisseron. *¿Hay un piloto en la imagen?* París: Aubier, 1998.

imágenes será cada vez menos el espejo ante el cual nos inmovilizamos como ante un cuadro, y cada vez más las primeras trazas de la infancia con las cuales él establece una relación interactiva.

Del tiempo del reino de la imagen-objeto, las imágenes han sido utilizadas como medio para introducir cuestiones en torno de lo que ellas representan. Imágenes de amor introduciendo una reflexión sobre el amor, e imágenes de muerte una reflexión sobre la muerte. Con el reino del objeto-imagen, debemos absolutamente desprendernos de esta posición. Existen claramente suficientes situaciones de amor y de muerte en la realidad como para que tengamos en la vida cotidiana con qué alimentar una elaboración personal y colectiva en torno a esas grandes cuestiones. En desquite, todas las imágenes no deberían ser utilizadas mas que como fuente de cuestionamiento sobre ellas solas. Las imágenes son un verdadero problema por entero. Devolvámosle a la vida lo que le pertenece a la vida, y entonces le devolveríamos mejor a la imagen lo que le pertenece, y viceversa. Ahora bien, lo que le pertenece propiamente a la imagen, no es informarnos sobre el mundo, sino sobre la necesidad donde está el ser humano de darse representaciones, a la vez para construir su vida psíquica personal y su vida social. Las imágenes no deberían ya seguir siendo usadas hoy sino para divertirnos, o para preguntarnos sobre las imágenes.

Cuando una imagen es privilegiada por un sujeto, ella puede serlo por una de las dos razones generales que hemos evocado en nuestras relaciones con los objetos. Puede ser elegida como soporte de un trabajo de asimilación de las experiencias del mundo, o por el contrario erigida como auxiliar de un armario psíquico. ¿Cómo saber con cuál de estas dos situaciones estamos tratando? En todos los casos, la relación concreta mantenida con la imagen es una guía segura. Manipulada, ella tiene todas las oportunidades de sostener un trabajo psíquico. Por el contrario, constituida en objeto de fascinación –ya sea de culto o de repulsión– ella tiene todas las ocasiones de significar la imposibilidad de asimilarse un traumatismo psíquico pasado.

Cuando el objeto comenzó a hablar

Ahora necesitamos evocar, muy brevemente, una cuestión esencial. ¿Juega el entorno humano solamente un papel en la acogida de movimientos psíquicos inicialmente investidos en las relaciones interpersonales? O bien ¿organiza él un modo de relación y de interactividad específica desde el nacimiento, e incluso quizás antes? Los sonidos y las imágenes de las máquinas animadas que nos rodean nos miman ya y contribuyen a crear el tejido de nuestra familiaridad con el mundo. Desde antes del nacimiento, las emisiones de televisión preferidas por la madre a menudo están ya más presentes para el niño que el ruido de la voz del padre. Y desde su nacimiento, el rostro de la madre que mira al niño encuentra un competidor en el televisor. El niño que busca la mirada de su madre gira entonces su rostro hacia el lado al que ella mira, hacia el tragaluz luminoso coloreado y móvil. Cada vez más, los sentimientos dirigidos al mundo humano y al mundo no humano se instalarán y crecerán al mismo tiempo. Inevitablemente, la diferencia en las relaciones que establecemos con el mundo humano y con el mundo no humano tenderá pues a esfumarse. Esto necesitará en contrapartida que sepamos siempre reconocer al uno del otro; los seres informáticos nunca serán otra cosa que una especie de “pasta para modelar” digital. Pero hay modelados en los cuales nos sostenemos, y más vale

entonces comprender las ataduras que nos ligan a ellos ¡antes que querernos desembarazarnos de ellas demasiado rápido! Es por esto especialmente que todo adulto busca reconocerse, y reconocerle a los que lo rodean, el derecho de implicarse sentimentalmente con los objetos. Este derecho implica especialmente la libertad de llevarlos consigo al hospital, al ancianato o a su tumba. La única pregunta que hay que hacerse es, en todos los casos, saber de qué manera esos objetos seleccionados nutren nuestra asimilación psíquica del mundo y en qué medida, por el contrario, la impiden.

El problema se plantea finalmente en los mismos términos en lo concerniente a nuestras relaciones con las personas y con los objetos. Todo ser humano está forzado por un esfuerzo permanente que busca desembarazarlo de la parte no humana que él resiente dentro de sí mismo. Para hacerlo no tiene otro camino que integrarla progresivamente a su personalidad, y los objetos son para él un auxiliar poderoso por este camino. Cuando faltan, queda condenado a rajarse radicalmente esa parte de sí mismo y a proyectarla en su entorno, humano o no humano, para desembarazarse de ella³¹. Este se le aparece entonces, en todos los casos, como de otra “naturaleza”. Es el origen de todas las formas de racismo y de menosprecio. En todos los casos, lo que falta, es la capacidad de asumir lo que hace al “otro” a la vez fascinante y aterrador, a saber: su extrema diferencia y nuestro profundo parentesco con él. Esta problemática es también la de nuestras relaciones con los objetos.

Para abordarla es preciso desembarazarnos de la idea de que el mundo de los humanos y el mundo de los objetos estarían irremediablemente separados.

El trabajo psíquico de la simbolización no tiene ninguna existencia por fuera del momento de su actualización. Por todas partes, en el psiquismo como en lo social, sólo hay fragmentos despojados de todo sentido cuya significación sólo se impone desde el instante en que ella es actualizada a través de una materia de simbolización, dicho de otro modo: a través de nuestra relación con un objeto.

El contenido de esta actualización es inseparable de las mediaciones que el sujeto se da. No solamente el trabajo psíquico de la simbolización se apoya en objetos, sino que está organizado por la relación con ellos. No se piensa la misma cosa sobre el mismo tema cuando uno trata de decirlo con palabras escritas, palabras habladas, dibujos, fotografías...

Los sociólogos han pensado el mundo a partir de los grupos. Los psicoanalistas y los psicólogos lo han pensado a partir del individuo. Es indispensable pensarlo ahora a partir de su “entre-dos”, es decir: de las mediaciones.

³¹ Ver a este respecto *Sobre el buen uso de la vergüenza*. París: Ramsay, 1998.

Los Cuadernos de mediología, N° 6: “¿Por qué mediólogos?”, pp. 60-69.

Louise Merzeau
Esto no matará a aquello

Mediología es el nombre que le colocamos a una cierta mirada. La del idiota al que se le muestra la luna, y que él mira el dedo; a la del extranjero que abre grandes ojos sobre lo que incluso ya nosotros no vemos; la del funámbulo, que no ve el vacío sino la cuerda por la que avanza en equilibrio. Platón, Hugo, Benjamin o Leroi-Gourhan han habitado esa mirada, antes de Régis Debray. Pero una mirada no es una propiedad. Ni siquiera es una morada donde se podría permanecer. Es un riesgo, una molestia, una expectativa. Un haz de cuestiones que se cruzan, se imantan y se chocan. La mediología no es de nadie; ni siquiera de los mediólogos. La mediología existe *porque ella se inventa* cada vez que un funámbulo insensato atraviesa nuestras comarcas.

Las logías no matarán la medio (y recíprocamente)

Pasadora de sentido, la mediología teje los saberes y las dudas, las voces y las vías. Y no es a un mediólogo al que se le enseñará a hacer cabriolas... Sabe claramente que antes de ser una disciplina, su ejercicio es una zarabanda en la que –como en toda *praxis*– la relación juega tanto como el contenido. Sí, la mediología es convivial (y peor para los que traduzcan: “los mediólogos son *fashion victims*”). Pues a uno le gusta reencontrarse en torno a un objeto, a una revuelta o a una intuición, para compartir la alegría de creer, aún, que se puede actuar en la ciudad materializando pensamiento.

La mediología no entrega premios y aún abre pocas puertas académicas. Y si reconoce adversarios (puesto que reivindica una diferencia), no es del tipo de practicar exclusiones. Todos los que quieren atravesarla pueden arriesgarse a hacerlo, sin necesariamente tener que renunciar a la identificación de su casa materna. Como se puede hacer mediología sin saberlo (lo que no es una tara), se puede ser mediólogo e ingeniero, historiador, poeta... o presentador de un juego televisivo. Los dobles recorridos son incluso muy recomendados, a tal punto es verdad que la mediología no podría practicarse en la autarquía de un saber instituido. Hay que ser a la vez meditativo y técnico, artista y político, ingenuo e incrédulo, para tomar los caminos de travesías que ella traza por los campos, los tiempos y los discursos. Y si nuestros *Cuadernos* reúnen, como en un inventario a la Prévert, algunos filósofos, un periodista, un artista plástico, un sociólogo, una fotógrafa, un economista, una geóloga, dos historiadores, un curador, una cineasta, un psicoanalista y tres o cuatro investigadores en infocom, no es solamente por afinidad sino también por interés; la comunidad utilizará las luces de cada uno para tratar de construir una nueva iluminación. Si el mediólogo se volviese un especialista en mediologías, perdería mientras tanto su alma (y su cuerpo), pues perdería su preciosa facultad de buscar superponer (sociedad del espectáculo y máquinas, caminos y religiones, redes técnicas y Nación, creencia y papel, bicicleta y cultura³²...). Sólo hablaría con teoremas o estadísticas,

³² Ver los n° 1 a 5 de los *Cuadernos de mediología*: “la Querrela del espectáculo”, “¿Qué es un camino?”, “Antiguas naciones, nuevas redes”, “Poderes del papel” & “la Bicicleta”.

metáforas o cuestionarios. Renunciaría a las molestias del entre-dos, y bascularía de un solo lado de esos guiones que se ha dado como lugares de tránsito: técnica-cultura, pensamiento-materia, opinión-institución, hacer-creer... En suma, la mediología debe cultivar su *impureza* para garantizar su eficacia.

Salidos a batallar contra los espejismos de un pensamiento desencarnado, yendo a hablarles a los filósofos de cuerpo y técnica tras nuestro pionero François Dagognet, difícilmente podía ella evitar caminar un día por las pasarelas de los expertos en industrias culturales y otras nuevas TIC. Resultado: la filosofía prefiere ignorarla (como una excrescencia benigna), para hilar un amor platónico con la sabiduría; la infocom le reprocha sus humanidades (como un pecado original infamante). Gentes de letras que hacen estilo sobre la espalda de las realidades, cuando otros mojan desde hace tiempos su pluma en los untos del inventario, de la encuesta y del estudio de caso... Sin embargo, me gusta pensar que esa fastidiosa inclinación por el talante, la imagen viva y el buen carácter es tan necesario al mediólogo como su determinación de ensuciarse las manos. Porque la mediología reclama el cuerpo y el afecto tanto como el método (un pie en la videosfera). Porque ella se garabatea a muchos en ardientes controversias, pero sólo se realiza en la escritura, donde cada uno se retira a sus ideas fijas, a su memoria y en su lengua (un pie en la grafosfera).

Si no experimenta falsa vergüenza en seducir para convencer mejor, el mediólogo sabe siempre cultivar también el desencanto. Incluso es su principal actividad esa de plegar los sueños de inmediatez (esencia, origen, idea...) sobre las pequeñas cosas intermediarias (alfabeto, código, pupitre...) y las grandes evidencias (políticas, religiosas, artísticas) sobre las oscuras estrategias que las fabrican. Herida narcisística (como la llama Daniel Bounoux), que es preciso compensar bien con un tono agradable para que Narciso se siga inclinando allí...

Pero no es solamente porque ella estaría manchada de una "liviandad" literaria o filosófica, que la mediología no puede ni englobar, ni reabsorberse en las ciencias de la información y de la comunicación. Porque ella reposa en un pensamiento de la mediación que no siempre se reconoce en esta disciplina.

Bajo el efecto de numerosas cuestiones planteadas por las NTIC, la técnica ocupa hoy el primer plano en las investigaciones en infocom, como lo testifican los últimos dos congresos de la SFSIC³³. Signo de que la mediología no está tan alejada de la 71ª sección del CNU, y que incluso ella tiene interés en reconocer esta dinámica, para superar especialmente la frontera hexagonal <de Francia> que aún limita con demasiada frecuencia su proceder y sus objetos. Sin prejuzgar sobre sus orientaciones por venir, se puede sin embargo anotar que la disciplina es heredera de una tradición marcada por el rechazo de las herramientas. Aunque los modelos y las teorías de la comunicación se hayan elaborado primero a partir de dispositivos técnicos, la *techné* se ha encontrado en efecto excluida de un gran número de estudios comunicacionales que no tienen pues frontera común con el campo mediológico. Con frecuencia se ha fingido por ejemplo ignorar que la cibernética tenía por finalidad la regulación de las informaciones en el *seno de los aparatos* (cálculo de la trayectoria de un

³³ En 1996, el Congreso nacional de la Sociedad francesa de las ciencias de la información y de la comunicación trataba de "Información, comunicación y técnica"; en 1998, tendría por tema "Mediaciones sociales, sistemas de información y redes de comunicación", y acogería muchos investigadores de sensibilidad mediológica.

blanco a partir de datos sobre su posición anterior en Wiener; medida y tratamiento del ruido en las telecomunicaciones en Shannon), para aplicar el famoso esquema emisor-canal-receptor, y sus numerosos avatares, a una comunicación libre de toda mediación técnica. Mientras que ella designaba al comienzo el sistema mismo que se buscaba modelizar, la técnica fue así reducida, por un perverso silogismo, a la porción congrua –e indeseable– del modelo; si el canal designa el dispositivo o soporte material que ansía un mensaje, y si la señal es alterada por los ruidos provenientes del canal, entonces la técnica es, en tanto que medio, un obstáculo para la comunicación. Se requerirá pues someter la crítica, la experticia y el desarrollo de los sistemas comunicacionales al ideal de una mediación indolora y transparente, por no decir inexistente. “Producida técnicamente, la comunicación pretende así no solamente escapar al mundo técnico, sino también corregir sus excesos”³⁴. Pues el fantasma de una relación directa va a la par con una instrumentalización de la técnica, que no podría hacer inteligible la naturaleza exacta de su eficacia. Creer que se podría comunicar sin intermediarios, atribuirles efectos mecánicos, o pretender dominar su alcance, son asuntos que tienen que ver con la misma ilusión. Es postular un ser-conjunto original e inmediato, separado de un mundo de prótesis y de herramientas, simples aplicaciones de la voluntad humana. Ahora bien, como lo recuerda aquí Bernard Stiegler, sabemos a partir de Leroi-Gourhan que el hombre nació de la *techné*, prolongando su vida por medio de lo inorgánico organizado. Se sabe también que la interacción humana no es más lineal que la causalidad técnica. En este punto, el mediólogo comparte con la corriente pragmática la convicción de que la comunicación no es un proceso estímulo-respuesta, sino un sistema circular de múltiples niveles de complejidad; y con la corriente sociológica que “las tecnologías no existen en sí mismas sino que se construyen social y técnicamente a través de las controversias que suscitan”³⁵. A la consigna: *toda relación técnica es pragmática, él añade sin embargo inmediatamente: e inversamente, toda relación pragmática es técnica.*

En este sentido, la mediología se desmarca de una teoría que disocia radicalmente la comunicación intersubjetiva –porque “la técnica aquí estaría subordinada a la relación”– de la comunicación social, donde “la técnica no sería un simple instrumento sino un dato constitutivo de la práctica”³⁶. Un tal recorte conduce a sólo interesarse en la técnica en virtud del “poder que su dominación confiere”, o en tanto que ella participa en la comunicación mediada por los órganos de difusión de la información en el espacio público. Ahora bien, de la herramienta a las tecnologías intelectuales, ninguna técnica es puramente instrumental, y de la conversación a las relaciones de clase, ninguna relación es puramente social. O también: toda técnica comprende una mediación activa, y todo actuar humano pasa por una mediación técnica. Pues la técnica no solamente le da *poder* al que la usa. Ella informa, transforma y transporta su memoria y su comportamiento, su saber y sus creencias, sus pertenencias y sus representaciones. Toda ganancia que ella contribuya a procurar (en habilidad, fuerza, autonomía, movilidad...) se paga por una pérdida igualmente estructuradora para la comunidad, y es la negociación entre este más y este

³⁴ D. Bounoux. *La comunicación por la banda*. París: Découverte, 1991, p. 35.

³⁵ S. Proulx, “de la Utopía social a la ideología de la comunicación”, *Cinémaction*, n° 63, 1992.

³⁶ B. Lamizet, “Pensar nuestras relaciones con la técnica”, *Actas del Xº Congreso nacional de las ciencias de la información y de la comunicación*, SFSIC, 1996, p. 15.

menos la que constituye su papel de mediación. La atención del mediólogo no podría pues focalizarse en los solos *mass-media*, sino claramente sobre el conjunto de los dispositivos inextricablemente técnicos y humanos, que regulan saberes, creencias y opiniones. Porque el campo de la *techné* no solamente comprende nuestras herramientas, nuestros instrumentos y nuestras máquinas de comunicación, sino también nuestras habilidades, entre las cuales algunas, como las artes de la memoria, la retórica o el cálculo mental, no informan de la materia. Y porque todos estos agentes de la *poiêsis* comparten, en grados variables, las funciones de organización, de memorización, de afiliación, de legitimación y de normalización que fabrican el cuerpo social.

Por las mismas razones, el campo de investigación mediológico (que aún no ha sido fijado por ningún decreto) desborda el de las ciencias de la información y de la comunicación (que, para ser bastante nebulosas, no por ello dejan de estar encuadradas en ciertos sectores). La averiguación sobre los efectos culturales de las mediaciones técnicas no puede en efecto ignorar objetos como la bicicleta, el reloj, el camino o el telescopio. Otros tantos medias que no comunican ningún mensaje explícito, pero que afinan los pianos de nuestras relaciones, regulando nuestras relaciones con el espacio y con el tiempo. En cuanto a saber si la incidencia especialmente política, de los medias de difusión debe ser o no objeto de un trabajo mediológico, es aún un asunto sujeto a discusión...

Lo que le interesa al mediólogo no es tanto evaluar *la interposición* de los factores técnicos en nuestras relaciones, sino *la articulación* de esas interfaces con los agentes de cohesión y de jerarquización que son los cuerpos constituidos. La hoja de ruta mediológica es: examinar las relaciones –de filiación, de alianza o de tensión– entre materia organizada y organización materializada, para desprender de allí la formación de medios sociotécnicos y apreciar sus transformaciones en el tiempo.

Es por esto que las ciencias de la información, menos mediáticas que “la com”, tienen sin duda más afinidades con los mediólogos apátridas que por lo demás ganarían frecuentándolos más. Nacidas del cruzamiento entre biblioteconomía, historia del libro, museoeconomía, ingeniería lingüística y documentación, tienen mucho que enseñarnos sobre las prácticas y los instrumentos de transmisión. Pero sobre todo, ellas aportan sólidos argumentos a favor del principio mediológico de la solidaridad entre trazar y ordenar, inscripción y organización, MO y OM. La mayor parte de los estudios en “infodoc” revelan en efecto las correlaciones entre soportes y lugares de almacenamiento, registro e indización, clasificación e investigación, constitución de los cuerpos de oficio y políticas patrimoniales, o Información Científica & Técnica e industrias de la Información. Suficiente con cambiar de perspectiva para conectar los extremos de la cadena... y se aperciben los macro-sistemas sociales centrados en una mnemotecnia, que llamamos mediaesfera. Incluso si la mediología no comparte las finalidades de las ciencias de la información –puesto que ella no se destina ni a la formación de profesionales, ni a la experticia o al desarrollo de productos– garantizamos que estas dos interdisciplinas encontrarán con el tiempo terrenos, sino de entendimiento, al menos de intercambios.

Hugo no matará a los mediólogos (y viceversa)

Perspectiva: es claramente acá donde se podrá identificar de la manera más segura *la inflexión* mediológica. Pues, cualquiera sea la escala de tiempo sobre la que trabajará el mediólogo, tendrá como punto de huida esos grandes deslizamientos de terreno, que hacen que se muevan a ritmos diferentes los puntos de referencia espacio-temporales de los grupos humanos. Objetivo: indicar estabilidades, tendencias, puntos de ruptura, fronteras, pero también desequilibrios, resistencias, retornos, encabalgamientos. No se trata de rehacer la historia de las técnicas, o la de las mentalidades, sino de elaborar una visión multidimensional que pueda restaurar la comprensión de los conjuntos mal administrados por la especialización del saber. En este sentido, uno no puede dejar de suscribir las recomendaciones de Bernard Miège, cuando aconseja tratar la producción cultural por medio de la selección de criterios propios para identificar *modelos transversos* (lugar de la cadena donde se ejerce la función central, características económicas de la rama, segmentación de los mercados...), más bien que por el examen de objetos falsamente autónomos (edición de libros, producción y distribución de música grabada, organismos de radiodifusión...)³⁷. Querríamos sin embargo descender una grada en la escala de los focales (pero ¡no en la de las dificultades!), para ampliar el ángulo y cruzar esos modelos con los de la organización social y de la producción simbólica. O también: seguir las vías abiertas por Bertrand Gille & Gilbert Simondon³⁸, con el fin de examinar las relaciones de los *sistemas técnicos* (estabilización de la evolución en torno a una tecnología que sirve de punto de equilibrio) con los otros *sistemas sociales* (económicos, religiosos, políticos, educativos, jurídicos...).

En esta tectónica de las sociedades humanas, es el vector tiempo el que prima. Y es la *techné* la que orienta el tiempo, a golpes de trinquete de irreversibilidad. Pues la técnica está siempre (y cada vez más) adelantada sobre los usos, y no se regresa sobre una innovación cuando ella ha penetrado los comportamientos hasta en las instituciones. La oralidad no reemplazará la escritura, ni la iluminación la PAO. Lo que no significa la desaparición de toda tradición oral o caligráfica, sino el recentramiento de la cultura en torno a nuevas normas y a nuevas dinámicas. Hasta la próxima sacudida.

El diseño mediológico es el de indicar esas orientaciones del progreso técnico, no solamente en las propias tecnologías, o en los solos dispositivos de comunicación, sino también en las formas de gobierno, de administración, de saber o de opinión. Podremos por ejemplo interesarnos en las correlaciones entre la fiabilidad creciente de los modos de registro y una descontextualización de los enunciados, que modifica la transmisión de los conocimientos y la gestión del colectivo. Las lógicas de discretización, de miniaturización y de aceleración que caracterizan la evolución de los aparatos y de los soportes no aumentan solamente la exactitud y la accesibilidad de la información. Afectan también la regulación de las distancias y de los tiempos, por tanto la cohesión de los cuerpos y de los corpus. La copia manuscrita de un *ejemplar* tomado en préstamo de un barco vigía, y la importación de datos recuperados en la red en un tratamiento de

³⁷ Cfr. B. Miège, "La (necesaria) vía estrecha de la investigación", in *Cinémaction*, n° 63, 1992, pp. 125-126.

³⁸ G. Simondon. *Del modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Prometeo libros, 2007; B. Gille, *Historia de las técnicas*, París: la Pleiade, 1977.

texto (o de imagen) no inducen ni los mismos ritmos, ni los mismos procedimientos de organización, de validación y de apropiación de los conocimientos. Como tampoco la lectura en persona, el pregón del vendedor ambulante, la exhibición de un cartel impreso o la difusión en línea del *Diario oficial*, no infieren los mismos estatutos y relaciones entre poder y conciudadanos³⁹.

Antes del soplo (grotesco y sublime) de un *fatum* tecnológico, es de este doble movimiento de solidarización que escande lo fértil y que provoca el *esto matará aquello* de Victor Hugo⁴⁰. Primera mirada panorámica, primera lógica de correlación: “la imprenta matará la arquitectura”. La física de las trazas condiciona una economía de las memorias, porque ella tiende a federar los modos de inscripción en torno al dispositivo más fiable (“Las demás manifestaciones del arte se situaban obedientes bajo la disciplina de la arquitectura... El pensamiento humano descubre un medio más duradero, más resistente y más sencillo... En cuanto la arquitectura deja de ser el arte total, el arte soberano, el arte tirano”). Segundo barrido óptico, segundo salto mediológico: “La prensa matará la iglesia”. La gestión de las existencias y de los flujos afecta las producciones simbólicas, porque ella regula el gasto que ellas emprenden en nuevas escalas de sacralidad, de escasez y de perennidad (“El capital de energía que el pensamiento humano gastaba en edificios lo invierte ahora en libros... el pensamiento humano volatilizado por la imprenta, se va evaporando del frasco teocrático... De sólido que era se ha hecho vivaz”...). Hugo logra así recoger en una misma fórmula las interacciones internas al mundo técnico, sus efectos sobre las jerarquías sociales y culturales, y las transformaciones de esos enmallados en el tiempo⁴¹.

Ciertamente es fácil estigmatizar la escatología de la profecía o el romanticismo histórico de los panoramas hugolianos. No, la imprenta no mató la arquitectura, que encontró un nuevo pedestal en los grandes trabajos del “Estado seductor”. No, la prensa no mató la Iglesia, que acaricia de nuevo la idea de arracimar los miembros de un cuerpo social fracturado. Incluso si sólo retuviese de las ensoñaciones del arcediano Frollo la idea, más pertinente, de una “interversión de las posiciones respectivas”, el mediólogo no podría limitar su programa a una declinación de los múltiples avatares del *esto matará aquello*. El bloque tipográfico matará la glosa, el fotograbado matará la litografía, el *talk show* matará el círculo literario, la prensa en línea matará el periódico... la lista es graciosa de desplegar, pero cada ítem es discutible desde que se lo toma al pie de la letra.

Sin embargo, agitar el espantajo del determinismo y de la periodización sumaria no es suficiente para desanimar al mediólogo convencido de que hay cuando menos, en este juego de masacre, un poco de verdad... Por lo demás no está dicho en ninguna parte –ni en Hugo ni en Debray– que la imprenta habría dado a luz la Reforma y las Luces de un día para otro, o en cualquier medio, como si se apoyase sobre un botón. El propio progreso técnico funciona sobre el doble alcance de un continuo (cuando las consecuencias de una invención se

³⁹ Cfr. Régis Debray. *El Estado seductor. Las revoluciones mediológicas del poder*. Buenos Aires: Manantial, 1995, p. 69.

⁴⁰ Título del capítulo II del Vº libro de *Nuestra Señora de París*, ausente de la primera entrega, y reintegrado en la edición definitiva de 1832; las citas que siguen son extraídas de ese capítulo <que añadido a continuación como anexo I, Paláu>

⁴¹ Se encontrará otra formulación de esta doble articulación en el artículo de Régis Debray, “la Historia de las 4 M”, en términos de niveles inter- y trans-sistemas.

desarrollan sin crisis en un sistema) y de una discontinuidad (cuando los límites del sistema se han desplazado al punto en que queda obligado a encontrar un nuevo equilibrio)⁴². Los fenómenos de convergencia interna tanto como transversal no van pues en el sentido de una uniformidad, sino de una complejidad creciente, y es siempre del régimen que echa por tierra que el nuevo registro saca la energía de su advenimiento. Igualmente no se trata de reducir la densidad de las interacciones por una imagen de débil definición, sino de desviar por el contrario las innumerables correlaciones que ajustan al hombre a sus técnicas.

El flujo no matará a Mnemosyne

La modelización de las mediaesferas bajo forma de cuadros de doble entrada me parece a este respecto una herramienta mucho menos rígida de lo que parece. Pues estas perspectivas caballeras no tienen otro objetivo que incitar a la mirada mediológica a demorarse en la transversalidad de los paradigmas, para desplegar allí nuevas pasarelas, y en la tenuidad de las fronteras que separan las edades, para pillarse agentes de paso y de transformación. El valor operatorio y heurístico de esos escenarios se mide por sus revisiones, declinaciones y filiaciones.

El que propongo aquí a título de ejemplo encuentra su origen en el sentimiento confuso de que la videosfera descrita en el *Curso de mediología* y en *Vida y muerte de la imagen*⁴³ presentaba caracteres híbridos, porque estaba en el punto de mutar hacia una nueva organización. Beneficiándonos de un poco más de distancia, se puede hoy arriesgar la hipótesis de una hyperesfera⁴⁴, que emerge del estado anterior para parasitarlo y recubrirlo. Añadir una nueva abscisa permite entonces redefinir ciertas variables, recentrando la videosfera en una lógica del continuo (técnicas analógicas, reciclado, indicialidad), combinada con las leyes de la segmentación económica (principio estadístico, separación de los consumidores y de los productores, orientación específica de las políticas...). Organizada en torno al media-sistema audiovisual (y no de la imagen) como dispositivo de inscripción, de programación y de transmisión, toma su fuente en las transformaciones tecnológicas, simbólicas y sociales inducidas por la aparición de la fotografía⁴⁵, y se prolonga en el lindero del desarrollo generalizado de la informática y de las telecomunicaciones. La hyperesfera se define por un reequilibramiento de las prácticas y de las herramientas en torno al modelo del hipertexto y de la red. Su régimen es el de la conexión, de la interacción y de la diseminación. Introduce especialmente una tendencia a la indiferenciación de los actores de la transmisión, un distanciamiento semiótico inédito (el del modelo o del holograma, que no es ni

⁴² Cfr. B. Stiegler (1994). *La técnica y el tiempo I. el pecado de Epimeteo*. Hondarribia: Hiru, 2002, pp. 43 ss.

⁴³ Barcelona: Paidós, 1994.

⁴⁴ Más bien que numerosfera o infosfera, pues no es tanto la digitalización de las informaciones como su interconexión lo que caracteriza este macro-sistema y lo distingue de la videosfera (P. Lévy había ya retenido estos criterios para describir su tercer “polo del espíritu” en *las Tecnologías de la inteligencia* –la Découverte, 1990– pero él le hacía suceder directamente al “polo de la escritura”, produciendo por ello un impasse sobre la era del audiovisual).

⁴⁵ Cfr. L. Merzeau. *De lo escritural a lo indicial, texto, fotografía, documento*. Universidad París X, 1993.

una convención, ni una representación, ni una impronta) así como una temporalidad compleja, donde el flujo se enchufa de nuevo a las existencias⁴⁶. Para visualizar los mecanismos de este encabalgamiento de las mediaesferas, he introducido por otra parte ítems transitorios, a caballo sobre dos eras (lo icónico y lo periódico, entre grafoesfera y videoesfera; la información y la economía, entre videoesfera e hiperesfera...). Pues, incluso si cada sistema obliga a sus componentes a inscribirse en los esquemas de su propia homogeneidad, éstos están en constante evolución y una misma forma puede seguir reglas relevantes de muchos modelos, o situarse en la bisagra de dos momentos. La mediología debe poner una atención particular a esos inter-niveles, si ella quiere llegar a “distinguir sin separar”⁴⁷ lo que tiene que ver con lo orgánico y con la organización.

Es menester no olvidar nunca que las mediaesferas se elaboran *en el tiempo* y que no designan por consiguiente realidades yuxtapuestas, sino *sedimentadas*. La economía de las trazas dominantes en cada época reposa sobre agentes de edades diferentes. Enmarcada por instituciones de evolución lenta, cuyo papel es precisamente aportar inercia al sistema, ella ve cómo sus reglas se modifican al ritmo ya más rápido de las mutaciones sociales, a las que ella se ajusta por tecnologías que se transforman ellas mismas aún más rápido, y que pueden producir efectos inesperados o contrarios a la lógica de los dos primeros niveles. Esta estratificación de los equilibrios colectivos induce una imbricación de los entornos técnicos y de los proyectos de sociedad que innovan con creencias o jerarquías más antiguas, por no decir arcaicas. Pues cada nueva mediaesfera recubre las precedentes sin anular totalmente su eficacia. Más que de equilibrio, las leyes de organización de los sistemas mediológicos son “de desequilibrio recuperado o compensado, de dinamismo estabilizado”⁴⁸. La aprehensión de los conjuntos y de los paradigmas sólo tendrá pertinencia si pasa por un examen detallado de estas negociaciones, reevaluando la parte de las tensiones, retroacciones y desvíos⁴⁹.

Por ejemplo, ver solamente en la televisión una vasta empresa de manipulación mentirosa orquestada por ocultos *big brothers*, o un baño de imágenes anestesiadoras que desfilan en desorden, es prohibirse toda comprensión de los resortes organizacionales que hacen de ella la primera mediación de nuestra época. Si este medium modela el tiempo social, y se impone como instrumento dominante del hacer-creer, es porque cruza las lógicas y las temporalidades que atraviesan al colectivo. El vínculo que se fabrica aquí no es del orden del consenso o de la alienación, sino del encabalgamiento y de la negociación. Pues la tele no es solamente esta *pantalla* que se interpone entre lo real y nosotros. Ella misma está *mediatizada* por el conjunto de las instituciones (ministerios, museos, archivos...), medias (prensa, radio, minitel...) y comunidades (empresas, asociaciones, familias...) a través de las cuales la miramos. Por esto la importancia de los relés y de los bucles, que aseguran la

⁴⁶ Cfr. B. Stiegler. “el Movimiento perpetuo”, *Le Monde de l'éducation*, n° 247, abril de 1997.

⁴⁷ E. Morin. *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa, 2004. p. 23.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 31.

⁴⁹ Ya sugerí por ejemplo cómo la introducción de lo digital en fotografía era susceptible de rehabilitar paradójicamente el papel, o cómo la bicicleta, objeto arcaico, podía ser interpretada como una máquina para negociar la aceleración generalizada del tiempo (*Cuadernos de mediología* n° 4 & 5).

homeostasia del sistema permitiéndole integrar diferentes constreñimientos, para reducirlos o para acentuarlos.

No se estará menos equivocado si se interpreta el flujo televisivo como un dispositivo que fabrica olvido. Pues el cruce de esas diversas mediaciones activa numerosas funciones memoriales, estructuradas y estructuradoras. Memoria estratégica de la programación, memoria procedural e identitaria de los telespectadores, memoria archival de los organismos de depósito... La televisión es hoy (¿y por cuánto tiempo más?) el primer operador memorial del cuerpo social, porque funciona como una máquina de reciclar las huellas que produce. Para apreciarlo, es preciso una vez más renunciar a privilegiar los contenidos, las estrategias o las recepciones, y tomar al sesgo el conjunto de las lógicas. En lugar de una causalidad lineal centrada en un solo principio (el del conformismo, del audimat o del mundo compartido) se observará entonces un juego complejo de interacciones, hecho de relaciones de fuerza y de transacciones⁵⁰.

El hundimiento de la euforia tecnicista puede conducir a multiplicar los discursos alarmistas sobre los riesgos de uniformización de los comportamientos por la técnica. Puede también incitar a descartar toda simplificación, para entrar en la complejidad de las relaciones, de las estructuras y de las transformaciones. La diversidad de los agentes susceptibles de oponer organización a la entropía podrá desde entonces ser evaluada y reformulada en términos de *elección*. Sin una tal deliberación colectiva sobre lo que la técnica nos autoriza y nos prohíbe, la ley de las convergencias tecnológicas decidirá “por nosotros” una desestructuración creciente de las culturas⁵¹. Tenemos necesidad pues claramente de una *estrategia política de la técnica*.

Las mediaesferas

Para la descripción de la logosfera, que precede la grafosfera, uno se remitirá a las obras de Régis Debray (*Curso de mediología general, Vida y muerte de la imagen & el Estado seductor*)

	GRAFOSFERA	VIDEOESFERA		HYPERESFERA
MEDIASISTEMA (núcleo organizador)	La imprenta	El audiovisual		Las redes
MEDIA DE REFERENCIA	El libro	La televisión		Los hypermedias
MEDIO ESTRATÉGICO	El territorio	El espacio		El hyperespacio
FIGURA DEL TIEMPO	La línea	El segmento	Flujo	El punto
CUADRO TEMPORAL	Plazo, diferido	Instantáneo, directo		Stock en tiempo real
MNEMOTECNIAS	Literales (saber-leer = saber-escribir)	Analógicas (codificación y descodificación)		Analógico-digitales (acceso y tratamiento)

⁵⁰ Ver entre otros los trabajos de D. Dayan & J. Bourdon, así como mi intervención en el Colegio icónico de la Inateca de Francia, sobre “el Tiempo televisual”.

⁵¹ Cfr. R. Debray. *Transmitir*. Buenos Aires: Manantial, 1997.

		delegadas)		
DEPÓSITOS DE MEMORIA	Bibliotecas, museos	Álbumes foto, videotecas personales, archivos de los productores		Bases de datos, museos y mediatecas en línea
TRANSPORTE FÍSICO DEL SIGNO Y VELOCIDAD-PATRÓN	Camino, riel, hilo Caballo, vapor, electricidad	Ondas, cables	Satélites Luces	Electrones
TRATAMIENTO DE LA INFORMACIÓN	Asimilación lenta (citas)	Repetición (reciclado)		Actualización (puesta al día)
MODO DE PRODUCCIÓN CULTURAL	Lineal: edición (libros, discos, películas, videos)	Periódicos	Radial: onda (radio comercial, televisión generalista de masas)	En red: telecarga (prensa en línea, servidor de datos, ramilletes digitales)
RÉGIMEN SEMIÓTICO DOMINANTE	Simbólico	Icónico	Indicial	"Holográfico"
ORGANON SIMBÓLICO	Sistemas (ideologías)	Rejillas (programas)		Modelos (algoritmos)
PARADIGMA DE ATRACCIÓN	Logos (utopías)	Imago (afectos)		Ludo (simulaciones)
REFERENCIA LEGÍTIMA	Lo verdadero	Lo real		Lo virtual
RÉGIMEN DE AUTORIDAD SIMBÓLICA	Lo legible o lo verdadero lógico (el fundamento)	Lo visible o lo verosímil (el acontecimiento)		Lo accesible o lo pertinente (lo inmediato)
FORMA CANÓNICA DEL SABER	Teoría: argumentación, interpretación	Montaje: focalización, empalme	Selección: cortar-pegar	Hipertexto: navegación, apropiación, modelización
FINALIDAD DEL SABER	El conocimiento	La comunicación	La información	La pertinencia
ORGANIZACIÓN DE LOS SABERES	Federación, jerarquización	Estrategias de territorios	Especialización	Interconexión y transferencia
DICTON DE AUTORIDAD PERSONAL	Lo leí en un libro	Lo vi en la tele		Lo encontré en internet
INYUNCIÓN DE COMUNICACIÓN	Expresarse (tener una columna en un periódico)	Mantenerse informado (tener televisor)		Poder ser contactado (tener una dirección electrónica y un teléfono inteligente)
IDEAL DE GRUPO Y DERIVA	Todos (pueblo, Estado)	El tipo (muestra, ejemplo, perfil, diana)		El avatar (individuo, caso, minoría)

POLÍTICA	Nacionalismo, totalitarismo	Política de mercadeo	Individualismo y tribalismo	
ASAMBLEA	Nación	Plató tele, mercado	Groupware	
OPINIÓN PÚBLICA	Expresada (periódicos, libros, panfletos)	Medida, anticipada (sondeos)	Intercambiada (foros de discusión)	
ESTATUTO DEL INDIVIDUO	Ciudadano (por convencer)	Consumidor- telespectador (por seducir)	Actor-utilizador- jugador (por movilizar)	
MOTOR DE OBEDIENCIA	La ley (dogmatismo)	La opinión (relativismo)	La interacción (constructivismo)	
CLASE ESPIRITUAL DETENTADORA DE LO SAGRADO SOCIAL	Intelligentsia laica (profesores y doctores)	Medias (difusores y productores)	Expertos (operadores y programadores)	
MEDIO NORMAL DE INFLUENCIA	Publicación	Aparición	Económico (sobre los derechos)	Conmutación
CONTROL DE FLUJOS	Político, indirecto (sobre los medios de emisión)	Económico, indirecto (sobre los mensajes)	Técnico, indirecto (sobre las normas)	
UNIDAD DE DIRECCIÓN SOCIAL	Un teórico: jefe (principio ideológico)	Un aritmético: líder, vedette. (principio estadístico)	Un técnico: formato, norma, estándar (principio tecnológico)	
PRESTIGIO DEL JEFE	Gloria	Telegenio	Adaptabilidad	
RITUAL DE PRESENTACIÓN	El discurso	Yo informo	La página web	
EL HACER-SIGNO SOBERANO	Yo explico	Me muestro	Propongo	
OFERTA SIMBÓLICA	Ud. tiene el derecho de aprender	Ud. tiene el derecho de responder	Ud. tiene el derecho de conectarse	
APOTEOSIS O ¿DÓNDE VA EL MUERTO ILUSTRADO?	Museo, plaza pública (exposición)	Titulares de las noticias, emisiones especiales (reproducción)	Por todas partes (diseminación)	
USO DEL ESPECTÁCULO	Ilustrar	Distraer	Simular	

Los Cuadernos de mediología, N° 6: “¿Por qué mediólogos?”, pp. 82-97.

ABECEDARIO

105 entradas en la mediología

Actuación (índice de)

Transmisibilidad propia a tal régimen de enunciación en tal mediasfera (ej: el racionalismo crítico tiene un índice socialmente débil en logosfera, elevado en grafosfera, mínimo en videosfera). (R.D.)

Almacenamiento

Momento sin brillo, excesivamente descuidado y aparentemente subalterno, de un proceso de transmisión. Pero este es un grave error; la condición reside en el depósito. Sólo se transmite lo que se ha podido conservar. No hay diferido sin retención. No existe agricultura sin graneros. No existe civilización sin hangares, reservas, depósitos, almacenes, barreras, entregas, etc. No existe circulación simbólica sin biblio-, pinaco-, glypto-, cinema-, video-, Ina-teca (del gr. *thêkê*, cajón, receptáculo, armario). La forma *x-teca* es canónica, ortogonal a todo estado de cultura. Constreñimiento motriz, el reservorio de trazas es también formalmente inventivo en tanto que empuja a la fabricación de modelos reducidos, a una creciente miniaturización por abreviación. La simbolización ¿no habría nacido de una necesidad de disposición, buscando el menor atestamiento posible? La codificación como una técnica del compactar. (R.D.)

Ángel

Primer nombre del *mensajero* (en griego, *angelos*). *Angelología*, primera denominación de la mediología (disciplina fundada por Dionisio Areopagita). Tres enseñanzas: 1/ el Eterno no ejecuta sus comisiones él mismo, tiene una necesidad estructural de agentes de transmisión. 2/ esos volatineros no operan como francotiradores; pertenecen a milicias jerarquizadas en una escala de orden (la *taxis*). 3/ todo ángel puede volverse demonio, todo transmisor un interruptor. Lo diabólico y lo angélico son las dos caras de una misma función. (R. Debray)

Aura

“Única aparición de un lejano”, acontecimiento de primera vez, enunciación, presencia, manifestación en vivo o en directo... Esta simpática categoría propuesta por Walter Benjamin evoca experiencias bien tangibles, y tiene todo lo necesario para seducir alejando en lo subalterno o lo negativo la reproducción de las copias, la máquina, el doble, la serie, las cadenas mediáticas o técnicas. Sin embargo es necesario, por una crítica inspirada de Derrida, o más recientemente con Hennion & Latour (*Cuaderno de Mediología I*), rechazar esta fenomenología demasiado simple; no solamente el aquí y el ahora, lo cercano y lo lejano ya no tienen verdaderamente lugar allá donde operan las NTIC, sino que ocurre también que esos efectos tan apreciados de presencia y de origen se fabrican, o se deciden “fuera de tiempo”. Son los apóstoles los que “hacen” al Mesías, las reproducciones las que construyen el original, las maquinaciones impuras de la técnica las que hacen resplandecer las manifestaciones singulares de la vida. (Daniel Bounoux)

Bifurcación

Es interesante evidenciar el carácter ramificado y orientado de los sistemas de transmisión. Lo simbólico se propaga por ramificaciones sucesivas y paralelas por redes técnicas y humanas, que suponen medios de conexión, sistema de agujas y de alimentación. Actitud social (estar conectado) o equipamiento técnico (tener el cable), el enchufe marca los constreñimientos impuestos por el medio, pero también los márgenes de negociación de que dispone; asunto de normas destinadas a hacer compatibles o a estandarizar comportamientos y aparatos, este también es un asunto de elección. Es por el número y la naturaleza de sus ramificaciones que un organismo (individuo, empresa, institución o dispositivo técnico) se posiciona y se regula con respecto a su entorno. Del simple toma múltiple a la red integrante TV, computador, satélite y teléfono, o del sindicato al cyber-foro, nuestras conexiones condicionan nuestras relaciones y tienen que ver ellas mismas con una *praxis*: conectarse –o desconectarse– es en este sentido un acto cultural y político. (Louise Merzeau)

Bricoler

Apodo lisonjero tanto para el mediólogo como para el etnólogo (Levi-Strauss) y ello por tres motivos. 1/ no retrocede ante las pequeñas tareas, lo que prueba su destreza y su abnegación. 2/ respeta la adecuación spinozista del entendimiento y de la cosa porque toma precisamente como objeto de estudio las “chapuzas” insignificantes (la adición de vocales al alfabeto consonántico, el tipo móvil en plomo, el empaste de madera, el comando a distancia, etc.) y 3/ el bricolage en lo que le concierne no es solamente *in re* <en la cosa> sino *in modo* <en el modo>, pues la selección por el medio técnico de las variaciones culturales favorables opera como la selección natural misma, “a la manera de un bricoler, sin propósito a largo plazo” (François Jacob) (R.D.)

Causalidad

Expresiones como “esto condiciona aquello”, “aquello es incompatible con esto” o “nada de aquello sin esto”. Reemplace el esto por una palabra en ismo (cristianismo, socialismo, individualismo...) y aquello por la imprenta, la iglesia, lo digital (O.M. & M.O. en las palabras de nuestra tribu, cfr. *infra*). Añada que aquello reacciona sobre esto. Verifique correlaciones y covariaciones. Muestre en qué el contenido o la eficacia de tal representación reposa sobre tal aparataje o tal organización. Busque de qué modo lo que circula (por las cabezas) se construye circulando en el espacio, en el tiempo, en la materia, en el colectivo. Las causas mediológicas son materiales en el sentido aristotélico (aquello de lo que está hecho un fenómeno de pensamiento o de memoria), pero también formales en que el continente “estiliza” el contenido. Son ecológicas pues transforman las condiciones de interacción en el medio de circulación de las ideas y símbolos; son pues necesarias pero no suficientes. (François-Bernard Huyghe)

Ciencia

“En una primera aproximación, una ciencia se define por su objeto, *i.e.* los objetos o los seres que ella estudia; por ejemplo, los seres vivos son objetos de la biología, las líneas y las superficies de la geometría, etc. En realidad, lo que caracteriza una ciencia, es el punto de vista y no el objeto. Por ejemplo, aquí tenemos una mesa. Puede ser estudiada desde el punto de vista físico, se puede estudiar su peso, su densidad, su resistencia a la presión; desde el punto de vista químico, sus

posibilidades de combustión por el fuego o la disolución de los ácidos; desde el punto de vista biológico, la edad y la especie del árbol que ha provisto la madera; en fin, desde el punto de vista de las ciencias humanas, el origen y la función de la mesa para los hombres” (A.-G. Haudricourt)

Código

Lo que autonomiza el mensaje con respecto a su soporte (por esto el favor que obtiene entre los idealismos contemporáneos). Posible para el texto, la despegadura desrealizadora no lo es ya para la imagen, especialmente fotográfica. Nada sorprendente sino la física accidentada de las imágenes permite a los semiólogos brincar por fuera de la teoría (*la Cámara clara* a lo Roland Barthes). (R.D.)

(agarrado por el) Código

No todos los signos están codificados. Un grito de dolor, una sonrisa, un olor a quemado..., en suma: el orden indicial de las muestras, de los depósitos o de las expresiones, funciona bastante bien más acá del código. ¿Qué aporta éste? Un horizonte de espera, por tanto un principio de economía en la recepción; el reconocimiento de una buena forma o de una invariante (ideal) bajo los accidentes o las variaciones infinitas en la enunciación del signo. Cada escritor traza a su manera las letras, o articula sonidos, donde reconocemos sin embargo los caracteres del alfabeto o los fonemas de la lengua. Estabilizando el enunciado independientemente de la enunciación, la barbera semiótica del código permite descuidar o podar las variaciones no-pertinentes. Pero lo que cae en el funcionamiento económico de los mensajes codificados regresa en el uso estético, donde todos los signos cuentan (donde los signos no están aún agarrados-congelados-por el código). La obra de arte no se deduce de un código preexistente. (D. B.)

Colección

Las ideas viajan mejor en grupos. Ciencias, artes y religiones son ante todo recopilaciones, que recogen el universo físico o espiritual para organizarlo y transmitirlo. La perennidad de una palabra, de una obra o de un axioma está garantizada por su pertenencia a un mito, a un corpus, a un programa. (L.M.)

Comparar

Es el primer acto del conocer. El método comparativo está en el fundamento de los estudios mediológicos (como por lo demás lo está en las ciencias de observación). Incluso ellos no tienen otro fin que introducirlo a sabiendas, descarada, meticulosamente en las “ciencias de la cultura”, luego de que Darwin (si me atrevo a decirlo) lo hubiera hecho en su época en las ciencias del comportamiento. Para actualizar estas correlaciones, el investigador se funda en la observación de medios tecno-culturales variables en el tiempo y el espacio, como el naturalista embarcado en el Pacífico lo hace en la de los ecosistemas que varían según las latitudes. Retomando las recomendaciones de Rousseau: “desenredar lo que el hombre tiene de su propio fondo de lo que las circunstancias o sus progresos han añadido o cambiado a su estado primitivo”. Es también una cuestión de gusto, un cierto olfato estético que se añade al método heurístico. “En arte, decía Malraux, sentir es comparar”. En mediología también. Por esto el recurso frecuente a los cuadros comparativos (como logosfera/grafosfera/videosfera) para ganar en inteligibilidad. (R.D.)

Complejidad

“Lo simple no es el fundamento de todas las cosas, sino un pasaje, un momento entre complejidades” (E. Morin)

Con que quedar perplejos (D.B.)

Comunicación

Uno de los polos de las disciplinas de la información (y de los estudios mediológicos), siendo el otro la Transmisión, con el cual mantiene una relación dialéctica (= antagonista y complementaria). La información como travesía del espacio puede distinguirse de ese modo de la información como travesía del tiempo, dando por supuesto que ellas no están tan separadas en la realidad. (R.D.)

(facilidades de) Comunicación

“Dependen de la topografía de los continentes, de la orientación de las montañas y de la continuidad de las zonas climáticas”. (A. G. Haudricourt)

Conmutación

Reagrupa todas las operaciones que permiten buscar, establecer, mantener, modificar, o interrumpir enlaces entre elementos de un conjunto cualquiera. Se aplica ante todo a la reproducción sexuada, provocando una vertiginosa aceleración en la evolución del viviente. El cálculo, el hipertexto, son conmutaciones en el espacio de los números o de las palabras. El computador es pues un conmutador. Pero también la entrada en agujas en el ferrocarril, el intercambio vial, los hubs. El interruptor eléctrico, el directorio y la central telefónica, el control a distancia, son nuestros conmutadores cotidianos. Son los medias conmutativos (teléfono, telemática, hipertextos y Web) que, añadidos a los medias irradiantes (periódicos, radio y televisión) modifican el régimen actual de la comunicación. (Marc Guillaume)

Constructivismo

No se necesitan tan demasiado. Esta escuela de ciencias sociales que en la actualidad es dominante como reacción contra el objetivismo positivista de ayer, tiende a hacer de toda realidad una “construcción” social. Se llegará hasta hablar de una “producción del espacio”, incluso de una “producción del tiempo”. Por el hecho de que el mundo objetivo no sea separable de las representaciones prácticas que una sociedad se hace de él, no se sigue de acá que una sociedad pueda producir todas sus referencias objetivas. De que el mapa contribuya a la formación del territorio, no se deduce que un territorio sea la invención de los cartógrafos. Ningún actor colectivo produce su geografía, su clima, sus yacimientos de materias primas y de energía, las lunaciones y las estaciones, el sol y el ritmo circadiano. Partiendo del hecho cierto de las interacciones entre grupo social y fenómenos naturales, el constructivismo sociológico, objetivado y endurecido, llega pues a negar la irreductibilidad de lo natural a lo social. Mucho más modestamente, el mediólogo observa que el hombre no inventa *ex nihilo* su medio, sino que debe ineluctablemente negociar con él. Y es precisamente porque su medio le está en última instancia impuesto desde fuera, como un dato irreductible, que la domesticación técnica del espacio y del tiempo constituye para la humanidad una tarea in-finita. (R.D.)

Contracción

“¿Por medio de qué astucia encerrar lo más en lo menos?” (Dagognet). Alivio de los soportes y selección de los rasgos pertinentes; toda transmisión reposa sobre un principio de economía. El mapa sólo vehicula una información útil porque es menos que el territorio, el teorema menos que la experiencia, y el bit menos que la sintaxis. De un abstracto al otro, la idea transita así por grafías cada vez más económicas, que acentúan tanto mejor su alcance generativo cuanto que ellas disminuyen el atestamiento. (L.M.)

Convergencia

Una de las características de la evolución técnica, que se manifiesta hoy por la fusión de la informática, de las telecomunicaciones y de lo audiovisual, “que conducirá rápidamente al establecimiento de una nueva organización de las industrias de flujo; estas se transformarán en bancos de imágenes, y en almacenes de programas, vastos sistemas documentarios, que le permitirán al destinatario emanciparse de los constreñimientos de la rejilla. El porvenir no es tanto el de los medios interactivos como de los destinatarios activos” B. Stiegler (L.M.)

Creencia

“La mediología estudia los medios de transmisión como tecnologías del hacer-creer. Ahora bien, la creencia es siempre creencia en un porvenir. La verdadera cuestión de la mediología es pues la técnica y el tiempo” (B. Stiegler)

Su necesidad deriva del principio lógico de incompletitud, que explica racionalmente que sólo suelda lo irracional. De acá se sigue que es vano esperar de una mejor comunicación del saber (falsable, experimental, positivo) ninguna mejora del “lazo social”. La ciencia no es un factor de cohesión; el conocimiento no tiene pertinencia política; la función religiosa no es sustituible. Y el mito es sabio. Como consecuencia práctica tenemos: dado que ningún grupo humano es auto-constituyente o está autofundado, requiere mediadores y mediaciones para amarrarlo a su “hueco fundador”. (R.D.)

Crisis cultural

Efecto de superposición entre dos o muchas tecnologías de memoria que compiten (R.D.)

Cuerpo (humano)

El primero, el irreductible medium (R.D.)

Las *Nuevas Tecnologías de la Información y de la Comunicación* se esfuerzan hacia la fluidez, el aligeramiento, los “inmateriales” (el papel mejor que la tableta de arcilla, el electrón de las tarjetas con chips mejor que el papel...). Pero al propio cuerpo, se regresa siempre... Es él el que bordea nuestros goces, de la misma manera que le prescribe su ritmo y su ergonomía a nuestras cadenas técnicas. En el teatro (*C.M. 1*) como en la bicicleta (*C.M. 5*) el cuerpo está en el centro de la máquina, y ese motor está en la fiesta. En la enunciación, es él el que pilotea y encuadra la mayor parte de los mensajes a golpes de índices, de efectos de presencia y de aura. Para recalentar una representación en general, es recomendado inyectar allí un poco de cuerpo (la “línea carne”). Extravasado y prolongado de mil maneras en las prótesis técnicas y mediáticas, el cuerpo sigue siendo el alfa y el omega de la mayor parte de

los circuitos. ¿No está en el centro del mundo propio de cada quien? Se le huye, se lo complica, se lo sofisticada, se lo olvida, y sigue siendo en torno a él que ello gira. Con el desarrollo de las NTIC se sabrá cada vez menos lo que puede, lo que quiere, dónde comienza y dónde termina un cuerpo. (D.B.)

(técnicas del) Cuerpo

Expresión de Marcel Mauss (1872-1950). Técnicas sin objetos materiales que sean su instrumento o su resultado (maneras de nadar, de caminar, de comer, de jugar, etc.). En otros términos: movimientos musculares tradicionales socialmente aprendidos y transmitidos. (R.D.)

Cultura

“Respuesta adaptativa a un medio” (J. Ruffié)

Deseo (de ser una cosa)

No es tomando distancia con respecto a los objetos como nos volveremos más humanos. Muy por el contrario, es reconociendo la complejidad de los lazos que nos unen a los más triviales de ellos, y especialmente el deseo de ser una cosa. Si este deseo es proyectado sobre el entorno humano no familiar, produce el desprecio del que la xenofobia es solamente un aspecto. Los que pretenden querer siempre “vivir de pie” –o peor aún “morir de pie”– son por regla general los más inclinados a ¡acostar a los otros! Si es proyectado sobre el entorno humano familiar, produce una relación utilitaria y manipuladora con la familia, los amigos, los colegas profesionales o políticos... o los animales. Finalmente, proyectado sobre los objetos, produce el menosprecio que algunos tienen de los objetos que los rodean y que rodean a sus parientes. Este desprecio es paradójicamente el mejor aliado de la sociedad de consumo porque, en los dos casos, el objeto sólo es enfrentado con respecto a su marco utilitario y no con respecto a su marco de invención. En todos los casos, los extranjeros, el cónyuge, la cónyuge, los niños, los animales o los objetos se identifican entonces con la parte de sí que aspira a ser no-humano, y el sujeto por ello se empobrece en su complejidad. (S.T.)

Desmaterialización

Nunca total (incluso ni en Internet), la desmaterialización designa el aligeramiento y la movilidad creciente de los soportes de inscripción, la mutación de las trazas y la ruptura de los contactos físicos antaño ligados al intercambio. De acá un mito: instantaneidad, globalidad y la facilidad de la comunicación de los bienes y de los signos constituirán una epifanía de las capacidades humanas. Generalmente los idealistas se curan de esta creencia el día en que se les daña por primera vez el disco duro. (F.-B. H.)

Determinismo (técnico)

“Tronar contra” (F.-B. H.)

El molino de viento preferido de los Quijotes del Espíritu. Cualquiera que saque a luz los factores técnicos objetivos de un fenómeno cualquiera (social, cultural o intelectual) se verá transformado en Sancho Panza (determinismo primario, mecanicismo grosero, etc.). El universo del mediólogo, volvámoslo a decirlo, no es de tipo mecanicista (una causa, un efecto) sino sistémico (circularidad de las interacciones). La invención técnica no es determinante sino autorizante. El estribo

no es la “causa” de la feudalidad, ni la prensa impresa la del protestantismo. Pero sin estribo no habría caballería; sin Gutemberg, nada de Lutero. Las causalidades sistémicas son negativas. A no produce B, pero si no-A nada de B. Los teólogos distinguían a sabiendas la gracia suficiente, que da la posibilidad de hacer el bien, de la gracia eficaz, que procura la realización del bien. La innovación técnica tiene que ver con la primera. (R.D.)

Dios (emisor)

Fuente de emisiones perfectamente performativas. El único Ser que no hace ningún ruido. Entropía cero. “Dios dice que se haga la luz y la luz se hace”. Fuera de la esfera divina, hay un precio por pagar. Los hombres comunican pero siempre perdiendo (la información se degrada al propagarse). (R.D.)

Dios (receptor)

Dios ve todo, sabe todo, registra todo.

A veces se lo puede interrogar. Con la condición de tomar precauciones, de respetar los rituales. En desquite, echar los dados para apuestas humanas e irrisorias está severamente prohibido; de acá se siguen todas las prohibiciones de los juegos de azar. No se “telefonea” a Dios por cualquier cosa. (M.G.)

Directo/diferido

Categorías importantes de nuestras transmisiones, pero también de los juegos de signos, independientemente del criterio temporal; los índices en efecto, muestras naturales, señalan directamente lo que designan, mientras que los símbolos arbitrarios los difieren irreductiblemente. La palabra perro no muerde, como tampoco su imagen. Este logro semiótico se confunde con la operación de la cultura, pero también (como lo insiste Valéry) con el mantenimiento de un pasado y la invención de un futuro. En los orígenes de este movimiento quizás, la invención de la agricultura consistió en diferir una parte de la cosecha para reinvertirla en la tierra, mientras que los pueblos cazadores recolectores la consumían completamente. Cultura no quiere ya decir agricultura sino que se trata siempre con ella de constituir reservas, y anticiparse. Pregunta: cuando las tecnologías de lo directo roen las representaciones majestuosas y sabias de la grafosfera (que por definición funciona en diferido) ¿ese progreso de las transmisiones de la videosfera nos hace regresar al presente de los cazadores-recolectores del pre-neolítico? (D.B.)

Documento

“En historia, todo comienza con el gesto de poner aparte, de reunir, de mudar así en ‘documentos’ ciertos objetos retirados del uso ordinario y alojados en lugares propios. Esta nueva repartición transforma el espacio. Consiste en producir tales documentos, por el hecho de volver a copiarlos, transcribir o fotografiar esos objetos cambiándoles a la vez su sitio y su estatuto. Este gesto consiste en ‘aislar’ un cuerpo, como se lo hace en física, y en ‘desnaturalizar’ las cosas para convertirlas en piezas que vienen a llenar las lagunas de un conjunto planteado *a priori*. Bien lejos de aceptar ‘datos’, él los constituye” (M. de Certeau)

Efecto-bici

Regreso de un sistema socio-técnico que parecía en declive. Se explica por los excesos de complejidad o de amontonamiento provocados por las nuevas técnicas. Se

acompaña a menudo de modificaciones menores pero decisivas que permitan un nuevo modo de uso (por ejemplo el VTT). En el mundo de los media, el teléfono o el fax se beneficiarán sin duda de un efecto-bici. El efecto-trinquete no está pues siempre asegurado (M.G.)

Efecto-diligencia (Jacques Perriault)

Lo nuevo comienza por imitar lo antiguo. Los primeros vagones de ferrocarril tenían un perfil de diligencia. Los primeros incunables tiene forma de manuscritos; las primeras fotos parecen cuadros; las primeras películas, piezas de teatro; la primera tele, radio con imágenes, etc. (R.D.)

Efecto-jogging

Nombre divertido de un fenómeno capital y paradójico, el efecto retrógrado del progreso material. La decadencia de los miembros inferiores había sido pronosticada antaño para los bípedos motorizados. Ahora bien, entre más caminan los ciudadanos, más corren. En lugar de la atrofia anunciada, aparece la remusculación. La desestabilización tecnológica suscita una reestabilización cultural. A cada “salto adelante” en el utillaje, corresponde un “salto atrás” en las mentalidades. Por esto nuestra fórmula: “la post-modernidad será arcaica o no será”, y el carácter en general infundado tanto de las alarmas como de las promesas “futuristas”. (R.D.)

Efecto trinquete

Irreversibilidad del progreso técnico. No se regresa a la ballesta luego del arcabuz, ni a la diligencia después del ferrocarril. (R.D.)

Encarnación

Siendo el cuerpo el “mediador por excelencia”, se puede ver en el dogma cristiano de la Encarnación la codificación mística, o el preámbulo fabuloso, de la cuestión mediológica originaria: ¿cómo un Verbo se hace Carne? O, para hablar como Marx, ¿cómo aquí abajo una “idea” se vuelve “fuerza material”? El estudio del Mesías, mediador entre Dios y los hombres, o Cristología, que está en el corazón de la teología cristiana, ofrece la mejor introducción posible al despliegue de esta cuestión materialista. (R.D.)

Siendo el cuerpo el “mediador por excelencia”, la cuestión originaria es: ¿Cómo la carne (con minúscula) produce el verbo (con minúscula)? La cuestión de la presencia del cuerpo (humano y no divino) está en el centro de todas las cuestiones sobre las mediaciones, y especialmente de las imágenes. (S.T.)

Endurecer para durar

Ningún mensaje atraviesa por sus propias fuerzas ni el espacio ni el tiempo, there is no such things as a free mail. Para que lo Bello o lo Verdadero lleguen a buen puerto, es necesario pagar: encontrar los relevos, aliados, o garantizar por el código, por la elaboración formal del mensaje, su resistencia a las casualidades de la enunciación y de la recepción. Ejemplos de mensajes contruidos para durar: el poema (bella forma signficante y sonora), o el mathèma (fuerte arquitectura lógica); en los dos casos, la elaboración estética o científica del mensaje ha endurecido su estructura, reforzado su esqueleto interno. Pero el poema o el teorema se benefician también de un esqueleto externo, los rieles por los que ellos circulan (manuales,

programas, instituciones de investigación y de enseñanza, tradición crítica...). Pregunta mediológica: ¿debemos postular una diferencia fundamental, y cuál, entre el éxito de las ideas y el éxito musical del verano? (D.B.)

Engrampar (se)

“Agarrarse, como por una laña” (Tecn. pieza de hierro para unir o sujetar dos cosas). Reflejo de vitalidad simbólica, muy apreciado del mediólogo. “Un bello poema, una idea, un descubrimiento; eso no tiene un valor cierto. Si se destruyen antes de ser conocidos, nada ha tenido lugar. Si actúan, si se aferran a un hombre, luego a otro, su alcance se vuelve incalculable; participa de lo que advendrá del hombre”, Paul Valéry, *Carnés*. (R.D.)

Entorno

Su entorno de objetos es lo que hace existir a un sujeto como tal. Quítele brutalmente a alguien sus vestidos, su casa y todos los objetos que ella contiene, y Ud. le producirá probablemente a él perturbaciones de la identidad (es diferente si él decide separarse voluntariamente pues él se toma el tiempo de retirar progresivamente sus catexis psíquicas de los objetos que lo rodean). El ser humano sabe que su existencia física es inseparable de su entorno natural. Le falta solo tomar conciencia de que su existencia psíquica es inseparable de su entorno de objetos, dicho de otro modo: de sus “tecnosistema”. (S.T.)

Epidemia (de representaciones)

Metáfora extraída del vocabulario médico muy seductora pero inconsistente, en tanto que conduce a hablar de la peste sin hablar de las ratas, del contagio sin portador ni medio. (R.D.)

Escritura

“La escritura no es un simple registro fonográfico de la palabra; en condiciones sociales y tecnológicas que pueden variar, la escritura favorece formas especiales de actividad lingüística y desarrolla ciertas maneras de plantear y de resolver los problemas: la lista, la fórmula y el cuadro juegan a este respecto un papel decisivo” (J. Goody).

Escuela

“El lugar mediológico por excelencia. No se comunica el saber, se lo transmite. No solamente el receptor está modelizado por el emisor, sino que éste no puede enseñar (así como Bachelard lo mostraba en su *Racionalismo enseñante*) si no se vuelve a su manera un alumno, el que no cesa de reestructurar su saber con el fin de volverlo asimilable. El conocimiento se vuelve también la mediación que transforma a los protagonistas (en ese lugar austero donde los ruidos exteriores no entran, así como lo remarcaba Alain, donde los muros están desnudos)”. (Fr. Dagognet**)

** <Cfr. F. Dagognet. *¿Cómo salvarse de la servidumbre?* cap. III: “el Fracaso de la escuela”, tr. Paláu, Medellín, abril de 2009; publicado en *Ciencias sociales y educación*, vol. 1, nº 1. Universidad de Medellín, julio-diciembre de 2012, pp. 184-185, Paláu>.

Espacio

Medium que duerme, con efectos aún ampliamente sub-estimados. Las relaciones de los hombres con sus dioses y con sus valores, su memoria y sus esperas están mediatizadas por lugares, distancias y un cierto tipo de desplazamiento. La aparición del monoteísmo, por ejemplo, no se explica sin la itinerancia en medio desértico (ver *Curso de mediología general*). De rebote, el monoteísmo suscitará un espacio hiper-centralizado (¡Oh! Jerusalén), que no se reparte (como tampoco el Dios único). La extensión terrestre, para el animal creyente, nunca es neutra ni “isótropa”: tiene sus lugares santos, sus puntos cardinales, sus buenas y malas direcciones, su cinética y su logística. El espacio da sentido, y el sentido se espacializa, a través de las parejas dinámicas centro-periferia, bajo-alto, adentro-afuera, encima-alrededor, derecha-izquierda. Se puede llamar “territorialidad” al estilo de relaciones mentales y prácticas que una comunidad anuda con su espacio físico, medium pasivo activado por sus mediadores simbólicos. (R.D.)

Evolución técnica

“La evolución específica de los objetos técnicos no se produce de manera completamente continua, ni tampoco de manera completamente discontinua; comporta descansillos que son definidos por el hecho de que realizan sistemas sucesivos de coherencia; entre los rellanos que marcan una reorganización estructural puede existir una evolución de tipo continua; se debe a los perfeccionamientos de detalle que resultan de la experiencia del uso, y a la producción de materias primas o de dispositivos anexos mejor adaptados”. (G. Simondon)

Externalización

Nada es más humano que la técnica si es verdad que la hominización, según Leroi-Gourhan o McLuhan, prolongó por fuera nuestros órganos por diversas generaciones de prótesis, de lo más duro a lo más “blando”. A este esquema conocido, el mediólogo le añadirá que nuestros encintados mediáticos extienden igualmente y tejen por fuera lo que Winnicott llamó el espacio potencial, donde se desenvuelven nuestras primeras relaciones de juego, de confianza y de aprendizaje. Es importante para cada organismo viviente disponer de ese espacio tampón o transicional, que no está ni afuera ni adentro, no es ni del objeto ni del sujeto, ni real ni irreal, sino entre; y nos pasamos una buena parte de nuestras vidas perfeccionando un espacio semejante^{52*}. Cada uno, en esta medida, recibe de los aparatos de información sus propios mensajes invertidos. (D.B.)

* <Cómo no recordar la noción que D. Parrochia “predica, la de ‘los *empiétements*’, una palabra que de paso hay que retener porque no significa, como se lo podría creer, una simple intersección o un mixto entre dos territorios que se traslaparían, o un intermediario que los religaría. ¡Pues no! D. Parrochia desea introducirnos más lejos, en un universo de turbulencias, de hibridaciones y de desbordamientos, de interpenetraciones tales que ellas borran nuestros recortes y las fronteras. No podremos resistirnos a la borrasca...” como dice F. Dagognet en el “prefacio” del libro *Matemáticas y existencia*. O la noción de interfaz, término que nos viene del universo técnico en el que designa **todo dispositivo que permita el intercambio de información entre dos sistemas**, y del que Chazal escribe: “El término designa en informática todo dispositivo, logicial <programa> o material, que asegura la transferencia de la información de una parte del sistema a otra parte, o de un sistema a otro. Es en particular por el sesgo de módulos electrónicos calificados de interfaces que la unidad central de un computador entra en contacto con diferentes periféricos. Se trata también de los módulos logiciales que aseguran la comunicación entre un utilizador humano y una máquina. Fundamentalmente lo que transita por una interfaz es información” (Chazal, *Interfaces*, 2002, tr. Paláu)”. Paláu>

Feed-back

Rebote de información o de energía del efecto sobre la causa para la cibernética; retroacción del receptor sobre el emisor para el análisis de los medios o de las interacciones; el feed-back remitiría para la mediología más bien a la reciprocidad de las condiciones técnicas y culturales. Las relaciones entre herramientas, instituciones y modos de pensamiento tiene que ver en efecto con esta misma causalidad circular, que preside el funcionamiento de todos los sistemas complejos. Las clasificaciones (como la CDU) o los motores de búsqueda en la Internet son ejemplos de este encabalgamiento; muestran hasta qué punto todo instrumento de formateo, de clasificación y de señalización anticipa y orienta los accesos, las cuestiones y las interpretaciones. Dicho de otro modo, cómo el pensamiento está él mismo fabricado por la técnicas inicialmente previstas para representarlo o contenerlo. (L.M.)

Flujo

Con el advenimiento de lo directo y del tiempo real, modos de transporte y de transmisión basculan del depósito al flujo. Más que un simple recorte de los plazos de encaminamiento y de acceso, el flujo impone una mutación de los dispositivos y de los usos, donde se lee la solidaridad entre régimen de velocidad y régimen de sentido. Agendas, rejillas de programas, bandas-anuncios, motores de búsqueda y agentes inteligentes son los mediadores de esta información-flujo cuya aparente inorganización disimula un importante trabajo de estructuración, de parte de los programadores como de los utilizadores. (L.M.)

Grafosfera

Período del espíritu humano abierto por la imprenta y desequilibrado por el audiovisual (1470-1970). Hace pasar de lo racional a lo científico, de la verdad a lo verificable. Mediaesfera propicia a las mitologías del progreso y a los mesianismos seculares. Comienzo de la aceleración del tiempo histórico y primera contracción industrial del espacio, bajo el efecto del vapor y luego de la electricidad. (R.D.)

Hipótesis

“La única utilidad que tienen las hipótesis es la de atraer la atención sobre los hechos que uno hubiera podido descuidar” (A.G. Haudricourt)

Historia de las ideas

Montaje óptico que desenvuelve ante nuestros ojos deslumbrados panoramas sin tela, ni bastidor ni pigmentos. El engendramiento de las ideas independientemente de sus soportes, medios y órganos de transmisión, esta proyección retrospectiva del intelectualismo, “marcha” sobre una batería de puntos de referencia convenidos –el contexto, el origen, la influencia, la genealogía, el sincretismo, etc.– donde la averiguación mediológica descubre lo más a menudo mentiras piadosas. (R.D.)

Hominización

Comenzada hace dos millones de años, con el primer arcantropo pulidor de guijarros. Todavía en curso. (R.D.)

Humanismo

El humanismo le prohíbe al hombre identificarse con una cosa. Esta idea le es revulsiva. Para alejar mejor el riesgo, decide que el deseo de ser una cosa no existe, y que “el estado de cosas” siempre se le impone a un ser humano desde el exterior y con violencia. Mediante lo cual se priva de una herramienta de comprensión importante de la relación del ser humano con las personas y... con los objetos. Construir una cultura es ante todo construir un entorno de objetos. Pero al mismo tiempo, es definir un equilibrio compartido, en un grupo, entre el deseo de ser un ser humano y el deseo de ser una cosa, que habita todo hombre. Pregunta: ¿no está una cultura no humanista mejor colocada en la conquista tecnológica? Para un humanista, el mejor amigo del hombre es el hombre. Para un no-humanista, es su fusil, su vehículo, o su teléfono celular. Para el primero, lo que importa es la comunicación interhumana. Para el segundo, es el perfeccionamiento de sus mejores amigos. Afortunadamente, la cultura humanista sabe crear reservas para los sujetos más conformes con los objetos que con los humanos con el fin de que ellos se entreguen a su pasión de manera controlada. (S.T.)

Ideal

Guerra a las idealidades, honor a los ideales. (R.D.)

Identidad

Los objetos forman en torno de todo sujeto círculos concéntricos que van del espacio más íntimo al espacio público compartido. Esos círculos de objetos son las envolturas de la identidad. Ellos la fundan (son los soportes de inscripción), la protegen (de la vestimenta al contestador telefónico, pasando por el bunker) y la amplían (son los soportes de comunicación). (S.T.)

Ideología (con mayúscula)

Término inventado en 1796 (ciencia del origen de las ideas) y desviado por el joven Marx para designar el reflejo subjetivo de lo real, su imagen invertida y fantástica en el cuarto oscuro de los cerebros. La idea de ideología como ilusión óptica constituye el obstáculo epistemológico nº 1 por el camino de toda mediología posible. Esta es demasiado materialista para reclamarse en este punto de Marx, aún dominado por la ilusión luminosa. (R.D.)

ideología (con minúscula)

Nombre dado a la ciencia del otro. El historiador Paul Veyne sostiene con alguna razón que la sociología es una moda evanescente y que no tiene por qué ser (monográfica, es una historia sin el nombre de tal, y normativa, una filosofía social que no se confiesa tal). El sociólogo Pierre Bourdieu sostiene, no sin argumento, que la historia no es una ciencia, fundamentada como está en la superstición empirista del caso particular. El bioquímico verá con toda razón en el psicoanálisis una mitología novelada, y el psicólogo, no sin motivo, en las quimioterapias un bricolage positivista y sin principio. Etc. El aprendiz mediólogo puede evitarse esta serie de cambios y evoluciones inútiles de la sospecha, porque la mediología no pretende el título de “ciencia social”; no hay por qué decir que el vecino se equivoca para poder darse razón. Su punto de vista no excluye el de los otros. Y además, “el sabio no tiene ideas”. (R.D.)

Ideologías (en plural)

Definición trivial de la ideología: humos (ideas del otro), utopías, delirios, ensoñación, ideas contra realidad. Definición chic: representación del mundo aparentemente racional (pero parcial y falsa) que se hacen los actores en función de su posición y de sus intereses (ideas del otro, noción que permite explicar por qué la ideología dominante, ¡oh sorpresa!, domina los medios). Alerta: “una” ideología, eso es algo que no existe. Existen ideologías, sistemas de ideas polémicas que traducen evoluciones y que buscan efectos concretos; se topan con otros sistemas y buscan propagarse en otras cabezas. (F.-B. H.)

Imagen

Clásicamente, las imágenes se dividen entre “psíquicas” y “materiales”. De hecho, todas las imágenes son medios de transporte. Un vehículo o un tren pueden ser utilizados de cinco maneras diferentes: para ir más rápido de un punto a otro; para explorar una región; para pasearse; por el escalofrío de la velocidad; o en fin, por el placer de viajar con otros. Es la misma cosa para las imágenes. La imagen, que es un medio de transporte, da acceso a un territorio por explorar que no puede serlo sino al precio de una serie de transformaciones, a la vez de la imagen-territorio y de sí mismo. Toda imagen está entonces llamada a constituir un vínculo, a la vez consigo mismo y con los otros, entre cuerpo y palabra. Su fracaso signa siempre una incorporación. (S.T.)

Incompletitud (principio de)

Postulado históricamente atestiguado. Ningún colectivo puede clausurarse o definirse con la ayuda de los solos elementos de ese conjunto. Para poderse plantear como diferente de los otros, o “cerrarse”, debe abrirse a un punto de creencia situado por fuera de su plano de inmanencia (valor, mito, héroe fundador, gran relato, etc.). No existe horizontalidad “política” sin vertical “metapolítica”. Consecuencia práctica: una necesidad perpetua de “pasadores” entre el hecho y el valor (brujos, clérigos, intelectuales, comisarios, editorialistas, etc.), que son, como mediadores, los lubricantes de la incompletitud. (R.D.)

El trabajo psíquico de la simbolización –por el cual el ser humano construye representaciones de sus experiencias– nunca puede ser total. Toda experiencia deja subsistir, en el psiquismo, un “residuo” inasimilable, ligado a lo que el psicoanálisis llama la “represión originaria”. Entre más se esfuerza el ser humano para simbolizar sus experiencias, más se encuentra pues encerrado en la convicción de que esta simbolización se construye sobre algo que le es irreductible. La creencia en una trascendencia es uno de los medios por los cuales trata de manejar esta experiencia angustiosa. Otra consiste en su proyección sobre el grupo. La dialéctica de la simbolización y de su residuo, asumida por el colectivo, engendra la convicción de que un grupo no puede fundar su legitimidad más que en lo que lo rebasa. (S.T.)

Incorporación

Incorporarse es tomar parte en un cuerpo (organismo, disposición, grupo) y no en una carne (encarnación). Es la posibilidad misma de superar la soledad y la finitud temporal de la carne, por medio del colectivo y por la transmisión. (L.M.)

Información

“La información es un concepto problemático, no un concepto solución. Pues, recordémoslo, el aspecto comunicacional y el aspecto estadístico no dan cuenta en absoluto del carácter poliscópico de la información, que se presenta tanto a la mirada como memoria, como saber, tanto como mensaje, como programa, o como matriz organizacional”. (E. Morin)

Irreversibilidad

Palabra delicada que expone, tanto como progreso, a fáciles objeciones: tartamudeo de la historia, efectos-jogging, arcaísmos renovadores, etc. Se habla sin embargo de linajes técnicos, que están puntuados por trinquetes de irreversibilidad. Estos se observan por todas partes donde dominan la guerra, y la competencia del mercado (forma de guerra lentificada), que obligan a cada uno a equiparse de los instrumentos con mejores prestaciones; si todas las otras condiciones permanecen iguales, ningún agricultor trocará su tractor por un par de bueyes; y sería suicida equipar un ejército de ballestas frente a tanques AMX...

Sin embargo dos correctivos: el tiempo técnico, joven o rápido, está encajado en relaciones pragmáticas y usos sociales mucho más viejos o viscosos; y se sabe por otra parte que en los márgenes del tiempo social sometido a la eficacia y a la competencia, todos los retornos lúdicos, estéticos o sentimentales están permitidos; la imprenta no mató la caligrafía, ni el automóvil los deportes ecuestres. (D.B.)

Jerarquía

Corolario de organización. Transmitir es organizar; y organizar (cosas, conceptos, u hombres) es jerarquizar. No se conoce organigrama que no posea una estructura de orden, con posición de un primero, segundo, tercero, etc. El rechazo de las jerarquías se confunde con el de las mediaciones; es un instantaneísmo y un iluminismo. Toda postura anarquizadora cubre una nostalgia idealista de inmediatez; por ejemplo: el situacionismo. (R.D.)

Libro

Caballo de batalla de los pedagogos y de los defensores de la grafosfera contra las seducciones enganchadoras de las pantallas y de las NTIC, más *live* pero siempre sospechosas de barbarie. Desde hace quinientos años, nuestra cultura se edificó en torno al “orden de los libros” (Roger Chartier), al que le debemos el racionalismo clásico, la filosofía de las Luces, el socialismo, para no mencionar el monoteísmo..., Para efectos del rumiar constructivo del espíritu nada reemplaza todavía hasta hoy a esos pequeños paralelepípedos de papel adaptados al bolsillo; hasta el punto que escribir un libro (o al menos firmarlo) sigue siendo entre nosotros una marca de distinción. En un mundo en que las informaciones huyen y se apretujan, está ante todo este cubículo donde, como lo dice con fuerza Derrick de Kerckhove, “las palabras permanecen en reposo” (como las imágenes en los museos). (D.B.)

Línea Verbo/línea carne

Los dos polos de la comunicación (yin y yang). Polo escritura, símbolo, diferido, lógico, rígido, etc. *versus* polo oralidad, índice, directo, flexible, sensorial, etc. Estos dos modos o corrientes se reparten las construcciones culturales más diversas (cristianismo, marxismo, psicoanálisis, sociología, etc.). Línea Verbo:

Iglesias reformadas, IVª Internacional, Lacan, Durkheim. Línea Carne: comunidades carismáticas, izquierdismo sesentiochesco, Jung, Tarde. Reparto que no solamente existe en las sensibilidades sino en las vivencias de los aparatos: las “señoritas del teléfono” y “esos señores del telégrafo”. Salido de la corneta acústica fabricada por Bell con el fin de ayudar a la hija sorda de unos amigos, con la que termina por casarse, el teléfono –vehículo de la voz– instauro a pesar de él una relación afectiva. Salido de la guerra y de las necesidades del poder centralizado, el telégrafo codifica en frío una información abstracta. (R.D.)

Es también una cuestión de economía: el libro impreso es una representación pobre, ascética, y al mismo tiempo barata. ¿Prefiere leer Lorenzaccio o verlo en el teatro? Cuando se tiene los medios se añade el color, la imagen, el movimiento, la 3D, la carne. Entre escribir el Doctor Zhivago y filmarlo, los costos (y los retornos de la inversión) no tienen comparación; frente a los estudios de Hollywood el escritor aparece como un artesano o como un monje. Sin embargo, ¿quién da más a pensar, a soñar? Hay que recordar siempre que en términos de información “less is more” <“menos es más”>. Al menos para el “pensador” educado en la grafosfera. (D.B.)

Locomoción

“El hombre comienza por los pies” ha constatado Leroi-Gourhan. Liberando la cara y la mano, el caminar sobre dos pies hace posible al mismo tiempo el lenguaje articulado y la herramienta manual. En la emergencia del fenómeno humano, luego del zinjantropos, el paleontólogo observó el carácter global e interdependiente del sistema locomoción-prensión-fonación, o también bipedia-utilillaje-lenguaje. Es en razón de esta articulación, biológica, fisiológica y lógica, que el mediólogo se esfuerza en reunir bajo una misma mirada máquinas locomotivas y máquinas simbólicas, modos de transporte y modos de transmisión. (R.D.)

Logosfera

Estado de civilización que sigue a la invención de la escritura, en la que lo escrito, con estatuto aún subordinado, sirve ante todo para transcribir una oralidad primordial a las dicciones aún sacralizadas. En Grecia, asegura el paso del *mythos* al *logos*, o del relato legendario al discurso racional. Nacimiento, con el alfabeto vocálico, de lo universal. (R.D.)

Máquina

“Lo que reside en las máquinas es la realidad humana, gesto humano fijado y cristalizado en estructuras que funcionan”. (G. Simondon)

Marco (de la relación)

Define el modo de relación con el objeto que lo hace existir como distinto a la vez de la “cosa” y del “sujeto”. Existen tres marcos de relación con los objetos: de aprendizaje, de uso y de invención. El primero le interesa al cognitivista, el segundo al sociólogo y al etnólogo, el tercero al psicoanalista. Los tres le interesan al mediólogo. (Serge Tisseron)

Mass-media

Aparatos de difusión de información, contruidos sobre el modelo broadcast (uno-todos) aparecido con las rotativas: prensa para el gran público, radio, televisión. ¿Lo es Internet? Sí (riego masivo). No (modelo uno-uno)... (L.M.)

Material

Dagognet el materiólogo nos prescribe con razón que “rematerialicemos”. Se requerirá pues comenzar por distinguir entre los materiales (sustancias que sirven de sustratos), las cosas (realidades naturales en bruto), y los objetos (cosas fabricadas y trabajadas). La madera es un material, la plancha una cosa, la mesa un objeto. Entre los objetos y las herramientas, objetos que sirven para actuar sobre la materia cuya fuerza motriz es provista por el cuerpo humano. Entre las herramientas y los instrumentos, prolongación de nuestros órganos de los sentidos. Las gafas y el fonógrafo son instrumentos. Entre los aparatos (artefactos complejos que no hacen sino utilizar la energía) y las máquinas (que transforman una energía provista por el medio exterior); entre una máquina-herramienta, que tiene relación con un objetivo, y un mecanismo, o medio por el cual una máquina cumple su oficio. Un destornillador es una herramienta, un reloj una máquina compuesta, un embrague un mecanismo. Entre un mecanismo, que regula un movimiento que se comunica desde afuera, y un motor, que provee la fuerza motriz. La mencionada fuerza puede ser animal (caballo, buey), hidráulica (molino de rueda), mecánica (vapor) o simplemente humana. Esta terminología rudimentaria puede oscilar o prestarse a discusión, pero un materista respeta a tal punto su material como para no hablar de la materia como “filósofo”, en sobrevuelo y de forma general. (R.D.)

Media (o medias)

Plural de “medium”, y que no debe confundirse con “*mass-media*” (L.M.)

Mediaesfera

Medio técnico que determina una cierta relación con el espacio (transporte) y con el tiempo (transmisión). Concepto genérico que se especifica históricamente en logosfera, grafosfera, videosfera, etc. Cada mediaesfera se equilibra en torno a un medium dominante (la voz, la imprenta, la imagen-sonido), foco de funciones con competencias decisivas, y por este hecho, en la cima de las jerarquías sociales. La mediasfera es a una población de comunicantes lo que la biosfera es a los poblamientos de animales y vegetales. Abriga una multitud de micro-medios de transmisión, como la biosfera una multitud de biotopos, cada uno dotado de un cierto estado de equilibrio dinámico, pero en cada época, bajo la hegemonía de un megamedium con más prestaciones que los precedentes. (R.D.)

Medicina

“Ella tiene que ver con la mediología, pues por una parte la patología descubre las trazas y los caminos de la contaminación en lo que concierne a las enfermedades infecciosas, y por la otra, sobre todo en medicina mental, el individuo pertenece a redes de tal manera que ‘el eslabón más débil’ sufre el contra golpe de los disfuncionamientos. La ‘buena salud’ de los unos supone la afectación de los más débiles; así es como detectamos interrelaciones que actúan en un medio humano que creíamos homogéneo”. (F. Dagognet)

Medio (cultural)

Reemplazará ventajosamente la noción de campo. H₂O no es el campo del pez. Si el campo es lo que se tiene delante o alrededor de sí, se está siempre agarrado en y por su medio. Al campo, noción teórica y óptica, se opone el medio táctil y sinérgico. Esta inserción existencial, englobadora, del viviente en su medio hace al distanciamiento particularmente difícil. “H₂O no es el descubrimiento de un pez”. Es por esto que la lucidez mediológica se despierta en la bisagra o a la salida de medios técnicamente acabados o en vías de extinción de los que el observador ya no está actualmente cautivo (la oralidad primordial en Platón, el manuscrito en Condorcet, la imprenta entre nuestros contemporáneos, etc.). (R.D.)

El medio no es solamente lo que impone (hay peligro en explicar demasiado rigurosamente por las influencias del medio), sino lo que propone. Si no es una condición suficiente a la producción de las ideas, si es una condición necesaria; si no ofrecemos la cuna, los nacimientos no hubieran tenido lugar. (M.S.)

Medio/fin

Pareja de oposición fatal, fundamento de la minoración humanista de las técnicas, tan dañino para el conocimiento como el tándem forma-materia. De hecho, el instrumento nunca es instrumental. La reducción de la herramienta al utensilio es la astucia ingenua del narcisismo. “La utensilidad, es decir: un ‘no-yo’ consagrado al yo, que por lo demás lo ha fabricado cuidadosamente, le permite a la consciencia encontrarse por todas partes e ignorar el más allá del círculo donde brilla”. François Dagognet (R.D.)

Mediología

Deporte de equipo. (R.D.)

Medium

Dispositivo vehicular en general. Se especifica en objetivo y orgánico, MO (materia organizada) y OM (organización materializada), elementos de un mismo bloque circulatorio (ver diagramas en “Historia de las 4M”). (R.D.)

Memoria

No es reductible ni a una facultad neurobiológica, ni a un dispositivo de registro, ni a un deber moral. Trabajo de auto-organización, que implica un tratamiento complejo e ininterrumpido de las informaciones (filtrado, duplicación, comparación, asociación, jerarquización, mantenimiento, gestión de plazos y de recorridos...). Ninguna memoria podría pues elaborarse por fuera de los dispositivos técnicos e institucionales (familiar, nacional...) que producen en cada época un modelo memorial (arquitectural, escritural, reticular...) y un tejido de pertenencias identitarias. La memoria tiene siempre un costo (social, económico, ecológico...) y exige una política. Pues memorizar es elegir y seleccionar, por tanto olvidar. (L.M.)

Mnemosfera

Medio de transmisión puramente oral que precede la invención de los alfabetos; de padre a hijo, de maestro a discípulo, etc. (R.D.)

Nuevo-nueva

Buscad inmediatamente lo antiguo (que va exhumar, transformándola, la novedad en cuestión). Ver efecto-jogging. (R.D.)

Objeto

El hecho de elegir una cosa, por medio de la mirada o por la mano, es lo que la transforma en objeto. Se vuelve entonces un soporte de ensoñaciones o de pensamientos, sobre su pasado o sobre su devenir, o incluso sobre los del sujeto mismo, dicho de otro modo: un soporte de transformaciones psíquicas. Pero esto no es aún suficiente. Pues el objeto, inmediatamente diferenciado como tal por la mirada, la mano o el pensamiento, puede perder inmediatamente ese estatuto y ser vivido como parte constitutiva del sujeto. Una prótesis de cadera, por ejemplo, es un objeto para el cirujano que la coloca y lo es también para el enfermo que va a recibirla si se le muestra antes de la intervención. Pero, algunos meses más tarde, ella es normalmente percibida como una parte integrante de él mismo. La definición del objeto necesita pues dos condiciones: debe ser distinguido como tal sobre el fondo del mundo; y debe ser pensado en un marco que lo defina como tal para un sujeto dado. Para el cirujano, la prótesis o el marcapasos no dejarán nunca de ser objetos; para él el marco es la anatomía. (S.T.)

Organización

La cara institucional de una transmisión. No hay transmisión sin un cuerpo colectivo organizado (comenzando por la institución familiar). Es la presencia o no, además de un aparataje (MO), de una organización (OM) la que distingue a un hecho de transmisión (transporte de información en el tiempo) de un simple acto de comunicación (transporte de información en el espacio). (R.D.)

Original

Sub-producto tardío y retrospectivo de un proceso de transmisión, o bien (para la obra de arte) de reproducción. ¿Y si fueran las copias las que hicieran el original? (R.D.)

Patrimonio cultural

Depósito de huellas accesibles en un marco dado (local, regional, nacional, humano) y que contribuye a mantener ese mismo marco. (R.D.)

Presencia (efecto de)

En el Café de la Paix, en el momento de la proyección de la película de los hermanos Lumière, “la Entrada del tren en la estación de La Ciotat”, los espectadores se esconden aterrorizados bajo las mesas; luego se capta la representación hasta el punto de olvidar la presencia bien viva de sus contemporáneos y de tratarlos como en un juego de video. Si una franja de nuestra conciencia se deja seducir o engañar por algunas brumas, generalmente distinguimos bien el *live* de una grabación o de un programa, y aceptamos pagar bastante cara la diferencia entre un concierto y un disco, o entre el espectáculo en vivo y la película. El efecto de presencia está especialmente ligado a la semiótica de las improntas indiciales (en el índice una parte de la cosa o del acontecimiento representado se manifiesta “en persona”), así como a la interactividad. La diferencia (¿provisional?) entre el programa Eliza y un verdadero

psicoanalista es que este último puede responder a una pregunta, incluso extravagante, con una cierta pertinencia. En la medida en que los progresos del diálogo hombre/máquina se concentran en esas ganancias en pertinencia, se puede prever con Derrida que vamos hacia un mundo cada vez más “espectral”, donde la frontera de lo mecánico y de lo viviente perderá claridad, o ganará en “inquietante extrañeza”. (D.B.)

Querella

Transmitir no es algo inocente. Las querellas que nos interesan (la de la imagen, del espectáculo, de la técnica y la de los medios, que conjuga las tres precedentes) oponen generalmente a los denunciadores de una pérdida (de autenticidad, de humanidad, de autonomía...) a los sochantres de las nuevas “posibilidades” (de tocar las almas, de difundir la Ilustración...). Todo organismo dedicado a producir creencia, Iglesia, Partido, sociedad de pensamiento o Comité de redacción, conoce poco o mucho su querella mediológica al descubrir hasta qué punto lo estratégico condiciona lo dogmático (y viceversa); ¿qué imágenes, qué textos, cuáles encarnaciones son deseables, admisibles, lícitas para difundir la verdad? (F.-B. H.)

Relación

El programa, en pragmática como en mediología, consiste en extraer todas las consecuencias del primado de la relación sobre el contenido de los mensajes; no solamente el sentido de un mensaje (que puede ser un comportamiento) depende de su marco o de su contexto, sino los “términos” de la relación (los individuos o los sujetos), que en lugar de preceder o de fabricar esta, dependen de ella. Pero nos preocuparemos por no confundir relaciones simplemente técnicas, del sujeto con el objeto (relaciones verticales, jerarquizadas y generalmente manipuladoras), con las relaciones pragmáticas que corren de sujeto a sujeto, y que son más horizontales, reflexivas e interactivas; el sujeto no domina el mundo del otro y no puede sino interactuar con él.

El primado pragmático de la relación sobre el contenido de los mensajes tiene importantes consecuencias para nuestros estudios; en el célebre cuadro de las seis funciones de la comunicación propuesto por Jakobson, él conduce por ejemplo a clasificar a la cabeza la función fática del contacto; o también a distinguir en la mayor parte de nuestros medios (teléfono, TV, computadores...) una función mensajera de una función relacional. (D.B.)

Semiología

Superstición del signo, muy en boga en la segunda mitad del siglo XX. (R.D.)

(Casi) todos los mediólogos la han cogido, pero algunas secuelas pueden producir afortunados efectos... Cuando la ciencia de los signos no olvida la señal en provecho del código, o el dispositivo en provecho de la gramática, ella es un pasaje obligado para la mediología, que no podría reducir la mediación ni a los soportes ni a las relaciones. No hay sentido sin organización, sin materia y sin relación. Pero los objetos y los hombres están envueltos ellos mismos por un proceso ininterrumpido de producción de sentido, que redobla y desplaza los efectos de la transmisión. Es difícil ignorar por ejemplo la tipología de las operaciones semióticas (más bien que de signos) propuesta por Peirce, si se quiere comprender algo de la evolución de los modelos culturales, marcados especialmente por la emergencia de una economía

indicial de las trazas. El evidenciamiento de la función de interpretante (tercero o intermediario indispensable en la elaboración del sentido) es también completamente precioso si uno se interesa en la vertiente pragmática de la circulación de las ideas. Finalmente, ¿cuál mediólogo ha dejado de reconocer en los textos de Barthes esa mirada transversal, ese gusto por las cosas triviales, esa pasión de las estructuras?... (L.M.)

Simbólica

(Del griego *symbollein*, echar juntos) 1/ lo que conecta realidades separadas. 2/ lo que representa otra cosa distinta de él mismo. La acepción 1 del diccionario tiene por condición de falsabilidad la acepción 2. La unidad adviene por la alteridad. Sólo un tercer excluido puede ligar a un primero y a un segundo para hacer de un montón un todo. En suma, reagrupamiento “horizontal” (entre individuos separados), y referencia “vertical” (a otra cosa que a ellos mismos), están en función el uno del otro, y es milagro que una sola palabra los reúna. (R.D.)

Simbolización

Proceso por el cual el ser humano construye a la vez, en el mismo movimiento, su existencia psíquica individual y su vida social. El modelo de ese trabajo de simbolización está dado por las primeras huellas del niño. Todo objeto creado realiza la misma economía, pero también todo objeto utilizado desde el momento en que lo es en un marco de invención. Si tenemos en cuenta el proceso de simbolización vamos a poder superar dos oposiciones conceptuales en las que el pensamiento se hunde: entre “técnico” y “simbólico” por una parte; y entre “individual” y “colectivo” por la otra. (S.T.)

Soporte

Todo soporte material de transmisión al ser también una relación social, el soporte técnicamente dominante (impresión ayer, televisión hoy) es necesariamente vector de dominación simbólica y social. Dedicarse a los efectos de hegemonía sin comprender el cómo tecnológico es la travesía habitual del sociólogo y del moralista. (R.D.)

Táctica/estrategia

“Llamo estrategia al cálculo de las relaciones de fuerza que se vuelve posible a partir del momento en que un sujeto de querer y de poder (un propietario, una empresa, una ciudad, una institución científica) es aislable de un ‘entorno’. Postula un lugar susceptible de ser circunscrito como un propio, y por tanto de servir de base a una gestión de sus relaciones con una exterioridad distinta (competidores, adversarios, una clientela, “objetivos” u “objetos de búsqueda”). La racionalidad política, económica o científica se construye sobre este modelo estratégico. Llamo por el contrario ‘táctica’ a un cálculo que no puede contar con un propio, ni pues con una frontera que distinga lo otro como una totalidad visible. La táctica sólo tiene por lugar el del otro. Allá se insinúa, fragmentariamente, sin captarlo por entero, sin poder mantenerlo a distancia (...) Lo ‘propio’ es una victoria del lugar sobre el tiempo. Por el contrario, por el hecho de su no-lugar, la táctica depende del tiempo, vigilante para ‘coger al vuelo’ posibilidades de provecho. Lo que gana, no lo conserva” (M. de Certeau)

Técnica

Puede ser calificada de técnica, en general, toda competencia, actuación o invención que no se inscriban en el programa genético de la especie. La retórica es una técnica (el aprendizaje de los procedimientos que dan a la palabra una eficacia máxima sobre un auditorio dado), pero la palabra en sí misma no es una técnica pues, excepto una anomalía, todo ser humano debidamente socializado tiene una competencia innata para aprender a hablar, no para escribir. La prueba de ello está en que existe en la historia, sociedades sin escritura, pero no se conocen sociedades mudas. La escritura es pues una técnica. Es decir que un sistema técnico –en este caso, de notación gráfico– no es ni hereditario ni innato. El alfabeto vocálico tiene que ver con un accidente afortunado. El hecho técnico está colocado bajo el signo de la contingencia. (R.D.)

Tecnología

Anglicismo a menudo enfático, superlativo científico de técnica, que ha pasado al lenguaje corriente. Debería solamente de hecho aplicarse al estudio sistemático de los objetos y evoluciones técnicas (Beckmann, 1777), disciplina ilustrada en Francia por Leroi-Gourhan, Haudricourt, Bertrand Gille, Simondon, etc. (R.D.)

Televisión

Viejo reloj social. (L.M.)

Tradición

Proceso en forma de procesión, traducción del *paradosis* griego, el acto de pasar algo de lo preliminar a lo posterior, o de arriba abajo. La tradición cultural teniendo que ver con la generación, con el hecho biológico que hay en la sociedad pequeños y grandes, la procesión mediadora comienza por la educación (Padre – hijo; Maestro – discípulo; prof. – alumno; apóstol - pueblo). No se detiene, afortunadamente. (R.D.)

Transmitir

“Es el más grande triunfo del hombre sobre las cosas, el haber aprendido a transportar hasta mañana los efectos y los frutos de la labor de la víspera. La humanidad se levantó lentamente sobre el montón de lo que dura”. (P. Valéry)

Traza

La traza no es solamente lo que queda de una creencia, de un saber o de una opinión, sino una de las condiciones necesarias a su emergencia y a su propagación. Pues todo sistema simbólico es en sí mismo un sistema de huellas, que anticipan su transmisión por la adopción o la producción de un régimen de inscripción específico. La traza supone un soporte, una herramienta, una técnica de escritura y de lectura, un régimen semiótico, un método de indización, de control y de conservación, y un dispositivo de difusión. Religiones, ideologías y doctrinas se articulan pues en torno a una cierta economía de las huellas, que ordena sus modos de registro, de almacenamiento y de circulación. Punto de convergencia entre habilidades, culturas, actores y tecnologías, la huella testimonia una organización del colectivo por la organización de la materia. Nos interesaremos pues tanto en la cohesión de los

sistemas de huellas, como en su evolución; sea encadenamientos, como el que conecta la huella impresa con el saber crítico y enciclopédico, pasando por el papel, el plomo, la prensa, la edición, la escuela, la biblioteca, la composición, la clasificación...; sea tendencias, como la miniaturización, la aceleración, la multiplicación, la automatización o la virtualización de las trazas. (L.M.)

Velocidad

“La velocidad informacional libera la posibilidad de una aceleración sin precedente de la innovación técnica, abriendo una distancia dramática entre el sistema técnico que siempre se transforma más rápido y los sistemas sociales que garantizan la cohesión de las sociedades: derecho, educación, organizaciones económicas, políticas, religiosas, etc.” (B. Stiegler)

Videosfera

Sucede a la grafosfera. Período del espíritu humano abierto por el electrón, relevado y ampliado por el bit. Cultura de flujos (electrónica) o del fragmento (digital), el soporte axial se desliza de la página a la pantalla. Regreso con fuerza de la línea Carne. Integración de las etnias en un conjunto tecnoplanetario (la ubicuidad - instantaneidad), con desintegración recesiva de las totalidades heredadas de la grafosfera (efecto-jogging): imperios territoriales, Estados-naciones, clases, Partidos, Iglesias, etc. (R.D.)

... esto es discutible; ver el artículo “Esto no matará aquello”. (L.M.)

Virtual

“Es virtual lo que existe en potencia y no en acto. Contrariamente a lo posible, estático y ya constituido, lo virtual tiende a actualizarse. No se opone pues a lo real sino a lo actual; virtualidad y actualidad son solamente dos maneras de ser diferentes” (P. Lévy)

Primero lo parcial. La imagen sin la cosa, el texto o la voz sin la presencia. Es la extracción de una parte la que hace posible la teletransmisión. El uso corriente de virtual se aplica a lo parcial cuando se hace simulación de lo real, como la imagen virtual en un espejo o como los artefactos en el ciberespacio. Todo lo que es parcial presenta una virtualidad pues la parte es a veces con más prestaciones que la totalidad (M.G.)

Visual (lo)

Término inventado por Serge Daney, contracción de audiovisual, y que designa la especie de las representaciones estereotipadas del mundo, señales de reconocimiento sin fuera de campo ni profundidad, a las que no corresponde ninguna experiencia vivida, sensorial, de este mundo. El pop-art ha querido hacer arte con lo visual. (R.D.)

Xanadu (mito de)

Palacio de sueño de un poema de Coleridge, pero también proyecto de una mega-biblioteca hipertextual, de un inmenso sistema de intercambio de datos informáticos que contiene potencialmente todos los conocimientos del mundo, concebido por Ted Nelson en los comienzos de la informática. El mito de Xanadu

representa el ideal de la accesibilidad total e instantánea de todos los productos del espíritu humano que encanta a todas las utopías tecnicistas. (F.-B. H.)

Zapper

Hundimiento de los grandes relatos, de la argumentación y de la sintaxis: la pantallita, esa que se mira de lo alto, alienta una atención pícaro y veleidosa. Lo táctil se mezcla acá con lo visual, no se contempla la imagen, se la tiene en la punta de los dedos; se tecléa a la búsqueda (utópica) de un programa pleno, sin tiempos muertos ni “túneles”. El telecomando ¿es la herramienta-síntoma de un individualismo exacerbado, o es el acceso del telespectador al poder editorial y el primer grado de una nacimiento interactivo? Tu mundo no es el mío, dice el zapeador, ¡me fastidias! O, a cada quien su programa... Democrático por excelencia, este gesto privilegia la muestra, el micro y la forma clip, es decir el triunfo de una cierta tele; la que no desarrolla nada, apenas si habla, que prefiere el masaje al mensaje, que afirma “sin transición” el choque visual y el ritmo, el puro braceo de brillos. La amenaza del zapping pesa en la pantalla sobre cada anunciador, que debe prevenir la aburrición del telespectador medio autozapeando su discurso y sus imágenes; es así como un emprendedor de debates invitará a muchos intervinientes para que ellos, zapándose los unos a los otros, eviten que el público lo haga. Cada estudio se pliega al *cogito* del zapeador: “No pienso, no soy, ¡swicho!” (D.B.)

El telecomando inteligente es el porvenir de la televisión. (M.G.)

Anexo 1

Victor Hugo. *Nuestra Señora de París*. Libro V, capítulo 2. [Barcelona: Bruguera, 1970. pp. 183-197]. Librodot.com

II

ESTO MATARÁ A AQUELLO

QUE nuestros lectores nos perdonen si nos detenemos un momento para analizar el sentido que se ocultaba tras aquellas palabras enigmáticas dichas un poco antes por el archidiácono: *Esto matará a aquello. El libro matará al edificio*.

Creemos que este pensamiento tenía dos sentidos; era primeramente el pensamiento de un cura; el espanto de un cura ante una circunstancia nueva cual era la imprenta. Era el miedo y el deslumbramiento del hombre del santuario ante la prensa luminosa de Gutenberg; eran el púlpito y el manuscrito; la palabra hablada y la palabra escrita, alarmadas ante la palabra impresa; algo así como el estupor de un pajarillo contemplando al ángel Legión desplegando sus seis millones de alas. Era como la voz del profeta que oye susurrar y afanarse a la humanidad ya emancipada, que lee en el futuro y ve cómo la inteligencia socava la fe y cómo las opiniones van acabando con las creencias, cómo el mundo zarandea a Roma. Pronóstico del filósofo que ve cómo el pensamiento humano volatilizado por la imprenta, se va evaporando del frasco teocrático. Terror del soldado que al ver el ariete de bronce, dice que su fortaleza será fatalmente abatida. Aquello significaba que un poder iba a suceder a otro poder; quería, en fin, significar: la imprenta hará sucumbir a la Iglesia.

Pero bajo este pensamiento, el primero y el más elemental sin duda, creemos que había otro más avanzado; un corolario del primero, más difícil de deducir y más fácil de contradecir; una visión filosófica no sólo para el cura, sino para el sabio y para el artista. Era el presentimiento de que el pensamiento humano, al cambiar de forma, cambiaría también en la expresión, que las ideas capitales de cada generación no iban a tratarse ya del mismo modo ni a escribirse de la misma manera; que el libro de piedra, tan duro y perdurable, iba a ceder la plaza al libro de papel, más sólido y más perdurable aún. Bajo este aspecto la vaga fórmula del archidiácono encerraba un segundo sentido: significaba que un arte iba a destronar a otro arte. Quería decir: la imprenta matará a la arquitectura.

En efecto, desde el origen de las cosas hasta el siglo XV de la era cristiana inclusive, la arquitectura ha sido el gran libro de la humanidad, la expresión principal del hombre en sus diferentes estadios del desarrollo, sea éste bajo la forma de la fuerza o de la inteligencia.

Cuando la memoria de las primeras razas se sintió demasiado llena de cosas, cuando el bagaje de recuerdos del género humano se hizo tan pesado y confuso que la palabra, desnuda y volátil, corría el riesgo de perderse en el camino, fueron transcritos en el suelo de la forma más visible, más duradera y más natural a la vez. Se selló cada tradición bajo un monumento.

Los primeros monumentos fueron simples trozos de roca, que el hierro no había tocado, dice Moisés. La arquitectura comenzó como toda escritura; primero fue alfabeto. Se plantaba una piedra en el suelo y era una letra y cada letra era un jeroglífico y sobre cada jeroglífico descansaba un grupo de ideas igual que hace el capitel sobre el fuste de la columna. Fue así como actuaron las primeras razas en todas partes, en todo instante y en toda la superficie de la tierra. Así encontramos la piedra erguida de los celtas, en la Siberia asiática y en las pampas americanas.

Más adelante se hicieron palabras y colocando una piedra sobre otra se fueron acoplando las sílabas y el verbo intentó algunas combinaciones. Palabras son el dolmen y el cromlech de los celtas y los túmulos etruscos y el galgal⁵³ hebreo. Algunas de estas palabras, el túmulo básicamente, representan nombres propios, pero a veces, cuando se disponía de muchas piedras en una gran extensión de terreno, se escribía una frase completa y así tenemos el acumulamiento enorme en Karnak que sería ya toda una fórmula completa.

Finalmente se hicieron los libros⁵⁴. Las tradiciones habían engendrado símbolos bajo los cuales desaparecían como los troncos de los árboles bajo su propio follaje y esos símbolos en los que creía la humanidad iban creciendo, multiplicándose, cruzándose y haciéndose cada vez más complicados. Los primitivos monumentos no eran suficientes para contenerlos y eran desbordados por todas partes, aunque aquellos monumentos expresaran apenas una tradición ruda como ellos mismos, sencilla, desnuda y a ras de suelo. El símbolo necesitaba expandirse en el edificio y así la arquitectura se desarrolló a la par que el pensamiento humano. Se convirtió en un gigante de mil patas y mil cabezas y fijó, bajo una forma eterna, visible y palpable, todo aquel simbolismo etéreo. Mientras que Dédalo, que es la fuerza, medía, y mientras Orfeo, que es la inteligencia, cantaba, el pilar, que es una letra, el arco, que es una sílaba, la pirámide, que es una palabra, puestos todos a la vez en movimiento por una ley geométrica y por una ley poética, se agrupaban, se combinaban, se amalgamaban, bajaban, subían, se yuxtaponían sobre el suelo, se escalonaban en el cielo hasta escribir, al dictado de la idea general de una época, aquellos libros maravillosos que eran los maravillosos edificios de la pagoda de Eklinga, el Ramseidón de Egipto⁵⁵, o el templo de Salomón.

Ahora bien, la idea madre, el verbo, no se hallaba tan sólo en el fondo de todos aquellos edificios sino también en la forma. El templo de Salomón, por ejemplo, no era únicamente la encuadernación del libro sagrado, era él mismo el libro sagrado. En cada uno de sus recintos concéntricos, los sacerdotes podían leer el verbo traducido y manifestado a los ojos⁵⁶ y así podían seguir sus transformaciones de santuario hasta encerrarle en su último tabernáculo, bajo su forma más concreta que aún seguía siendo arquitectónica: el arca. Y así el verbo estaba encerrado en el edificio, pero su imagen estaba en su envoltura como un rostro humano está sobre el sarcófago de una momia.

El pensamiento, la idea que ellos representaban se manifestaba no sólo en la forma de los edificios sino en el emplazamiento que escogían para erigirlos. Según que el símbolo que quisieran expresar fuera ligero o grave, Grecia coronaba sus montañas con un templo armonioso a la vista, la India excavaba las suyas para cincelar en ellas esas deformes pagodas subterráneas, sustentadas por gigantescas hileras de elefantes de granito.

Así, durante los seis mil primeros años de la humanidad desde la más remota pagoda del Indostán hasta la catedral de Colonia, la arquitectura ha sido la escritura del género humano. Y esto es tan cierto que no sólo cualquier pensamiento religioso sino cualquier pensamiento humano tiene en este inmenso libro su página y su monumento.

Toda civilización tiene su origen en la teocracia y su fin en la democracia y esta misma ley de libertad, sucesora de la unidad, también aparece escrita en la

⁵³ Galgal es un amontonamiento de piedras encima de una cripta.

⁵⁴ <cit. también en Dagognet. *El Museo sin fin*, p. 52. n. de Paláu>

⁵⁵ Templo funerario de Ramsés II en Tebas.

⁵⁶ <cit. en Dagognet. *Ibidem.*>

arquitectura. No nos cansaremos de insistir que no hay que creer que la albañilería solamente tenga poder para edificar templos o para expresar los mitos o los símbolos sacerdotales o para transcribir en jeroglíficos, en páginas de piedra, las tablas misteriosas de la ley; llega un momento en toda sociedad humana en que el simbolismo sacro se gasta y se oblitera bajo el pensamiento libre cuando el hombre se libera del sacerdote o cuando la excrecencia de las filosofías y de los sistemas roe la faz de la religión; si esto fuera así, la arquitectura no sería capaz de reproducir este nuevo estado del espíritu humano, pues sus páginas escritas por el anverso estarían vacías por el reverso y su obra quedaría truncada y el libro resultaría incompleto.

Tomemos, por ejemplo la Edad Media en la que vemos más claro por estar más cerca de nosotros. Durante su primer período, mientras la teocracia organiza Europa, mientras el Vaticano organiza y reúne a su alrededor los elementos de una Roma hecha con la Roma que yace derrumbada en torno al Capitolio, mientras el cristianismo va buscando en los escombros de la civilización anterior todas las capas de la sociedad y reconstruye con estas ruinas un nuevo universo jerárquico en el que el sacerdocio es la piedra angular, se oye primero manar de entre aquel caos y luego poco a poco, bajo el soplo del cristianismo, bajo la mano de los bárbaros, se ve surgir de los escombros de las arquitecturas muertas, griega y romana, esta misteriosa arquitectura románica, hermana de las construcciones teocráticas de Egipto y de la India, emblema inalterable del catolicismo puro, inmutable y jeroglífico de la unidad papal. En efecto, todo el pensamiento de entonces está escrito en ese sombrío estilo románico, dominado todo él por un sentimiento de autoridad, de unidad, por un sentimiento impenetrable de absoluto, por todo lo que se resume en fin, en Gregorio VII. El sacerdote en todas partes; jamás el hombre, la casta siempre pero nunca el pueblo. Pero llegan las cruzadas, que es un gran movimiento popular, y como todo gran movimiento popular, cualesquiera que sean sus causas y sus fines, desprende siempre de su último precipitado un espíritu de libertad. Van a surgir novedades. He aquí que se abre el período tempestuoso de las rebeliones populares⁵⁷ y de las Ligas; y la autoridad se tambalea; la unidad se divide. El feudalismo exige repartir con la teocracia, en espera del pueblo que surgirá inevitablemente y que tomará, como siempre, la parte del león. *Quia nominor leo*⁵⁸. Así que el señorío aparece bajo el sacerdocio y más tarde el municipio bajo el señorío; la faz de Europa ha cambiado y también lo ha hecho la faz de la arquitectura; ha pasado la página, igual que ha hecho la civilización, y el nuevo espíritu de la época la encuentra dispuesta a seguir escribiendo bajo sus dictados. De las cruzadas ha vuelto con la ojiva como las naciones con la libertad. Entonces, mientras Roma se va desmembrando, la arquitectura románica muere. El jeroglífico abandona la catedral y se va a blasonar las torres para dar prestigio al feudalismo. La misma catedral, edificio tan dogmático en otros tiempos, invadida ya en lo sucesivo por la burguesía, por el pueblo y por la libertad, se escapa del sacerdote y cae en poder del artista y éste la construye a su gusto. Adiós al misterio, al mito, a la ley. Ahora es la fantasía y el capricho. El sacerdote, con tal de disponer de su basílica y de su altar, no tiene nada que objetar. Los cuatro muros pertenecen al artista. El libro de la arquitectura no pertenece ya al sacerdocio, ni a la religión, ni a Roma, sino a la imaginación, a la poesía, al pueblo. De ahí las numerosas y rápidas transformaciones de esta arquitectura que con sólo tres siglos asombrosos de vida marcan un contraste con la inmovilidad estancada de la arquitectura románica que tiene seis o siete. Sin embargo, el arte avanza con pasos de

⁵⁷ siendo la más célebre la que estalló en 1358, después de la derrota de Poitiers.

⁵⁸ *Porque me llamo león*. Alude al pasaje de la fábula de Fedro en que el león se atribuye la primera parte de las reparticiones por ser quien es, precisamente.

gigante y ahora es el genio y la originalidad populares quienes realizan el trabajo que antes realizaban los obispos. Cada raza escribe, al pasar, en ese libro la línea que le corresponde; tacha los viejos jeroglíficos románicos en el frontispicio de las catedrales y apenas si se ve, aquí y allá, asomar el dogma bajo el nuevo símbolo que en él deposita; el ropaje popular apenas si permite adivinar la osamenta religiosa y resultaría sumamente difícil hacerse una idea de las libertades que, incluso para con la iglesia, se toman los arquitectos. Son los capiteles, ornamentados con monjes y monjas, copulando vergonzosamente, como en la sala de las chimeneas del Palacio de justicia de París; es el arca de Noé esculpida con todas sus letras, como en el tímpano del gran pórtico de la catedral de Bourges, o es un monje báquico con orejas de burro y con el vaso en la mano riéndose en las narices de toda la comunidad, como en el lavabo de la abadía de Bocherville. Existe en esta época, para el pensamiento escrito en la piedra, un privilegio perfectamente comparable a nuestra actual libertad de prensa; es la libertad de la arquitectura.

Y esta libertad va más allá incluso pues a veces un pórtico, una fachada o una iglesia entera presenta un sentido simbólico totalmente ajeno al culto o incluso hostil a la iglesia. Ya desde el siglo XIII con Guillaume de París, o con Nicolás Flamel en el XV, se están escribiendo esta clase de páginas sediciosas. La misma iglesia de Saint-Jacques-de-la-Baucherie es una muestra de esta oposición.

Como entonces sólo en este sentido se permitía la libertad de expresión, no había más posibilidad de manifestarla que con este tipo de libros, llamados edificios. Sin utilizar esta forma de expresión, habría sido quemado en la plaza pública por mano del verdugo, cualquier manuscrito, si alguien hubiera sido lo bastante imprudente como para correr tal riesgo. El pensamiento-pórtico de la iglesia hubiera asistido al suplicio del pensamiento-libro. Así, pues, como no se disponía de otro camino que el de la construcción para expresarse, para salir a la luz pública, todo el pensamiento se concentraba en ella y de ahí la inmensa cantidad de catedrales que han cubierto Europa en número tan prodigioso que, aun habiéndolo comprobado, apenas si se le puede dar crédito. Todas las fuerzas materiales y espirituales de la sociedad convergían en el mismo punto: la arquitectura. De esta forma, so pretexto de edificar iglesias a mayor gloria de Dios, el arte se desarrollaba en proporciones grandiosas.

Entonces todo el que nacía poeta se hacía arquitecto. El genio esparcido entre las masas, comprimido por todas partes bajo el feudalismo, como bajo una “testudo”⁵⁹ de escudos de bronce, no encontrando otras salidas que la arquitectura, se encaminaba hacia ese arte y sus Iliadas tomaban forma de catedrales y todas las demás manifestaciones del arte se situaban obedientes bajo la disciplina de la arquitectura. Eran los obreros de aquella magna obra. El arquitecto, el poeta, el maestro totalizaba en su persona la escultura que cincelaba en las fachadas, la pintura con que iluminaba las vidrieras, la música que animaba sus campanas y que insuflaba en sus órganos. Incluso la pobre poesía propiamente dicha, la que se obstinaba en vegetar en los manuscritos, para ser considerada en algo, estaba obligada a encuadrarse en los edificios bajo la forma de himno o de prosa aunque, bien mirado, era el mismo papel que habían jugado las tragedias de Esquilo en las fiestas sacerdotales de Grecia o el Génesis en el templo de Salomón.

De esta forma, y hasta Gutenberg la arquitectura es la escritura principal, la escritura universal. La Edad Media ha escrito la última página de este libro granítico, que había tenido su origen en Oriente y que había sido continuado por la antigüedad

⁵⁹ las legiones romanas hacían con sus escudos, en formación de ataque, una especie de bóveda por encima de sus cabezas, para no ser heridos desde lo alto.

griega y romana. Por otra parte el fenómeno de una arquitectura popular sucediendo a una arquitectura de casta, como hemos visto en la Edad Media, se repite como todo movimiento análogo de la inteligencia humana, en las otras grandes épocas de la historia. Así ocurre, para no evocar aquí más que someramente una ley que exigiría ser desarrollada en varios volúmenes, en el alto Oriente, cuna de los tiempos más primitivos después de la arquitectura hindú; en la arquitectura fenicia, madre opulenta de la arquitectura árabe; en la antigüedad, después de la arquitectura egipcia, de la que el estilo etrusco y los monumentos ciclópeos no son más que una variedad; en la arquitectura griega, de la que el estilo romano no es sino una prolongación recargada de la cúpula cartaginesa; en los tiempos modernos, después de la arquitectura románica; en la arquitectura gótica; y desdoblado estas tres series, encontraremos el mismo símbolo en las tres hermanas mayores, es decir: la arquitectura hindú, la arquitectura egipcia y la arquitectura románica. El símbolo sería la teocracia, la casta, la unidad, el dogma, el mito; Dios, y para las tres hermanas menores, la arquitectura fenicia, griega y gótica, sea cual sea la diversidad de forma inherente a su naturaleza, encontraremos igual sentido, es decir: libertad, pueblo, hombre.

Llámesese brahmán, mago o papa en las construcciones hindúes, egipcias o románicas, se adivina siempre al sacerdote y nada más; sin embargo, todo es diferente en la arquitectura popular; son más ricas y menos sagradas; en la fenicia se adivina al mercader, en la griega al republicano y en la gótica al burgués.

Las características generales de toda arquitectura teocrática son la invariabilidad, el horror al progreso, la conservación de la línea tradicional, la consagración de los tipos primitivos, la sumisión continua de todas las formas del hombre y de la naturaleza a los caprichos incomprensibles del símbolo. Son libros tenebrosos que sólo los iniciados saben descifrar. Además cualquier forma, cualquier deformidad incluso, encierra un sentido que la hace inviolable. No pidáis a las construcciones hindúes, egipcias o romanas que reformen su proyecto o mejoren su estatuaría pues todo perfeccionamiento les parece impiedad. Se diría que en esas arquitecturas la rigidez del dogma se haya extendido a la piedra como una segunda petrificación.

Por el contrario, los caracteres generales propios de las construcciones populares son: variedad, progreso, originalidad, opulencia y cambio continuo. Se encuentran lo suficientemente independizadas de la religión como para pensar en su belleza, para cuidarla, para modificar incesantemente los adornos de estatuas o arabescos; en una palabra, pertenecen al siglo y tienen en consecuencia algo humano que mezclan continuamente con el símbolo divino bajo el que aún se producen. De ahí esos edificios asequibles a cualquier alma, a cualquier inteligencia o a cualquier imaginación, simbólicas todavía, pero fáciles de comprender como la naturaleza misma. Entre la arquitectura teocrática y ésta existe la misma diferencia que entre una lengua sagrada y una lengua vulgar, entre el jeroglífico y el arte, entre Salomón y Fidas.

Si resumimos lo que hemos expuesto hasta aquí muy someramente pasando por alto mil pruebas y miles objeciones de detalle, llegamos a esto: la arquitectura ha sido hasta el siglo XV el registro principal de la humanidad; en ese intervalo no ha aparecido en todo el mundo el más mínimo pensamiento, por complicado que haya sido, que no se haya hecho piedra en un edificio; toda idea popular, como toda ley religiosa, ha tenido sus monumentos; en fin, que no ha existido pensamiento importante que no haya sido escrito en piedra. ¿Y por qué? Porque cualquier pensamiento, religioso o filosófico tiene interés en perpetuarse, porque cualquier idea que haya sido capaz de conmover a una generación, quiere arrastrar otras ideas y dejar

su huella. Ahora bien, ¿no es muy precaria la inmortalidad de un manuscrito? ¿No es mucho más sólido, duradero y resistente un edificio que la expresión de un libro? Basta la simple antorcha de un bárbaro para destruir la palabra escrita, pero para poder demoler la palabra hecha piedra, se precisa de una revolución social, de una revolución terrestre. Los bárbaros han pasado sobre el Coliseo y tal vez el diluvio haya pasado también sobre las pirámides.

En el siglo xv todo cambia.

El pensamiento humano descubre un medio de perpetuarse no sólo más duradero y más resistente que la arquitectura, sino también más fácil y más sencillo. La arquitectura queda destronada. A las letras de piedra de Orfeo van a suceder las letras de plomo de Gutenberg.

El libro va a matar al edificio.

La invención de la imprenta es el acontecimiento más grande de la historia; es la madre de todas las revoluciones; es el modo de expresión de la humanidad que se renueva totalmente; es el pensamiento humano que se despoja de una forma para vestirse con otra; es, en una palabra el definitivo cambio de piel de esta serpiente simbólica que desde Adán representa la inteligencia.

Bajo la forma de imprenta el pensamiento es más imperecedero que nunca; es volátil a indestructible. Se mezcla con el viento. Con la arquitectura se hacía montaña y se apoderaba con gran fuerza de una época y de un lugar; ahora se convierte en bandada de pájaros, se disemina a los cuatro vientos y ocupa al mismo tiempo todos los lugares del espacio y del aire.⁶⁰

Lo repetiremos una vez más. ¿Quién no es capaz de ver que de esta forma el pensamiento es mucho más indeleble? De sólido que era se ha hecho vivaz, pasa de ser duradero a ser inmortal; se puede demoler una masa pero ¿cómo extirpar la ubicuidad? Ya puede venir un diluvio que aunque la montaña haya desaparecido bajo las olas, los pájaros seguirán volando pues bastará con que una sola arca flote sobre el cataclismo para que se posen en ella, sobrenaden con ella, asistan con ella al reflujó de las aguas y el nuevo mundo que emerja del caos contemplará, al despertarse, volar sobre él, alado y vivo, el pensamiento del mundo sumergido.

Y cuando se llegue a la conclusión de que este modo de expresión es no sólo el más conservador, sino el más sencillo, el más cómodo, el más práctico para todos; cuando se observe que no arrastra consigo un enorme bagaje y que no necesita pasado instrumental; cuando se compare la enorme dificultad para traducir un pensamiento en piedra, utilizando para ello la asistencia de cuatro o cinco artes y toneladas de oro y montañas de piedra y bosques enteros de andamios y todo un pueblo de obreros; cuando todo esto se compara al pensamiento, que para hacerse libro no necesita más que un poco de papel y de tinta y una pluma, ¿cómo vamos a sorprendernos de que la inteligencia humana haya cambiado la arquitectura por la imprenta? Cortad bruscamente el lecho primitivo de un río; abrid un canal a un nivel inferior y veréis cómo el río abandona su cauce.

Igualmente puede observarse cómo a partir del descubrimiento de la imprenta la arquitectura se va desecando poco a poco, se atrofia y se desnuda. Cómo se nota que las aguas bajan, que la savia se retira y que el pensamiento de los tiempos y de los pueblos la abandonan. Este enfriamiento es todavía insensible en el siglo xv, pues la prensa es demasiado joven aún y no hace sino retirar a la poderosa arquitectura un excedente de su abundancia de vida. Pero, a partir del siglo xvi, la enfermedad de la arquitectura es visible; ya no es la expresión esencial de la sociedad y se convierte en

⁶⁰ <Cit. in F. Dagognet. *Filosofía de la imagen*. p. 12>

un miserable arte clásico. De ser gala, europea, indígena, se hace griega y romana; de personal y moderna se hace pseudoantigua. Es a esta decadencia a la que llamamos Renacimiento. Decadencia magnífica a pesar de todo, pues el viejo genio gótico, ese sol que se pone tras la gigantesca prensa de Maguncia, ilumina aún, durante algún tiempo, con sus últimos rayos, todo el amontonamiento híbrido de arcadas latinas y columnatas corintias.

A este atardecer es a lo que llamamos amanecer.

Sin embargo, desde el momento en que la arquitectura ya no es más que un arte como otro cualquiera; en cuanto deja de ser el arte total, el arte soberano, el arte tirano, carece entonces de la fuerza necesaria para retener a las demás artes y éstas se emancipan, rompen el yugo del arquitecto y cada una se va por su lado y salen ganando en este divorcio. El aislamiento lo acrecienta todo. La escultura se hace estatuaría, la imaginería se convierte en pintura y el canon en música. Algo así como un imperio que se desmorona a la muerte de su Alejandro y cuyas provincias se transforman en reinos.

De ahí Rafael, Miguel Ángel, Jean Goujon, Palestrina, esos esplendores del deslumbrante siglo xvi.

Al mismo tiempo que las artes, el pensamiento se emancipa por todas partes. Los heresiarcas de la Edad Media habían mellado fuertemente el catolicismo y es en el siglo XVI cuando se rompe la unidad religiosa. Antes de la imprenta, la reforma no hubiera sido más que un cisma, pero la imprenta la convierte en revolución. Suprimid la prensa y la herejía quedará abatida. Fatal o providencial, Gutenberg es el precursor de Lutero.

Sin embargo, cuando el sol de la Edad Media se ha puesto del todo, cuando el genio gótico se ha extinguido para siempre en el horizonte del arte, la arquitectura se va desluciendo, se decolora cada vez más y hasta llega a desaparecer; el libro impreso, ese gusano roedor del edificio, la succiona y la devora. La arquitectura se despoja, se deshoja y adelgaza a ojos vista; se hace mezquina, se empobrece y hasta se anula. Ya no es capaz de expresar nada, ni siquiera el recuerdo del arte de lo que fue en otro tiempo. Reducida a ella misma, abandonada por las demás artes, porque el pensamiento humano la abandona, recurre a artesanos en lugar de artistas y así el vidrio sustituye a las vidrieras; el picapedrero reemplaza al escultor. Adiós, pues, a toda la savia, a toda originalidad, a la vida y a la inteligencia. Se arrastra como una triste mendiga de taller, de copia en copia. Miguel Ángel, que desde el siglo XVI la sentía morir, había tenido una última idea desesperada. Aquel titán del arte había amontonado el Panteón sobre el Partenón y había creado San Pedro de Roma. Gran obra que merecía ser única, última originalidad de la arquitectura, firma de un artista gigantesco al pie de un colosal registro de piedra que se cerraba. Pero muerto Miguel Ángel, ¿qué puede hacer esta miserable arquitectura que se sobrevive a sí misma en estado de espectro y de sombra? Toma San Pedro de Roma y lo calca, lo parodia; es una manía lastimosa. Cada siglo tiene su San Pedro de Roma: en el XVII el de Val-de-Grâce, en el XVIII Sainte-Geneviève. Cada país tiene su San Pedro de Roma: Londres tiene el suyo y San Petersburgo también; París tiene dos o tres. Insignificante testamento, último desvarío de un gran arte decrépito que vuelve a su infancia antes de morir.

Si en lugar de monumentos característicos como los que acabamos de citar examinamos el aspecto general del arte de los siglos XVI al XVIII observaremos los mismos fenómenos de decaimiento y de ruindad.

A partir de Francisco II, la forma arquitectural del edificio desaparece cada vez más y deja surgir la forma geométrica, como el esqueleto huesudo de un enfermo

raquítico. Las bellas líneas del arte ceden su lugar a las frías e inexorables líneas del geómetra. Un edificio ya no es cal sino un poliedro. Y sin embargo la arquitectura se atormenta para ocultar esa desnudez. Así tenemos el frontón griego incrustado en el frontón romano y al revés. Siempre es lo mismo; el Panteón en el Partenón, San Pedro de Roma. Así las casas de ladrillo, enmarcadas en piedra de la época de Enrique IV, o la plaza Royale o la plaza Daufine. Así son las iglesias en tiempos de Luis XII, macizas, barrigudas, bajas, encogidas, cargadas con una cúpula como una joroba, o la arquitectura de tiempos del cardenal Mazarino, el horrible pastiche italiano de las Quatre-Nations. Ahí tenemos aún los palacios de Luis XIV cual largos cuarteles hechos para cortesanos; rígidos, glaciales y aburridos, o los de Luis XV con sus adornos de escarolas y todas las verrugas y todos los hongos que desfiguran esa vieja arquitectura caduca, desdentada y presuntuosa. Desde Francisco II hasta Luis XV el mal gusto ha ido creciendo en progresión geométrica. Al arte sólo le queda ya la piel cubriéndole los huesos y agoniza miserablemente.

Pero, ¿qué ocurre con la imprenta? Toda esta vida que se escapa de la arquitectura se va concentrando en ella. A medida que la arquitectura va perdiéndose, la imprenta crece y se amplía. El capital de energía que el pensamiento humano gastaba en edificios lo invierte ahora en libros. Por eso en el siglo XVI la imprenta alcanza ya el nivel de la arquitectura que va declinando; lucha con ella y acaba por vencerla. En el XVII, la vemos ya soberana, triunfante, asentada en su victoria para ofrecer al mundo la fiesta de un gran siglo literario. En el siglo XVIII, después de un prolongadísimo descanso en la corte de Luis XIV, coge de nuevo la espada de Lutero, arma con ella a Voltaire y corre tumultuosa al ataque de esta vieja Europa de la que ya ha matado la expresión arquitectural y ya en los estertores del siglo XVIII lo ha destruído todo. Hay que esperar el XIX para comenzar una nueva reconstrucción.

Sin embargo, preguntamos ahora, ¿cuál de las dos artes representa en realidad, desde hace tres siglos, al pensamiento humano? ¿Cuál de ellas lo traduce con más fidelidad? ¿Cuál de ellas consigue expresar, no sólo sus manías literarias y escolásticas, sino también su enorme, su profundo y universal movimiento? ¿Cuál se superpone constantemente sin rupturas y sin lagunas al género humano que camina cual un monstruo de mil pies? ¿La arquitectura o la imprenta?

La imprenta. No nos equivoquemos: la arquitectura está muerta, ha muerto definitivamente; muerta por el libro impreso; muerta en fin porque dura menos y es más cara que el libro. Una catedral cuesta capitales ingentes, así que imaginemos qué inversión no sería ahora necesaria para volver a escribir el libro de la arquitectura, para hacer surgir de nuevo millones de edificios; para volver a la época en que la cantidad de monumentos era tal que en boca de un testigo ocular: «Habría podido decirse que el mundo, al desperezarse, se había despojado de sus viejas ropas para cubrirse con un blanco vestido de iglesias.» *Erat enim ut si mundus, ipse excutiendo semet, rejecta vetustate, candidan ecclesiarum vestem indueret* (Glaber Radulphus)⁶¹.

¡Un libro se imprime pronto, cuesta tan poco y puede llegar tan lejos! ¡Cómo sorprenderse de que el pensamiento se deslice por esa pendiente! No quiere esto decir que la arquitectura no produzca aún aquí o allá un bello monumento, una obra maestra aislada. Se podrá tener aún, bajo el reino de la imprenta, una columna hecha, supongo, por todo un ejército, con cañones fundidos como se tenía, bajo el reinado de la arquitectura, Ilíadas y Romanceros, Mahabahratas y Nibelungos, hechos por todo un pueblo con rapsodias amontonadas y fundidas. El gran accidente de un arquitecto de ingenio podrá aparecer en el siglo XX como el de Dante en el XIII, pero nunca será ya

⁶¹ Es el autor de una crónica en varios libros del año 900 al 1046.

la arquitectura el arte social y colectivo, el arte dominante. El gran poema, el gran edificio, la gran obra de la humanidad no se construirá ya, se imprimirá.

Y aunque en lo sucesivo la arquitectura pueda manifestarse accidentalmente, ya nunca será la dueña; seguirá el dictado de la literatura, a la que antes dictaba ella su ley. Se invertirán las posiciones respectivas de ambas artes. Es verdad que en tiempos de la arquitectura los poemas, escasos, se parecían a los monumentos. En la India, Vyasa⁶² es espeso, extraño, impenetrable como una pagoda. En el Oriente egipcio, la poesía tiene, como los edificios, grandeza y serenidad de líneas; en la Grecia antigua, la belleza, el equilibrio, la calma; en la Europa cristiana, la majestad católica, la ingenuidad popular, la rica y lujuriente vegetación de una época de renovación. La Biblia se parece a las pirámides, la *Ilíada* al Partenón, Homero a Fidias. Ya en el siglo XIII Dante es la última iglesia románica y Shakespeare, en el XVI, la última catedral gótica.

Así, para resumir lo dicho hasta aquí de forma necesariamente incompleta y truncada, diremos que el género humano tiene dos libros, dos registros, dos testamentos: la arquitectura y la imprenta; la biblia de piedra y la Biblia de papel.⁶³ Sin duda alguna, al contemplar las dos biblias, tan hojeadas y consultadas a través de los siglos, nos estará permitido el añorar la majestad visible de la escritura de granito; esos gigantescos alfabetos formulados en columnatas, en pilones, en obeliscos; esa especie de montañas humanas que cubren el mundo y el pasado, desde la pirámide hasta el campanario, desde Kéops hasta Estrasburgo. Hay que releer el pasado en esas páginas de mármol; hay que admirar y hojear constantemente el libro escrito por la arquitectura, pero no hay que negar la grandeza del edificio que eleva, a su vez, la imprenta.⁶⁴

Este edificio es colosal. No sé qué hacedor de estadísticas ha calculado que colocando uno sobre otro todos los volúmenes salidos de la imprenta, desde Gutenberg, se llenaría el espacio existente entre la tierra y la luna. Pero no es de esta clase de grandeza de la que queremos hablar. Sin embargo cuando se intenta abarcar con el pensamiento una imagen total del conjunto de las producciones desde la imprenta hasta nuestros días, ¿no se nos aparece este conjunto como una inmensa construcción, teniendo por base al mundo entero, en la que la humanidad trabaja sin descanso y cuya monstruosa cabeza se pierde entre las brumas profundas del futuro? Es como el hormiguero de las inteligencias, la colmena a donde todas las imaginaciones, esas abejas doradas, llegan con su miel; es la torre de los mil pisos. Por aquí y por allá se ven desembocar en sus rampas las cavernas tenebrosas de la ciencia que se cruzan en sus entrañas. En todas partes de la superficie el arte hace proliferar ante los ojos sus arabescos, sus rosetones y sus encajes. Allí cada obra individual, por caprichosa y aislada que parezca, tiene su sitio y su resalte. La armonía procede del conjunto. Desde la catedral de Shakespeare hasta la mezquita de Byron⁶⁵, mil campanarios se agrupan y se entremezclan en esta metrópoli del pensamiento universal. En su base se han escrito algunos antiguos títulos de la humanidad que la arquitectura no había registrado. En la entrada, a la izquierda, se ha sellado el viejo bajorrelieve en mármol blanco de Homero; a la derecha, se yerguen las siete cabezas de la Biblia políglota. Más allá se eriza la hidra del Romancero y algunas otras formas híbridas como los Vedas y los Nibelungos. Ocurre además que el prodigioso edificio se mantiene inacabado y la imprenta, esa máquina gigante que bombea sin cesar toda

⁶² Asceta legendario considerado autor de los grandes poemas sagrados de la India.

⁶³ <cit. in Dagognet, *op. cit.*, p.53 n. de Paláu>

⁶⁴ <*ibidem.*>

⁶⁵ <*ibidem.*>

la savia intelectual de la sociedad, vierte incesantemente nuevos materiales para la obra. Todo el género humano está en ese andamiaje y cada inteligencia es uno de sus obreros. El más humilde coloca una piedra o tapa un agujero y cada día se coloca una nueva hilada. Rétif de la Bretonne aporta su cesto de cascotes. Independientemente de la aportación original e individual de cada escritor, existen aportaciones colectivas. El siglo XVIII concurre con su Enciclopedia, la revolución aporta su Monitor⁶⁶. Naturalmente que se trata de una construcción que crece y se completa en espirales sin fin y en donde se produce también la confusión de lenguas; es una actividad incesante un trabajo infatigable, un concurso entusiasta de toda la humanidad; es el refugio prometido a la inteligencia contra un nuevo diluvio o contra otra invasión de los bárbaros; es la segunda torre de Babel del género humano.

Bajado de la red, de *librodot.com* y corregido por L. A. Paláu, julio 3 de 2012.

⁶⁶ El “Monitor Universal” apareció en 1789 y se prolongó hasta 1868, en que fue reemplazado por el Boletín Oficial. No se limitaba a la publicación de los textos oficiales sino que los completaba con comentarios que eran consultados, llegado el caso, por gobiernos sucesivos para informar o incluso orientar a la opinión general.